

Vladimir Tod, ¿un estudiante normal de instituto o un poderoso vampiro?



— HEATHER BREWER  
— RA CRÓNICA: VAMPIRO ADOLESCENTE

se

Lectulandia

El instituto es una pesadilla para Vladimir Tod, un chaval de trece años. Los abusos lo acosan, el director lo vigila de cerca y la chica que le gusta prefiere a su mejor amigo. Ah, y Vlad guarda un secreto. Su madre es humana, pero su padre era un vampiro. Sin la más mínima idea del alcance de sus poderes y sin nadie que lo oriente, Vlad lucha todos los días contra su apetito por la sangre y sus colmillos indiscretos. Sin embargo, pronto se dará cuenta de que tiene un problema mucho más grave: le sigue la pista un cazavampiros que se acerca... ¡y rápido!

**Lectulandia**

Heather Brewer

**Primera crónica: Vampiro  
adolescente**

**Las crónicas de Vladimir Tod - 1**

ePub r1.0

Titivillus 27.08.18

Título original: *The Chronicles of Vladimir Tod: Eighth Grade Bites*

Heather Brewer, 2007

Traducción: Roberto Gelado Marcos

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mi marido, Paul. Stephen King sabe por qué. Y a todos los chavales marginados que viven en las ciudades pequeñas de Estados Unidos.*

## ¿Dónde está el chaval?

La rama de un árbol abofeteó a John Craig y le arañó la piel, pero él siguió corriendo e ignoró las agujas de pino que se le clavaban en los pies descalzos. Oía las pisadas del hombre a sus espaldas como un eco de las suyas.

Estaba cada vez más cerca.

Una rama caída lo agarró por el tobillo y lo hizo caer. El tiempo se lentificó mientras su rostro se acercaba a la tierra cubierta de hojas. El pelo frío le fustigó la piel. El corazón le atronaba en los oídos. Los pasos del hombre se hicieron más rápidos y justo cuando la mejilla de John golpeaba la tierra, el desconocido lo cogió del pelo y lo arrastró hacia atrás. John gritó:

—¿Qué quiere de mí?

Su atacante no contestó.

Agitó los brazos detrás de la cabeza para golpearlo, pero el desconocido le sujetó las muñecas sin esfuerzo y le bloqueó los brazos en la espalda. Una mano enguantada en brillante cuero negro apareció en su campo de visión sosteniendo una página rasgada de *La Gaceta de Bathory*.

El desconocido le tiró con violencia del pelo y gruñó:

—¿Dónde está?

En el centro de la página se veía la imagen granulosa de un chaval de trece años al que John conocía bien. El chico aparecía rodeado por sus compañeros de clase y un profesor, pero parecía nervioso, incómodo. Un pie de foto informaba de lo siguiente: «De izquierda a derecha, Kelly Anbrock, Carrie Anderson, Henry McMillan, el profesor John Craig, Vladimir Tod, Edgar Poe y Mike Brennan». Encima, había un osado titular: «¡El grupo de debate confía en ganar en el campeonato regional!».

Las lágrimas cubrían las mejillas de John. Agitó la cabeza, negándose a contestar.

Algo cálido y pegajoso se deslizó por su frente. A través de los cristales de sus gafas, teñidos de rojo, contempló el bosque que los rodeaba. Gritó para pedir auxilio hasta que le ardieron los pulmones, pero nadie acudió en su ayuda.

—¿Dónde está el chaval? ¿Dónde está Vlad?

John se retorció. El rostro del hombre estaba cerca del suyo. Un aliento frío le golpeó la nuca y sintió algo afilado contra la piel.

—Dímelo o morirás.

John abrió la boca, pero ya era demasiado tarde para mentir. El desconocido le mordió. Los colmillos atravesaron la piel y se clavaron profundamente en su cuello.



## Halloween

Vlad, con una sonrisa socarrona, se puso de lado para admirar su imagen en el espejo. A Henry le iba a dar un patatús cuando lo viera. No habían hablado sobre de qué se iban a disfrazar, pero la patética capa negra de nailon y los colmillos de plástico que Vlad había comprado en Stop & Shop el fin de semana pasado seguramente se convertirían en el pitorreo de la noche entre los dos. Se peinó hacia atrás el pelo negro, que habitualmente le caía sobre los ojos, y se metió la dentadura de plástico en la boca. Encajaba perfectamente sobre sus propios colmillos, que ya sobresalían ligeramente a pesar de la copiosa cena.

Hacía menos de una hora, la tía Nelly había calentado dos filetes de tamaño considerable hasta que la sangre brotó de la carne cruda. Tuvo que contenerse para no cogerlos con las manos y devorarlos sin más, pero solo porque la tía Nelly le daba mucha importancia a los buenos modales. Así que, aunque para él fuera una tortura, se tomó su tiempo, cortó los dos filetes en pedazos de tamaño medio y absorbió ansioso su jugo antes de escupir al plato la carne seca.

Se quitó la dentadura postiza y examinó los puntiagudos extremos de sus colmillos.

—Tía Nelly, será mejor que me prepares algo de picoteo.

—Pero si acabas de cenar —dijo con voz cantarina desde el final de las escaleras—. Bueno, más vale prevenir, supongo. ¿A qué hora viene Henry?

—En cualquier momento. —Satisfecho con su disfraz, se apartó del espejo. Los viejos tablones del suelo crujieron bajo sus deportivas. Se besó la punta de los dedos y los mantuvo sobre el cristal de la foto enmarcada que guardaba en su vestidor. En la foto aparecían su madre, posando en una vieja silla victoriana, y su padre en pie, a su lado, con una pálida mano sobre sus hombros. Los dos sonreían a la cámara y Vlad se descubrió devolviéndoles la sonrisa. Abrió el cajón superior, sacó diez dólares de su caja secreta y se los guardó en un bolsillo. Salir de juerga con Henry le había enseñado una cosa: había que estar preparado.

Dejó su cuarto y bajó las escaleras. La tía Nelly lo esperaba con un recipiente de plástico envuelto en una fina película de celofán. Vio el contenido, rojo y gelatinoso, a través del envoltorio y se relamió.

—¿La has calentado un poco en el microondas? Templada está mejor.

—Sí, la he calentado. —Le ofreció el paquete y abrió los ojos como platos cuando contempló, con disgusto, que Vlad mordía el plástico y sorbía—. ¡Utiliza una cuchara! Vas a poner perdida la alfombra y la acaban de traer del tinte. Entre la

alfombra y tus camisetas, en la tintorería van a pensar que estamos todo el día dándonos golpes con las cosas o que somos asesinos en serie. Y calma con los tentempiés, don Devorador Nocturno. Solo quedan dos. Será mejor que traiga más bolsas de sangre del hospital esta noche para lo que queda de semana.

—¿Podría ser cero positivo esta vez? Es mi favorita.

La tía Nelly asintió y Vlad le sonrió al pasar a su lado de camino a la cocina. Iba a meterse una gran cucharada de cuajaron a medio descongelar en la boca cuando sonó el timbre de la puerta. Tragó a toda prisa, tiró la bolsa de plástico al cubo de desechos de riesgo biológico debajo del fregadero y se colocó los colmillos de plástico sobre los suyos, que ya se estaban replegando. Con cuidado de no hacer ruido, se ocultó tras la pared situada a la derecha del arco de la entrada y echó un vistazo a la puerta, donde su tía daba la bienvenida a Henry con un abrazo.

Vlad saltó desde detrás de la pared y alzó su capa barata con ambos brazos.

—¡Te *foy* a *shupar* la *sangue*!

Henry se inclinó hacia delante, rugiendo de risa. Cuando se enderezó, dio unas palmaditas a su amigo en el hombro.

—Tu disfraz mola. Mira el mío. Vas a flipar. —Henry puso los brazos en jarras, en plan Superman, y cuando volvió la cabeza, Vlad vio asombrado que tenía dos agujeritos en el cuello.

—¡Anda ya! —Se acercó para inspeccionar las marcas. Eran perfectas. Vlad solo había visto a un vampiro morder de verdad a un humano y el trabajo de Henry se aproximaba mucho a la realidad—. ¿Qué has usado?

—Blandiblu y mermelada de frambuesa.

—¿La que no tiene semillas?

—Claro, hombre. En la herida no puede haber semillas, se me podría infectar.

La tía Nelly miraba a su sobrino con preocupación por encima de sus gafas.

—¿Has comido suficiente?

Vlad asintió, se metió un tubo de crema con protector solar en el bolsillo y abrió la puerta.

—La fiesta se acaba a las doce.

Nelly extendió un brazo.

—No vas a necesitar eso y te quiero de vuelta a las once.

—¿A las once? —A veces Nelly podía ser ridículamente sobreprotectora. Vlad puso los ojos en blanco y sacó el tubo de crema del bolsillo para dejarlo con cierta brusquedad sobre la mano extendida de su tía—. Pero nadie se va a marchar tan pronto, además, se supone que la gran sorpresa es a medianoche.

Nelly miró a Henry en busca de confirmación. El chaval asintió con entusiasmo.

—No nos lo podemos perder.

—Bueno... —Se mordió el labio pensativa y después de lo que pareció una eternidad, suspiró—: De acuerdo, pero no os separéis. Y si te entra hambre, llámame al móvil. Estaré en casa de Deb hasta tarde.

Henry dio un codazo a Vlad.

—Matthew me llamó antes, dijo que Meredith va a ir.

Vlad le dedicó una mirada que le decía a gritos que se callara, y vampiro y víctima se dispusieron a salir de la casa. Nelly añadió a sus espaldas:

—Tened cuidado, chicos.

A parte de la herida falsa, Henry iba vestido con la ropa de siempre y sus desgastadas deportivas. Miró a su amigo de reojo.

—Lo de las doce va a ser guay, ¿eh?

Vlad se encogió de hombros y se ajustó la capa para que le cubriera bien la espalda.

—Soy una criatura nocturna, por amor de Dios, ¿cómo voy a volver a las once a casa? De eso nada. Ya puestos, ¿por qué no me sigue hasta la fiesta y me planta un beso delante de todos?

—Eh, no te pases. Si no fuera por Nelly, no te besaría nadie.

Vlad redujo la marcha.

—Mira quién habla.

Henry se encogió de hombros.

—Yo he besado a mogollón de chicas.

—Tu madre no cuenta, listo.

Doblaron la esquina en Elm y Vlad vio que al final de la calle se detenían varios coches frente a la casa de Matthew. De los vehículos comenzaron a bajar chavales que después se encaminaban hacia el porche. Sintió un escalofrío nervioso recorrerle el cuerpo. Los faros de los coches que se habían detenido, giraron hacia ellos y los cegaron temporalmente.

Henry se había metido las manos en los bolsillos y caminaba con la mirada fija en la acera.

—Ya lo sé. Hablo de chicas como Carrie Anderson y Stephanie Brawn.

—Stephanie se besa con cualquiera.

—Sí, ya. —La sonrisa volvió al rostro de Harry—. Pero su hermana es mona.

Vlad alzó una ceja entre resoplidos.

—Tío, qué asco. Pero si acaba de cumplir doce.

—¿Y? —Henry amplió su sonrisa.

—Pues que tú tendrás catorce dentro de dos meses. Es asqueroso. —Vlad negó con la cabeza y se miró el pie derecho, donde su dedo gordo asomaba por un desgarrón.

Y sin embargo, la sonrisa de Henry creció aún más.

—Es guay.

—Que una chica te bese o no, no sirve como indicador de lo guay que es. —Delante, Vlad distinguió un destello azul y unas alas de ángel desapareciendo tras la puerta de la casa de Matthew. A tercera hora del día anterior, oyó que hablaba de lo que se pensaba poner. Fue entonces cuando decidió aceptar la invitación a la fiesta,

aunque se lo propusieran en el último minuto.

—¿Pues entonces qué, Einstein?

Se detuvo de golpe. Henry también había dejado de caminar y tenía la cabeza inclinada con un brillo de curiosidad en los ojos. Vlad asintió y dijo:

—Las chicas que se enrollan con tíos en la sala de música no son guays.

—Yo no te he dicho que fuera en la sala de música. —Henry frunció el ceño, agarró a Vlad por el hombro y bajó la voz para que nadie pudiera oírle—. Tío, ni se te ocurra leerme la mente. No me gusta nada.

Vlad se encogió de hombros y siguió caminando.

Su amigo le dio un codazo y señaló con la cabeza a un grupo de chicos disfrazados que estaban justo delante.

—¿Te apetecen unos caramelos?

—No debería. Nelly aún está mosqueada por lo del año pasado. —Se metió las manos en los bolsillos y miró a los chavales de la acera—. Los niños les dijeron a sus padres que los atacó un vampiro. Y el idiota del agente Thompson comenzó a hacer un montón de preguntas. Si alguien se entera, si descubren lo que soy...

—Oh, venga ya. —Henry se había puesto frente a él, bloqueando parcialmente su vista de los críos. Tendrían diez años. Dos iban disfrazados de superhéroes. El tercero llevaba una capa como la de Vlad—. Será divertido. Además, si no lo haces... le diré a Meredith que te gusta. —Henry se volvió, se rodeó con sus brazos e imitó el sonido de los besos.

Vlad se volvió hacia él, furioso.

—¡Tío! ¡Para ya!

La sonrisa en el rostro de su amigo le dejó claro que no estaba dispuesto a desaprovechar una buena broma así como así. Entonces negó con la cabeza y dijo:

—Como nos pillen, me deberás una buena.

Henry se puso muy contento.

—Y lo he conseguido sin ninguno de los poderes sobrenaturales normalmente asociados a los mejores amigos de los no muertos.

Se apartó a un lado y Vlad lo adelantó. Se ocultó entre los altos setos que bordeaban la acera. Corrió tan sigilosamente como pudo hasta que se encontró media manzana por delante de sus víctimas disfrazadas. Subió a un viejo roble. Sintió la áspera corteza del tronco entre sus manos mientras el árbol vibraba bajo su peso. Una vez arriba, se posicionó sobre una larga y gruesa rama y esperó a que los chavales se acercaran mientras Henry permanecía oculto tras unos arbustos. Podía sentir la mirada de aprobación de su amigo y no tuvo más remedio que sonreír.

Los superhéroes y su colega vampiro caminaban hacia el árbol, sin soltar sus fundas de almohadas repletas de dulces. Vlad se quitó los colmillos de plástico y se los guardó en el bolsillo delantero. Dejó volar un poco su imaginación a través de ríos de sangre y de un hambre que reclamaba ser saciada. Tanteó con la punta de la lengua sus alargados colmillos y se inclinó hacia delante hasta que sus pies abandonaron la

rama. El viento le apartó el pelo del rostro mientras descendía. Estaba concentrado, dispuesto a saltar sobre sus víctimas. Con los brazos extendidos y los colmillos expuestos, dejó escapar un gruñido gutural y se acercó flotando a los niños hasta que se encontró justo sobre sus cabezas, entonces gritó.

Los superhéroes soltaron sus fundas de almohada, dieron un respingo y salieron corriendo en un torbellino de capas y chillidos de terror. El vampiro se había quedado paralizado, mirando a su atacante en un espeluznante momento que pareció durar una eternidad. Vlad gritó de nuevo. El crío hizo lo mismo y soltó su bolsa. Pero permaneció inmóvil y Vlad se preguntó si sería capaz de moverse.

Podía escuchar el corazón del niño latir tras sus costillas con un sonido atronador que retumbaba en su mente. Captó el susurro de la sangre corriendo por sus venas y sintió el pánico del crío en su propio pecho. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, Vlad se vio a sí mismo descendiendo, con la barata capa de plástico ondulando tras él, y los brillantes y afilados colmillos reluciendo a la luz de las farolas.

*Me voy a hacer pis en los pantalones. ¿Qué pensarán Mark y Todd si me ven? Y ¿qué más me da lo que piensen? Son unos idiotas y me han dejado aquí solo. Cuando mañana encuentren mi cuerpo, se sentirán fatal, y con razón.*

Vlad lo miró asombrado. Entornó los ojos y los volvió a abrir una vez más. Posó los pies sobre el suelo frente al chaval. Había leído los pensamientos del aspirante a vampiro sin pretenderlo. Entonces susurró:

—Vete a casa, anda. —Aquellas parecieron ser las palabras mágicas necesarias para liberar los pies del niño de su amarre al suelo. El chico salió corriendo, el sonido de sus pisadas se fue desvaneciendo en la misma dirección en la que desaparecieron sus compañeros.

Henry salió de entre los setos, riéndose como un loco, y recogió del suelo una de las fundas de almohada.

—¿Has visto qué cara? Creía que se iba a mear encima. —Sacó unos bombones rellenos de mantequilla de cacahuete y les quitó el envoltorio naranja. Se metió uno en la boca y le ofreció el otro a su amigo.

Vlad se llevó el dulce a los labios y mordió, sus colmillos habían vuelto a su tamaño normal tras aquellos momentos de confusión. El chocolate se fundió en su boca, pero no lo encontró placentero.

Henry se adelantó corriendo y llamó a su colega para que se diera prisa. Vlad cogió los dulces del vampiro y se apresuró en alcanzar a su amigo, que ya se encontraba frente a la casa. La música se escapaba por la puerta principal y destellos de luces de colores iluminaban el porche desde el interior. La madre de Matthew les dio la bienvenida con una sonrisa.

—¡Vaya, adelante, criaturas malignas! ¡La fiesta ya ha empezado y mola cantidad!

Vlad y Henry se miraron. Era patético y molesto cuando los mayores intentaban hacerse los guays. Entraron en la casa sin decir nada. Los muebles del cuarto de estar

estaban contra las paredes y una enorme bola plateada de discoteca pendía del techo. De vez en cuando, jirones de niebla se extendían por el suelo con un silbido. Vlad contó a veinte de sus compañeros de colegio antes de abandonar el empeño de descubrir cuánta gente había allí, pero no antes de ver a Meredith junto a la ponchera, al otro lado de la habitación, riéndose con algunas de sus amigas.

Su amigo le dio un codazo y dijo algo, pero Vlad no pudo oírlo porque la música estaba muy alta, así que simplemente asintió y lo observó perderse entre la multitud. Una vez solo, encontró un sitio libre en el extremo de un sofá y allí esperó a que Henry regresara. Bill Jensen y Tom Gaiber se acercaban a la puerta. Vlad se encogió en su asiento, esperando pasar desapercibido. Bill lo vio y tiró de la manga de Tom hasta que este casi se cae encima de Vlad.

—Anda, mira al raro.

Tom se carcajeó.

—Qué asco de disfraz, gótico.

Vlad lo miró furioso y se volvió.

—Qué asco de aliento, pringado.

La madre de Matthew estaba cerca de la puerta, presenciando la escena con cara compungida. Vlad deseó que se fijara en otra cosa, pero ella continuó mirando al chaval flacucho y raro con el que aquellos dos se estaban metiendo. Esperó que tuviera el sentido común de no pretender consolarlo después de que se hubieran marchado, o peor aún, antes. Sin embargo, comprobó aliviado que Bill y Tom seguían su camino hacia la puerta. Entonces, para echar sal a la herida, Bill se volvió y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Venga, muérdeme!

Un sofocón le calentó las entrañas y en ese momento se sintió más que dispuesto a darle el gusto. Notaba cómo sus caninos se alargaban, empujando los colmillos de plástico hacia abajo, alejándolos de sus encías. Cerró la boca y esperó un momento hasta estar seguro de que Bill y Tom se habían marchado, luego salió al porche y se estiró, consciente de que tardaría unos minutos en calmar aquel apetito.

El tranquilo y fresco porche que rodeaba la casa resultó ser un bienvenido cambio con respecto a la cargada atmósfera de la fiesta. Las pullas de Bill y Tom lo habían dejado con una desagradable sensación de vacío para la que solo había una cura: varias horas de lucha contra malvados seres que pretendían acabar con la Tierra. La gente podía decir lo que quisiera sobre que los videojuegos contribuían a aumentar la delincuencia entre los menores de edad, pero Vlad estaba seguro de que si Bill y Tom pasaran más tiempo jugando con la PlayStation, le darían mucho menos la lata.

Se sentó en el columpio del porche y escuchó la música que salía por la puerta principal. Se engañaba a sí mismo si pensaba que sería capaz de sacar a Meredith a bailar. Las chicas como Meredith Brookstone no salían con chicos como Vladimir Tod.

Además, los chupetones serían una tortura.

Sus colmillos encogieron y mientras se incorporaba, escuchó la voz de Meredith, dulce y alegre, escapándose por la ventana abierta de la cocina.

—¿Me estás pidiendo salir?

El corazón se le cayó a los pies, luego se escurrió por el empeine y acabó saliendo por el agujero de su deportiva, donde golpeó el suelo y se rompió. Bueno, esa es la sensación que tuvo.

Se acercó a la ventana y, conteniendo el aliento, miró al interior.

Henry estaba sentado sobre la encimera de la cocina, balanceando los pies. Se inclinó hacia delante y le susurró algo a Meredith, cuyo suave pelo castaño estaba prendido tras las orejas. Tenía los labios apretados y juntos mientras escuchaba. Vlad intentó no sacar conclusiones precipitadas, pero la imagen de los labios de Henry moviéndose tan cerca de la bonita oreja de Meredith bastó para que sintiera unos celos que jamás creyó que pudiera experimentar.

Su amigo miró hacia la ventana. Vlad se agachó, pero demasiado tarde; lo había visto. Segundos después, Henry aparecía en el porche.

—No es lo que crees.

Vlad intentó hacerse el duro, y aferrándose a los últimos jirones de dignidad que le quedaban, se esforzó por mostrarse flemático y despreocupado. Sin embargo, cuando quiso hablar, la voz se le quebró y se le formó un nudo en la garganta.

—Esto ha sido un error. Me marcho a casa.

—¿Ya? ¿Y qué pasa con Meredith?

Vlad dio media vuelta y se encogió de hombros mientras bajaba las escaleras del porche.

—Me ha parecido que estaba en buenas manos.

Su amigo lo siguió y lo detuvo, agarrándolo del hombro.

—No lo entiendes. Estaba intentando que bailara contigo. —Miró a Vlad—. Me crees, ¿verdad?

Claro que lo creía. Pero era difícil ignorar el hecho de que Henry era probablemente el chaval con más éxito del instituto Bathory. A veces, cuando iban por los pasillos, los suspiros de las chicas que bebían los vientos por él resultaban ensordecedores. Pero... así era Henry. Si Vlad podía confiar en alguien, desde luego era en él.

Consiguió sonreír.

—Claro que sí. —Continuó bajando las escaleras con Henry siguiéndolo de cerca.

—¿Sabes lo del señor Craig? —dijo Henry.

—¿Qué? ¿Seguirá de baja por enfermedad otra semana? No creo que pueda soportar más controles sorpresa de Snelgrove.

Henry redujo el paso.

—Dicen por ahí que lo van a declarar desaparecido.

—Anda ya. —Vlad se detuvo por un momento y asimiló la noticia. Con gran esfuerzo, reanudó la marcha e intentó no pensar en ciertas posibilidades—. ¿Es que

nadie sabe nada?

Henry había perdido su funda de almohada, pero llevaba los bolsillos delanteros llenos de caramelos.

—Parece que no. Solo dicen que ha desaparecido.

—Qué raro.

—Sí. —La expresión seria de Henry se vio reemplazada por su habitual sonrisa

—. Eh, ¿has visto a la hermana de Stephanie? Estaba muy guapa.

Vlad negó con la cabeza y dobló la esquina hacia casa.

—Tío, en serio, tiene doce años.

## El desván oculto

Vlad se dio la vuelta en la cama y se frotó los ojos. Con cuidado de no pisar a Henry, que todavía roncaba en el suelo dentro de su saco de dormir, atravesó la habitación, cerró la puerta tras él y entró en la biblioteca. De la repisa más cercana cogió un ejemplar de *Teoría y práctica de la telepatía* y bajó las escaleras, donde el aroma a sangre fría y beicon frito le dio la bienvenida. Hum... el desayuno de los campeones. La tía Nelly estaba frente a los fogones y se giró justo cuando él tomaba asiento ante la larga mesa de listones de madera.

—Buenos días, mi sol.

Vlad la miró sorprendido.

—Buenos días, ácido sulfúrico.

—¿Cómo dices?

—Bueno, ¿te parece bien llamar a un vampiro «sol»?

—Oh, perdona. —Dejó frente a él un vaso lleno de un líquido frío y rojo que Vlad se bebió mientras ella tamborileaba con los dedos sobre el libro—. ¿Ocurrió algo interesante?

Vlad se pasó el dorso de la mano por la boca, manchándose la piel de un rojo borgoña.

—Más o menos. Anoche leí la mente de una persona. Era alguien a quien no conozco.

Nelly se sentó frente a él y dio un sorbo a su café.

—Creía que solo podías leer los pensamientos de Henry.

—Y yo. —Se rascó la barbilla y abrió el libro por una página cubierta con papelitos amarillos.

Nelly parecía pensativa.

—Vladimir, ¿no habrás...?

Vlad echó una ojeada a la página sin prestar mucha atención a su tía. Cuando se dio cuenta de lo que le estaba preguntando, la miró atónito.

—¡No! ¡Jamás le chuparía la sangre a nadie aposta!

—Salvo a Henry, querrás decir. —Nelly volvió a beber su café, mirándolo por encima de las gafas.

Vlad puso los ojos en blanco y se acercó el libro.

—Tía Nelly, yo tenía ocho años. ¿Por qué no lo olvidas de una vez?

—Bueno, según tú, empezaste a leer los pensamientos de Henry después de haber ingerido algo de su sangre. Así que, si no mordiste a nadie, ¿cómo es posible que

escucharas sus pensamientos? —Lo dijo con tono tranquilo, pero con cierta desconfianza.

Vlad se inclinó hacia el libro y leyó varias anotaciones sobre la telepatía, teorías e ideas garabateadas en papelitos amarillos.

—Ni idea. Pero bueno, tampoco es que tenga una *Enciclopedia Vampírica* para consultar. De momento, solo manejo teorías.

Nelly le acercó un plato con bollitos y llenó el suyo con crujiente beicon, huevos revueltos y tostadas. Vlad cogió uno de los bollos y lo dejó en su plato mientras su tía le volvía a llenar el vaso con la sangre que necesitaba para empezar bien el día. Nelly nunca se había mostrado escrupulosa con su dieta. Era enfermera titulada y se las veía y se las deseaba para sacar sangre del hospital para él.

Ahora lo contemplaba con gran interés mientras masticaba un trozo de beicon.

—¿Y qué pasó a medianoche?

—Ni idea. Nos fuimos temprano. —Vlad se encogió de hombros. Luego, al pensar en su invitado, preguntó—: ¿Se podría quedar Henry otra noche? Sus padres no volverán hasta el lunes por la tarde.

—Mientras os las arregléis para ir al instituto el lunes por la mañana...

Como si la mera mención de su nombre lo hubiera despertado, Henry apareció bajando las escaleras y entró en la cocina con el pelo de la coronilla hacia arriba y una sonrisa de satisfacción. La tía Nelly le colocó delante un plato vacío, terminó su beicon y besó a Vlad en la frente.

—Hasta luego, chicos. Hoy tengo turno doble.

Pensativo, Vlad pasó un dedo por el borde de su vaso.

—Eh, Nelly, tenemos que hacer un árbol genealógico para la clase de historia. ¿Me podrías echar una mano?

Su tía revolvió el pelo de Henry al pasar por su lado camino de la puerta.

—¿Has mirado en el desván? Sé que tus padres guardaban varios álbumes de fotos allí arriba. Te serán de más ayuda que yo. —Vlad se la quedó mirando como si no supiera de qué hablaba. Nelly suspiró—. De verdad, Vladimir, ¿llevas viviendo aquí tres años y aún no sabes nada del desván oculto? ¡La puerta está a unos centímetros de tu cama, por amor de Dios! Yo creía que los vampiros teníais una intuición ultrasensible.

Vlad se encogió de hombros y cogió otro bollo.

—¿No crees que si tuviera esa intuición que dices me iría mejor en mates?

Nelly gruñó.

—Esperemos que eso sea el próximo poder que desarrolles.

La puerta se cerró y Vlad y Henry se quedaron solos para el resto del día.

Terminaron de desayunar y se pusieron cómodos delante de la televisión. Estuvieron viendo dibujos animados y salvando al mundo con la PlayStation hasta que la mañana se convirtió en tarde. Henry ya le había ganado dos veces en *Race to Armageddon*, pero en la tercera partida, Vlad le sacaba ventaja. El premio, por

supuesto, era riqueza y gloria, combinadas con el estatus divino de haber sido el androide que derrotara al terrible rey alienígena. Pero justo cuando Vlad blandía su espada láser para acabar con el monarca extraterrestre, Henry le dio al botón de turbo e interceptó el golpe con otro de los suyos. Vlad soltó el mando con un gruñido.

—¡Este juego se me da fatal!

—Sí, pero puedes volar. En algo te tengo que ganar. —Henry dejó su mando en el suelo, junto al de Vlad, y cogió su lata de refresco. El suelo frente a los pufs era un campo de batalla regado de bolsas de patatas y envoltorios de caramelos.

Vlad negó con la cabeza.

—No vuelo, solo floto un poco.

—Volar, flotar, lo que sea... ¡mola! Además, si aprendes a ser invisible, imagina la que podrías montar en el vestuario de las chicas. —Henry alzó y bajó repetidamente las cejas y volvió a beber—. Me pregunto si podrás convertirte en algún animal, o algo así, cuando seas mayor.

Al principio, Vlad pensó que Henry bromeaba, pero cuando lo miró de reojo, se dio cuenta de que su amigo, generalmente bromista, hablaba muy en serio. Negó con la cabeza.

—Qué tontería.

—Piénsalo bien. En todas las historias antiguas y en las leyendas, los vampiros se convierten en murciélagos, lobos, incluso en niebla y cosas así. —Henry se encogió de hombros y fijó la mirada en la alfombra que había entre los dos—. Es posible.

Vlad manejó el mando con el pulgar e intentó no sonar demasiado intrigado. Hacía tiempo que él también se preguntaba lo mismo.

—Quizá, pero no soy un vampiro puro. Mi madre era humana, ¿recuerdas?

Henry habló con voz queda y lo miró con expresión seria.

—Seguro que los echas mucho de menos.

—Todo el rato. —Contuvo la respiración durante unos segundos y luchó contra las repentinas lágrimas que se acumulaban en sus ojos. No había un momento en que no pensara en su padre y en el brillo amable de sus ojos, o en el modo en que su madre lo besaba en la cabeza siempre que lo tenía en su radio de acción. Aquellos tres años sin ellos habrían sido imposibles de soportar sin Nelly. No importaba que en realidad no estuvieran emparentados. Nelly y su madre habían estado más unidas que muchas hermanas y eso, a ojos de Vlad, convertía a Nelly en familia.

—Murieron de una forma muy extraña. —Henry desenchufó su mando y enrolló el cable alrededor.

—Sí. Normalmente la gente no entra en combustión espontánea. —Vlad hablaba con tono desenfadado, pero en el fondo deseó que Henry cambiara de tema. Cogió su mando y se acercó para pulsar el botón de «reset» de la consola—. Vamos a jugar otra partida, pero esta vez yo seré el androide azul.

—Tengo hambre.

Según parecía, Vlad no era el único con la habilidad para leer mentes ajenas.

—Hay pollo frito en la nevera.

Henry desapareció en la cocina y volvió un momento después con un plato de pollo entre las manos y un muslito entre los dientes.

—Me *guzta eh poho* de *Nehy*.

Vlad arrugó la nariz y controló las náuseas que le provocaba el olor a carne cocinada.

—Hablando de Nelly... me voy a poner con lo del árbol genealógico. Si saco otro sufi en historia me va a matar. ¿Cuándo hay que entregarlo?

—El viernes. —Henry dejó un hueso limpio en el plato y miró a Vlad—. ¿Cuánto llevas hecho?

Vlad alzó las cejas y resopló.

—¿Escribir mi nombre en la primera página cuenta?

—Creo que no.

—Da igual. Eso tampoco lo he hecho todavía.

No tardó mucho en encontrar la puerta del desván. Cogió una linterna de su armario y franqueó la puerta el primero, con Henry siguiéndolo de cerca. Las estrechas escaleras ascendían pegadas a la pared y luego giraban, conduciéndolos hacia el desván. Arriba, Vlad extendió un brazo con la esperanza de palpar una cuerda que encendiera alguna bombilla que colgara del techo cerca de donde estaba. Dio con ella, tiró y una suave luz iluminó la habitación.

Henry arrugó la nariz.

—Tronco, ¿por qué huele a pis de gato?

—¿Te refieres a tu aliento?

—No me obligues a traer el agua bendita, tío.

Había cajas apiladas y alineadas contra las paredes. Vlad cogió una de las cajas y la dejó sobre el suelo, a los pies de Henry. Cuando se disponía a mover otra, su amigo le preguntó:

—¿Qué estamos buscando exactamente?

—Álbumes de fotos y certificados de nacimiento. Y si tenemos suerte, un árbol genealógico. —Vlad bajó otra caja, se agachó y rompió la cinta carrocera que la mantenía cerrada. En la parte superior no parecía haber nada de interés. Formularios de hacienda y la típica carpeta llena de facturas. Pero en el fondo encontró varias cajas de zapatos llenas de fotos familiares. Las dejó a un lado y siguió buscando.

Tras registrar diez cajas, habían descubierto varios álbumes de fotos, dos estuches pequeños de terciopelo con alianzas de boda, y un libro encuadernado en piel con un extraño símbolo en la cubierta que se mantenía cerrado y de una pieza gracias a unas gruesas tiras de cuero y a dos cierres metálicos. Exhausto por la búsqueda, Vlad se limpió el polvo de las rodillas.

—Creo que con esto bastará.

Con un movimiento de cabeza, Henry se quitó una telaraña de la oreja, cargó con un montón de álbumes de fotos y desapareció tras la puerta.

Vlad avanzaba a dos pasos de él cuando divisó un cilindro que sobresalía de una cajita en lo alto de una de las pilas. Lo cogió y lo examinó. Era pequeño, no mediría más de quince centímetros, su superficie era suave y completamente negra, salvo por un extraño símbolo dorado grabado en un extremo: tres líneas en diagonal dibujadas en su base, enmarcadas dentro de lo que parecía un paréntesis. Se metió el cilindro en el bolsillo antes de apagar la luz y bajar por las escaleras en la oscuridad.

Su amigo lo esperaba en el dormitorio, pero antes de que pudiera enseñarle su curioso descubrimiento, la tía Nelly los llamó.

—Ya estoy en casa. ¿Quién quiere hamburguesas?

Los dos se precipitaron escaleras abajo, con los estómagos rugiendo, y ayudaron a Nelly a preparar la cena. Una vez pusieron la mesa y sacaron las patatas del horno, Nelly colocó sobre la mesa una botella donde se leía la palabra «kétchup». Cuando Henry se dispuso a cogerla, ella lo detuvo y le ofreció un bote diferente.

—Utiliza este, cariño. Ese es para Vlad.

Vlad se sirvió un saludable cuajaron de sangre en el plato, untó una patata frita en él y mordió el extremo. Su hamburguesa estaba cruda y la sangre que manaba de ella empapaba el pan. La cogió con las dos manos, sintiendo crecer sus colmillos ante el aroma, y le dio un mordisco. Henry observó con asco que chorreaba sangre de la hamburguesa, mientras Vlad masticaba alegremente. Aunque lo había visto comer muchas veces, todavía le revolvía el estómago.

Fuera había anochecido, pero tras la cena, los chavales salieron al porche a contemplar las estrellas que se asomaban al manto azul oscuro del cielo. Al salir, Nelly ofreció a Henry uno de esos zumos en tetrabrik con la pajita incorporada a un lado. A Vlad le dio sangre en un recipiente parecido. Disfrutaron durante varios minutos de sus bebidas y de los sonidos de la noche en ciernes hasta que Vlad dijo:

—Me pregunto a quién traerán para sustituir al señor Craig. El director no lo reemplazará durante mucho más tiempo.

Aquella era una de las miles de cosas que pasaban en aquel momento por su cabeza. Desde luego no quería que fuera la señora Bell, con su pelo azul, sus dientes puntiagudos y sus cejas igualmente picudas. Por alguna extraña razón, siempre olía a loción para después del afeitado y a relajante muscular. Lo que hacía que se preguntará qué haría aquella mujer después de clase.

—La señora Bell se encargó de la clase durante dos semanas, cuando el hermano del señor Craig murió el año pasado.

—Pero ahora no puede. Enseña a jornada completa en el instituto. —Henry había atrapado una polilla y contemplaba cómo aleteaba entre sus manos.

Vlad dio un último sorbo a su bebida y dejó el envase sobre las escaleras. Entonces recordó el objeto cilíndrico que había encontrado en el desván, lo sacó del bolsillo y se lo enseñó a Henry.

—Mira esto. Lo encontré arriba.

Su amigo soltó a la polilla y cogió el objeto que Vlad le mostraba. El joven vampiro sintió en ese momento la necesidad de cerrar la mano, pues el cilindro le había dejado una sensación extraña. Henry lo hizo girar, mientras admiraba el símbolo grabado en su base.

—¿Qué es?

Vlad lo cogió de nuevo.

—Ni idea. —Se lo metió en el bolsillo y al instante sintió como si lo arrojara una manta de alivio.

Henry bostezó y estiró los brazos hacia el cielo nocturno. Tenía unos enormes y oscuros círculos bajo los ojos.

Vlad también bostezó. Dentro de unas horas serían las seis de la mañana de un día en el que tendría el engorro añadido de soportar a un profesor sustituto. Estirándose, subió las escaleras del porche y entró en la casa con la promesa de un profundo sueño descansando sobre sus pesados párpados.

## La búsqueda continúa

Un hombre vestido completamente de negro alzó la vista de una foto de periódico que sostenía en su mano enguantada y contempló al chico que cruzaba la calle tímidamente frente a él, con una bolsa de Stop & Shop en una mano y una cámara de treinta y cinco milímetros colgada al cuello. Volvió a mirar la fotografía y asintió satisfecho. A continuación, avanzó con sigilo hacia el chaval.

Este se adentró en un callejón oscuro. La luna llena estaba ya muy alta y bañaba la ciudad de Bathory con una pátina azul. Alargadas sombras se estiraban a través de la calle.

El hombre vestido de negro se metió la foto de nuevo en el bolsillo y aceleró el paso.

El joven caminaba absorto, jugueteando con la tapa de la lente de su anticuada cámara, mientras de su otra mano colgaba la bolsa de Stop & Shop.

El hombre lo rodeó y se interpuso en su camino.

Solo cuando chocó con él, se percató de su presencia. Al tropezar, dejó caer la bolsa.

—Oh, vaya. Perdone. No lo... no lo había visto. —Y sonrió tímidamente, a modo de disculpa.

El hombre le devolvió la sonrisa, con cuidado de no exponer sus colmillos tras los labios cerrados.

—No pasa nada. Edgar Poe, ¿verdad?

Eddie se sacudió el polvo de los pantalones y comprobó que la cámara no había sufrido daño alguno.

—Sí. Hum... bueno, en realidad soy Eddie. Nadie me... solo mi madre me llama Edgar, ¿por qué? ¿Lo conozco?

El desconocido contempló la gran vena que pulsaba en el cuello de Eddie y su estómago rugió de hambre.

—Eddie, quizá me puedas ayudar.

El chaval parecía receloso, pero no se movió.

El hombre metió la mano en el bolsillo, sacó la foto del periódico y se la mostró.

—¿Reconoces al chico que está junto a ti en esta foto?

Eddie contempló la imagen.

—Hum... sí, claro. Vlad Tod, ¿no?

El hombre se relamió los labios. Aquel chaval olía a AB negativo. Raro. Delicioso. El champán de los tipos de sangre.

—¿Dónde podría encontrarlo?

Eddie se encogió de hombros y recogió la bolsa del suelo.

—No... no lo sé. En el instituto, supongo. —Evitó al hombre y prosiguió su camino por el callejón.

El estómago del desconocido se estremeció de nuevo. Agarró a Eddie por el cuello de su camiseta y abrió la boca, mostrándole sus relucientes colmillos.

—¡No me dejes con la palabra en la boca! Dime dónde está, ¡vamos!

Aterrado, los ojos de Eddie se abrieron como platos.

—¿Qué es usted?

El hombre lo alzó en volandas y se lo acercó hasta que sus colmillos estuvieron a solo unos centímetros de su rostro.

—Soy el hombre del saco, Edgar. Y he venido a por tu alma. Ahora dime dónde puedo encontrar a Vladimir Tod.

Al principio, el único sonido que salió de Eddie fue el que produjo el hilo de líquido que cayó de sus pantalones al suelo. Luego gritó.

—¡Edgar! —De la casa al final del callejón llegó una voz aguda y alta que solo podía pertenecer a su madre—. ¡Será mejor que vengas aquí ahora mismo, Edgar! Como le diga a tu padre...

El desconocido lo soltó y se escabulló sin que nadie más lo llegase a ver, renunciando muy a su pesar a una comida caliente y a la información que necesitaba sobre el hijo de Tomas.

## Otis Otis

Se ajustó las gafas de sol a la nariz y subió las escaleras del instituto. Se sentía agradecido por tener a Henry con él. Por alguna razón, los abusones mantenían la distancia cuando iba acompañado de su amigo. Bill y Tom pasaron a su lado en las escaleras, pero ninguno dijo una palabra. El director Snelgrove esperaba arriba, sin apartar de él sus ojillos de ratón. Arrugó la nariz y Vlad rio entre dientes. El director lo odiaba desde el momento en que se matriculó en Bathory. Aquel aciago día, Bill y Tom le dieron un empujón de bienvenida en el pasillo y Vlad chocó con la señora Kumus, que cayó de cara y se rompió el tabique nasal. Había sido un accidente, por supuesto, pero desde ese momento, el director Snelgrove lo vigilaba con esa mirada de roedor desconfiado, mientras arrugaba la nariz, suspicaz. Henry sonrió cuando se acercaron al hombre ratón.

—Buenos días, señor Snelgrove.

El director asintió con la cabeza, pero sus ojos apenas se apartaron de Vlad.

—Haría bien en imitar a su amigo, señor Tod.

Cuando pasaron a su lado, Vlad reprimió otra risotada. El señor Snelgrove olía a queso.

Henry se despidió de Vlad en la puerta de la clase del señor Craig, y se alejó por el pasillo. Resultaba extraño que aquel año tuvieran profesores diferentes, pero aún se sentaban juntos en el comedor, pasaban la hora de estudio haciendo el tonto y se hacían compañía en el camino a casa después de clase. Compartían menos tiempo de lo que les hubiese gustado, pero tendrían que conformarse. Vlad franqueó la puerta del aula 6 y aguantó la respiración durante un segundo, deseando que, cuando alzara la vista hacia la mesa del profesor, no se encontrase la mirada de reprobación con la que la gruñona señora Bell solía observarlo desde detrás de sus gafas de ojos de gato.

Para su alivio, la mesa estaba vacía.

Caminó hasta la esquina izquierda del final del aula y, tras dejar la mochila junto a su mesa, se sentó con un gran suspiro. *Al que se le ocurrió que las clases debían empezar temprano y durar todo el día habría que cogerlo y obligarlo a soportar horas de televisión educativa sin la ayuda de cafeína*, pensó.

Meredith entró en la clase e iluminó el día de Vlad con su simpática sonrisa. Estaba hablando con Kara Metley, una de sus dos mejores amigas. Melissa Hart era el eslabón perdido. Generalmente formaban un trío inseparable, pero este año Melissa estaba en clase del señor Crumble, con Henry, un arreglo que le venía de perlas a su amigo, porque estaba coladito por ella desde que, en el baile de invierno del año

pasado, vio que le daba una torta a un chico que intentó besarla.

Su amigo era un poco raro.

Meredith miró a Vlad, que se encogió en su asiento deseando que no se hubiera dado cuenta de que la había estado observando. Luego se sentó en su mesa. Como si aquello hubiera sido una señal, Kara se acercó a su pupitre y dejó una nota frente a él con una sonrisa. Después dio media vuelta y se sentó junto a Meredith.

El corazón de Vlad decidió alojarse en la garganta. Desdobló la hoja de papel con fingida despreocupación, o eso intentó, y se dispuso a descifrar como pudo la fluida y femenina letra de Kara. La simple pregunta de la nota atravesó como una estaca la autoestima de Vlad. Era corta, directa y le causó un gran dolor.

«¿A Henry le gusta Meredith?».

*Oh.*

Y había dibujado un corazoncito en la i de Meredith.

*Oh, no.*

Dobló el papel de nuevo y lo metió en el bolsillo delantero de su mochila. Ya contestaría luego, cuando se hubiera aclarado las ideas y estuviera más tranquilo. O... quizá decidiera olvidar lo que había leído.

La puerta de la clase se abrió de golpe y segundos después un hombre alto y delgado, con un sombrero de copa arrugado de color morado y un traje de tres piezas entró en la habitación. Bajo su negra chaqueta llevaba un chaleco plateado sobre una almidonada camisa blanca. Del bolsillo del chaleco colgaba una cadena de oro y en su mano llevaba un viejo maletín de médico de cuero.

Tras dejar el maletín sobre el escritorio, se volvió a la clase con una brillante sonrisa. Sus ojos azules resplandecían.

—Buenos días, clase. Soy el señor Otis y sustituiré al señor Craig durante su ausencia. Como mi nombre es el mismo que mi apellido, me pueden llamar por cualquiera de los dos, siempre que no se olviden de colocar antes el tratamiento de «señor».

El señor Otis miró a la clase como si esperase que alguien lo interrumpiera. Como eso no ocurrió, se aclaró la garganta y prosiguió.

—Lamento que nos conozcamos en estas circunstancias, ya que el señor Craig era... —Hizo un chasquido con la lengua y se sentó en la esquina de su mesa—, quiero decir, es un profesor admirado por todos. Pero aunque esta situación sea lamentable, haré todo lo que pueda para formarlos y educarlos de manera entretenida.

Siempre curiosa, Kara alzó una mano. Y antes de esperar a que le dieran permiso para hablar, prefirió hacer notar su presencia con una pregunta:

—¿Conoce al señor Craig?

El señor Otis hizo una pausa, se humedeció los labios y dijo:

—Me temo que no he tenido el placer.

Kara aún no había terminado su interrogatorio y, con un golpe de melena, preguntó de nuevo:

—¿Cuánto tiempo hace que es profesor?

—Mucho. —El sustituto dio la espalda a la clase y comenzó a rebuscar en su maletín. Cuando se volvió de nuevo, su sonrisa había desaparecido. Sostenía lo que parecía una lista, una relación con los nombres de todos los alumnos—. Mucho tiempo. Mi último puesto fue como profesor de mitología a jornada completa en el instituto Stokerton, pero he enseñado diversas asignaturas en diferentes países del mundo.

Interesado, Vlad decidió participar en la ronda de preguntas. Apenas había alzado la mano por encima de su pupitre cuando el señor Otis asintió en su dirección. Vlad la bajó.

—¿Entonces, también enseña lengua?

—No. Bueno, es decir, no hasta hoy. —Volvió a buscar en su maletín y sacó un montón de papeles. Los dividió en cinco tacos y los dejó caer sobre los pupitres de la primera fila. Familiarizados con el procedimiento, los alumnos cogieron un papel y pasaron el resto hacia atrás—. Pero no os preocupéis. Ya tengo un diseño curricular de la asignatura que estoy seguro encontraréis atrayente y entretenido.

Chelsea Whitaker no se molestó en girarse en su asiento: simplemente lanzó la última hoja por encima de su hombro. El papel dio una vuelta en el aire y cayó al suelo. Vlad lo recogió y dio una ligera patada al asiento de Chelsea antes de mirar lo que había escrito en él, que no era más que una lista de deberes y algo llamado «Objetivos especiales de la clase». Vlad frunció el ceño. Las fechas abarcaban hasta final de curso. ¿Cuánto tiempo se pensaba quedar ese tío?

Kara aparentemente había pensado lo mismo y alzó la mano de nuevo.

—¿Durante cuánto tiempo será nuestro profesor?

El señor Otis examinó a sus alumnos con ojos serios. No dijo nada.

Chelsea susurró en dirección a Kara.

—No seas idiota, estará aquí hasta que vuelva el señor Craig.

—Querrás decir, si vuelve. —Toda la clase se quedó en silencio ante las palabras de Meredith. No era la incredulidad lo que los había dejado mudos, sino la sorpresa de que alguien tuviera el valor de decir en voz alta lo que todos temían. Sus mejillas se encendieron y se enjugó una lágrima que le asomaba por el rabillo del ojo. Kara extendió un brazo y le dio unas palmaditas en la mano tras fulminar con la mirada a Chelsea.

El señor Otis se aclaró la garganta para atraer la atención de la clase.

—Chelsea tiene razón.

Claro que la tenía. Era la capitana del equipo de animadoras. Nunca se equivocaba... o al menos eso creía ella. Sin embargo, Vlad estaba casi seguro de que no era lo bastante espabilada para encontrar el camino de vuelta a casa sin la ayuda de sus compañeras de pompón o de los atletas medio retrasados que babeaban por ella en el instituto.

El señor Otis miró al fondo de la clase, donde estaba Vlad, se sacó el reloj del

bolsillo del chaleco y lo abrió. Después lo cerró con un golpe metálico y lo guardó de nuevo.

—Os daré clase durante el tiempo que sea necesario y solo mientras vuestro profesor, el señor Craig, siga desaparecido. Si os ha quedado claro, podemos continuar con el diseño curricular. —Se volvió hacia la pizarra y dibujó una serie de garabatos indescifrables que, según dedujo Vlad, debían de ser los temas sobre los que tendrían que trabajar—. Como vuestro profesor normalmente os manda trabajos para comprobar vuestro nivel de redacción, yo haré lo mismo. Y combinaré esos deberes con mi especialidad, la mitología. Todas las semanas estudiaremos la mitología de una cultura diferente, y al término del curso, si aún tenéis la suerte de contar con mi presencia, os pondré un examen sobre redacción, gramática, puntuación... y mitología.

Vlad arrugó el ceño al contemplar el encerado. Una de las palabras parecía ser «drgon», pero no estaba seguro. La siguiente era algo así como «lcntopos». Entornó los ojos con más fuerza y luego miró el papel que sostenía entre sus manos. Al final de la hoja había una lista de criaturas mitológicas. La primera era el dragón. Volvió a la pizarra: «drgon». *Supongo que eso será «dragón»*, pensó. Y «lcntopos» se parecía mucho a la siguiente palabra de la lista: licántropos. Vlad fue descifrando la terrible letra del señor Otis a lo largo de la lista.

Unicornios, grifos, centauros, hadas, gnomos, troles, sirenas, ninfas, *banshees*, zombis, brujas, vampiros...

Vlad se detuvo en la palabra «vampiros» y sonrió. Iba a ser interesante escuchar lo que el resto de la clase pensaba sobre él. Bueno, al menos lo que pensarán algunos. Las opiniones de otros muchos le traían sin cuidado.

Frente a él, Chelsea leía una nota que le había pasado Sylvia Snert. En la hoja se podía leer con su letra redondeada: «¡Este tío es un friki!».

Chelsea sacó su bolígrafo y escribió algo en otra nota, pero Vlad no pudo ver qué, porque su hombro le tapaba la visión. Chelsea le pasó la nota a Sylvia. Sin decir una palabra, el señor Otis recorrió el pasillo creado por los pupitres y se la quitó. Se detuvo frente a ella y desdobló la hoja de papel, leyó en silencio lo que ponía sin mostrar reacción alguna en sus ojos. Para asombro de Vlad, se giró, dejó el papel sobre el pupitre de Sylvia y volvió a la parte delantera de la clase como si no hubiera pasado nada.

—Me doy cuenta de que será difícil para todos adaptarnos a las nuevas circunstancias. Para algunos más que para otros. Puede incluso —y sonrió a Sylvia mientras esta leía la nota de Chelsea— que algunos penséis que soy un friki. Mientras que otros —y sus ojos se fijaron en Chelsea, que estaba más roja que el sol— quizá penséis que soy un tipo interesante. Puede que hasta buenorro.

El señor Otis alzó las cejas. La clase rompió a reír y Chelsea se sonrojó aún más.

—Pero sea cual sea vuestra primera impresión sobre mí, por favor, mantened la mente abierta y si pensáis que os puedo ayudar en algo, no dudéis en decídmelo. —

Sus ojos se encontraron con los de Vlad durante un segundo y luego recorrieron la clase—. De momento, me han dicho que tenéis pendiente un examen de puntuación.

La clase entera dejó escapar un suspiro colectivo.

Tras una disertación soporífera sobre el sistema métrico por parte del señor Harold y un bienvenido vídeo de presentación sobre *La vida secreta de los helechos* en la clase de biología de la señorita Meir, Vlad metió los libros en su ya rebosante taquilla, cogió la bolsa de la comida y cerró la puerta de un portazo.

—Parece que a alguien le ha sentado mal la transfusión del desayuno. —Henry estaba dos taquillas más allá, con su enorme sonrisa puesta.

Vlad gruñó, intentando ahogar una carcajada.

—Creo que es lo más feo que me has dicho nunca.

—Estoy aquí para complacerte. —Henry dejó los libros en un lado de la taquilla—. ¿Qué pasa?

—Poca cosa. De momento no tengo deberes.

—Ni yo, pero estoy seguro de que la vieja Batty nos va a plantar un examen sorpresa.

Vlad gimió. Batilda Motley, su profesora de historia, ponía los exámenes más difíciles del universo conocido.

—Justo lo que necesito. Acabo de hacer otro en clase de lengua. —Comenzaron a caminar por el pasillo en dirección al comedor.

Los ojos de Henry iban de Vlad a cualquier chica medio mona que pasara a su lado. Como Vlad no le hacía ni caso, tuvo que recurrir a los codazos.

—Bueno, ¿y cómo es el nuevo profesor?

Vlad se encogió de hombros.

—No está mal.

El comedor ya estaba lleno cuando llegaron, y al verlos entrar, el director Snelgrove gruñó disgustado. Vlad se colocó detrás de Henry en la cola y le escuchó hablar sobre lo ocupado que iba a estar en las vacaciones de Navidad. Sus padres por fin habían decidido llevarlo a él y a su hermano a esquiar durante una semana y eso parecía ocupar la mayor parte del espacio vacío en la cabeza de Henry.

Su amigo miró la comida de su bandeja con cara de asco.

—Me da igual cómo lo llamen. Esto no parece una *pizza*. ¡Es verde!

Vlad se encogió de hombros sin soltar su bolsa marrón.

—Podría ser peor.

Nelly siempre le preparaba lo mismo. No podía quejarse, la verdad. No es fácil esconder los nutrientes que necesita un vampiro en comida de apariencia normal. Todos los días llevaba al instituto el mismo sándwich de mantequilla y mermelada, acompañado por un par de bollitos o una magdalena de chocolate; todo discretamente relleno de pequeñas ampollas repletas de sangre. Nadie nunca se dio cuenta de que la

comida de Vlad contenía alguna que otra sorpresa, y aunque algún compañero le ofreciera cambiar sus patatas fritas o su porción de *pizza* por uno de sus bollos, Vlad siempre rechazaba la oferta lo más educadamente que podía. De hecho, aunque su almuerzo fuera aburrido, era mejor que en los primeros años de cole, cuando comía con su madre en el aparcamiento. Beber sangre de un termo podía hacerte sentir diferente.

Henry lideró el camino a su mesa habitual, cerca de la puerta. Cuando pasaron junto a Meredith, Vlad se atrevió a sonreírle.

Pero su sonrisa se esfumó enseguida.

Vlad se cayó hacia delante. Al golpear el suelo, pudo sentir que las ampollas de su sándwich explotaban contra su pecho. Escuchó carcajadas a sus espaldas, pero no se molestó en mirar. Solo podían ser Bill o Tom los que le habían puesto la zancadilla y si Meredith también se estaba riendo, prefería no saberlo. Se incorporó con la ayuda de Henry y suspiró al ver la bolsa aplastada y manchada de rojo. Un gran cuajaron de sangre colgaba de su camiseta. Recogió la bolsa y la tiró en la papelera más cercana. Todavía refunfuñaba cuando salió al pasillo.

—¿Adónde cree que va, señor Tod? —dijo el director Snelgrove, arrugando su nariz de roedor como si Vlad oliera mal.

Vlad estiró la camiseta para que el director la viera bien.

—Me he caído sobre mi comida, así que voy a secretaría a llamar a mi tía.

—No hace falta. Tiene la comida del colegio.

Vlad se pasó la lengua por los colmillos y dirigió la mirada hacia la puerta.

—¿Y la camiseta?

Snelgrove resopló y cerró las manos tras la espalda.

—Solo quedan veinte minutos de la hora de la comida, señor Tod. Le sugiero que se dé prisa.

Vlad abrió la boca para hablar, pero se detuvo cuando vio que el director se acercaba a la puerta, por si se le ocurría salir por ahí. Incapaz de encontrar una respuesta educada, Vlad volvió adonde Henry estaba sentado y se acomodó en el asiento de enfrente.

Henry arrugó la nariz ante el olor de desprendía la camiseta de su amigo.

—No puedo creer que no te deje llamar a Nelly.

Vlad apoyó los codos sobre la mesa y descansó la mejilla en la palma de la mano. Entonces notó un rugido procedente de su estómago e inclinó el torso sobre la mesa. Iba a ser una tarde muy larga.

Escuchó que alguien desdoblaba un papel de envoltorio y vio medio sándwich aterrizar justo delante de él. Vlad suspiró.

—Ya sabes que comer eso no me va a ayudar. —Alzó la cabeza y se encontró con la mirada de una Meredith sonriente que no parecía haber oído su queja.

—Quédate con la mitad del mío, Vlad —dijo y se sonrojó cuando miró a su amigo. Vlad respiró hondo y, aunque parecía tranquilo, el corazón le latía a mil por

hora. Intentó hablar, pero eso es algo casi imposible cuando tienes el corazón alojado en la tráquea.

Henry acudió al rescate.

—Gracias, Meredith.

La joven sonrió de nuevo y dio media vuelta. Mientras se alejaba, Vlad observó que la falda le bailaba a la altura de las rodillas.

Entonces sintió náuseas y golpeó el brazo de Henry con el dorso de la mano con más fuerza de la que había previsto.

—¿Qué haces?

—Es lo que se conoce como «ser educado», inútil. —Henry desenvolvió el sándwich de Meredith, dio un mordisco, tragó y pareció satisfecho con su sabor.

Vlad lo miró furioso, deseando por un momento ser humano.

—Iba a hablar. Solo necesitaba un minuto. —Afortunadamente, Henry no le preguntó qué había pensado decir que le llevara tanto tiempo, porque Vlad no tenía ni idea.

Para su sorpresa, sus colmillos se mantuvieron a buen recaudo en el tejido blando de sus encías durante toda la clase de historia y la hora de estudio. Al final del día, cuando entró en el aula 6, su clase y el lugar donde se impartía la asignatura de lengua, el estómago le rugía a todo volumen. Sin embargo, los colmillos no se movieron de su sitio. Por fin, el timbre anunció el final del suplicio que para él era el instituto.

Henry le hizo señas de camino a otra reunión del consejo de estudiantes, así que se quedó cerca de la taquilla, esperándolo. No los vio acercarse hasta que notó que alguien lo agarraba por la camiseta y retorció el trozo de tela en su puño. Era Tom. El aliento le olía a menta, lo que no resultaba especialmente desagradable.

A sus espaldas, Bill, sacaba pecho y miraba a ambos lados del pasillo por si aparecía alguien.

—¿Qué haces aquí, gótico? —Tom lo zarandó antes de empujarlo contra la taquilla.

Vlad hacía lo que podía para mantener la boca cerrada, no por miedo a lo se le pudiera escapar, sino porque comenzaba a sentir una urgente necesidad de morder a Tom solo por rabia. Se pasó la lengua por los dientes y descubrió que los colmillos empezaban a despuntar como reacción al sutil aroma a sangre que corría bajo la piel de Tom.

—No soy gótico.

Tom lo apartó de la taquilla y lo volvió a empujar contra ella, produciendo un estruendo metálico que recorrió todo el pasillo.

—¿Qué?

Vlad echó los hombros para atrás.

—He dicho que no soy gótico.

Tom miró a Bill, que puso los ojos en blanco. Se volvió de nuevo a Vlad.

—Eres tan imbécil, saco de mierda gótico, que ni siquiera sabes que eres gótico.

No es que Vlad tuviera nada contra los góticos, la verdad. Los había visto por la noche, en las escaleras del instituto Bathory, vestidos de negro, buscando una forma de escapar de la rutinaria vida de aquel pequeño pueblo. No eran muy distintos a él, con su pelo negro, su ropa negra y su humor negro. De hecho, en alguna ocasión deseó en secreto ser amigo de alguien tan parecido a él. Henry era estupendo, pero a veces resultaba muy difícil vivir a su sombra.

Tom lo volvió a zarandear, aparentemente molesto porque su víctima no temblaba de miedo. Pero Vlad, a pesar de que preferiría hacer casi cualquier cosa antes que pasar un momento con Tom, no estaba particularmente asustado. De hecho, no tenía nada de miedo. Solo sentía... hambre.

Aguantó la respiración e intentó pensar en otra cosa. Entonces, sintió que una extraña y mareante oleada de sangre se le subía a la cabeza, y comenzó a enfadarse... y mucho.

*¿Qué le pasa a este tío? ¿Por qué no llora y pide que lo deje en paz? ¿Y por qué me mira tan fijamente?* Tom echó una mirada de reojo a Bill, que se limitó a encogerse de hombros. Cerró el puño y lo echó hacia atrás. *Un buen golpe bastará. Después, me largaré tranquilamente por el pasillo hasta el coche de mamá, que me está esperando. Se pone muy pesada cuando llego tarde a ballet. Cómo lo odio. Los puñeteros frufús y esos absurdos leotardos. Pero a ella le da igual, me obliga a ir de todas formas. Y así llevo ya tres años. Menos mal que Bill no sabe nada. Él cree que los viernes voy a casa de mi tío para aprender a fabricar petardos. Si supiera la verdad...*

Vlad sonrió y notó que su mente salía ya de la cabeza de Tom. Había sido fácil. Quizá fuera el hambre lo que facilitaba las cosas. Sin mirar su puño, suspiró.

—Será mejor que te des prisa, bailarina. No querrás llegar tarde.

Tom lo miró atónito. Bajó el brazo y se volvió a Bill, que se golpeaba la palma de la mano con el puño de la otra, sin apartar los ojos de su víctima. La sonrisa de Vlad se hizo más amplia.

—¿Qué diría Bill si supiera que bailas con otros tíos y te pones leotardos? ¿Crees que lo entendería, que le parecería bien? —Vlad siguió la mirada de Tom hacia Bill, que ya no se golpeaba la mano y ahora observaba a su amigo, expectante.

Apretó los labios a pesar de la necesidad, cada vez más perentoria, de mostrar sus colmillos.

Tom soltó la camiseta y dio un paso atrás. Agarró a Bill de la manga y se alejaron por el pasillo mientras su compinche le preguntaba entre susurros. Tom lo silenció con un empujón.

Vlad contempló su reflejo en la ventana frente a él. Estaba más pálido, parecía mayor y desde luego mucho más feroz. Sonrió, mostrando sus blancos colmillos.

Al final, el día no había estado tan mal.



## Secretos y santuario

—Así vestido, ¿qué os parezco? —El señor Otis contempló a la clase. A modo de respuesta, varios alumnos jugueteaban con lo que había en sus pupitres. Otros lo miraron con total indiferencia—. Venga, lo primero que se os ocurra.

Una vocecita rompió el silencio.

—¿Un vagabundo?

Stephanie Brawn alzó la mano. Su tono era directo y frío.

—Un sepulturero.

—¿Un zombi? —gritó Carl, uno de los alumnos más callados. Anodino y tímido, a Vlad siempre le sorprendía escuchar su voz.

El señor Otis señaló con su largo dedo a Carl. Sus ojos brillaban.

—Sí. Como me pareció que os gustó el disfraz de unicornio de la semana pasada y el disfraz de trol de la anterior, pensé que esta vez podía elegir algo un poco menos obvio. Me he puesto esto como inspiración para el proyecto que vais a realizar esta semana.

El señor Otis se volvió hacia su maletín, de donde sacó una montaña de papeles que comenzó a distribuir entre los chavales. Cuando todos tuvieron una copia, regresó a su lugar en la esquina del escritorio con una sonrisa de orgullo en el rostro. Observó sus rostros, evidentemente esperando hallar asombro y curiosidad, pero su sonrisa se esfumó cuando encontró solo decepción. Incluso Vlad, que durante las últimas semanas había aprendido a apreciarlo como profesor y encontraba fascinante el estudio de todo aquello, se hundió en su asiento. Los nuevos proyectos siempre parecían guays al principio, pero en cuanto te descuidabas, el profe sacaba brillantina, unas cartulinas, y te ponía a crear algún estúpido disfraz. Había llegado a la conclusión de que las ideas de los profesores se parecían mucho al ajo, resultaban intrigantes a cierta distancia, pero cuando te acercabas te ponían malo y, si no tenías cuidado, incluso podían resultar mortales. Sin embargo, el señor Otis le daba pena, porque como muchos profesores sustitutos, su intención era dejar huella.

Vlad alzó la mano y preguntó.

—¿Será un trabajo oral o escrito?

—Me alegro de que me hagas esa pregunta. —El señor Otis bajó los ojos hasta los papeles que descansaban sobre la mesa y luego volvió a mirar a la clase—. Desde que comencé a trabajar aquí, os he estado enseñando el folclore y la historia de una cultura diferente cada semana. Esta vez nos embarcaremos en el estudio de los seres sobrenaturales y, como colofón, cada uno tendrá que entregar un trabajo de mil

palabras sobre una de esas criaturas, además de hacer una exposición oral a finales de febrero.

El señor Otis se acercó al encerado de un saltito y garabateó una lista de retorcidas palabras. Cuando se giró de nuevo hacia la clase, asintió ante las miradas de desconcierto que advirtió en los rostros de sus alumnos. Buscó en su maletín y extrajo un puñado de pequeños papeles doblados. Se los metió en el sombrero y dijo:

—No serán trabajos al uso. Quiero que os metáis en la piel de la criatura que saquéis de mi sombrero. Contadme cómo os sentís, cuáles son vuestros puntos fuertes y cuáles vuestras debilidades, habládme de vuestros poderes especiales, de lo que os convierte en brujas, licántropos, vampiros o lo que sea. Mostradme vuestra verdadera naturaleza.

Vlad se hundió aún más en su asiento. Se esforzaba mucho todos los días en ocultar su verdadera naturaleza como para ponerse ahora a hablar de ella delante de la clase. Sería el caos. Meredith se asustaría. Por no hablar del director Snelgrove, que no lo dejaría ni a sol ni a sombra si conociera su secreto. En cuanto el señor Otis inició su lento recorrido por la clase, deteniéndose frente a cada pupitre y ofreciendo el sombrero, Vlad cruzó los dedos bajo la mesa y deseó que la suerte estuviera de su parte y le tocara el papel de zombi o brujo, cualquier cosa menos vampiro.

Delante de él, Chelsea Whitaker sacaba ya su papelito. La joven alzó la vista hacia el señor Otis. El profesor le dedicó una fría sonrisa y avanzó hasta el pupitre de Vlad, que extendió el brazo y metió la mano en el sombrero.

Sacó un papel, pero no leyó el contenido. Deseaba con todas sus fuerzas que fuera cualquier cosa menos vampiro. Cogió aire y aguantó la respiración hasta que los pulmones le quemaron, solo entonces se atrevió a mirar.

Estaba en blanco. Vlad lo miró sorprendido y cuando alzó la vista al señor Otis, se dio cuenta de que su profesor contemplaba su papel con bastante interés. Intrigado y sintiéndose un poco tonto, le dio la vuelta y leyó la criatura asignada.

«Licántropo».

Se le escapó un profundo suspiro de alivio. En aquel momento no imaginaba que hubiera una palabra mejor, así que la leyó otra vez: «Licántropo».

Sería un hombre lobo, entonces. Aullaría a la luna, temería todo lo que tuviera plata, tendría una inexplicable necesidad de olisquearle el culo a la gente que se encontrara por la calle... Sí, estaba chupado.

El señor Otis apretó el puño. Luego, justo cuando Vlad comenzaba a relajarse, las letras escritas sobre el pedazo de papel se volvieron borrosas. Al principio pensó que tenía la mirada desenfocada, así que cerró los ojos con fuerza, pero cuando los abrió de nuevo, las letras se estaban reorganizando por sí solas, moviéndose sobre el papel como si fueran bailarinas. Algunos trazos se unieron a otros y formaron letras diferentes.

Vlad lo contemplaba con la boca abierta. Después, como obedeciendo alguna orden, de repente las letras se detuvieron. Entonces leyó en alto la palabra que se

acababa de formar:

—¿Vampiro?

¡No podía hacer de vampiro! Temeroso del sol, hambriento de sangre, incapaz de disfrutar de la comida italiana, ¡justo lo que él era!

*Pues vaya mierda.*

El señor Otis abrió el puño y se inclinó sobre Vlad. Su sonrisa, cálida y amable vista de lejos, resultaba astuta y retorcida de cerca.

—Una gran elección, Vladimir. Estoy deseando leer tu idea de lo que es un vampiro.

Como si compartieran un secreto, el señor Otis se dio unos toques con el pulgar en la sien y señaló a Vlad, que miró insistente el papel que había escogido y leyó la palabra una vez más: «Vampiro». Ahí estaba, bien claro. ¿Lo había leído mal antes? Ni hablar. Eso era imposible. Licántropo y vampiro eran palabras muy distintas. Se podría haber equivocado si en el papel hubiera leído «vampino», pero licántropo no se parecía en nada a vampiro.

¿Y qué decir de las letras en movimiento? ¿Lo había imaginado? La tía Nelly le diría que últimamente estaba bastante estresado o que su mente le había jugado una mala pasada porque las letras no se mueven por sí solas. Probablemente tendría razón, pero todo aquello, imaginado o real, le resultaba alucinante.

—Bueno, volvamos a los zombis —comenzó el señor Otis tras colocarse de nuevo frente a la clase—. ¿Sabéis en qué consiste su dieta?

La mañana dio paso rápidamente a la tarde. Vlad entró en el comedor y vio que Henry le hacía señas desde su mesa junto a la ventana. Después se metió un *cupcake* entero en la boca y sonrió. La cobertura de nata sobresalía por las comisuras de sus labios, y Vlad no tuvo más remedio que reír.

Se sentó frente a su amigo y sacó un sándwich de la bolsa de papel. Dio un mordisco al pan y una de las ampollas de sangre se rompió, inundando su paladar de exquisito sabor rojo. Tragó el líquido y terminó su comida. Después de tirar a la basura la bolsa vacía y manchada, y el envoltorio de plástico mojado, dejó escapar un sonoro eructo.

—Perdón.

Henry rio y le ofreció un *cupcake*, que inmediatamente se metió en la boca. Claro, la comida humana no le servía nutricionalmente, pero algunas cosas estaban buenas.

—Bueno, ¿cuándo vas a pedirle a Meredith que vaya contigo al baile de invierno? Ya falta poco, ¿sabes? —le preguntó Henry.

El director Snelgrove pasó detrás de este y lentificó su paso para observar a Vlad por encima del hombro de su amigo Henry.

El joven vampiro se encogió de hombros.

—Aún no sé si voy a ir.

—¿Por qué no? —insistió Henry—. Total, solo estás por ella desde hace un año. Además, a una chica como Meredith hay que pedírselo con mucha antelación.

Detrás de Henry, Meredith charlaba con sus amigas. De repente, miró a su amigo y se puso colorada. Vlad volvió a encogerse de hombros.

—Pues prefiero seguir así a que me rompa el corazón. Además, creo que le gusta otro.

Henry entornó los ojos.

—¿Como quién? Ya estás poniendo excusas otra vez. Pídeselo, Vlad. Solo es una chica. Lo peor que puede pasar es que te diga que no.

Pero eso no era lo peor que podía pasar. Meredith podía reírse. Podía contarles a sus amigas que el chico pálido y patético le había pedido ir al baile. Después se enterarían Bill y Tom y añadirían más leña al fuego. Vlad prefería morir.

O peor, ir al baile solo.

El señor Otis, que también se había hecho cargo de la hora de estudio que antes vigilaba el señor Craig, estaba recostado en la silla, con los pies descansando despreocupadamente sobre la mesa, cuando Vlad se acercó a él después de que sonara la campana. El profesor no llevaba su famosa sonrisa puesta, sino una mueca burlona.

—Pero si es el infame Vladimir Tod. ¿Qué puedo hacer por usted?

Vlad no recordaba haber hecho nunca nada remotamente infame, pero asintió y sacó el pedazo de papel del bolsillo de su camisa.

—Me gustaría volver a elegir, si no le importa.

El señor Otis se incorporó en su silla y chasqueó la lengua.

—Eso no sería justo para el resto de tus compañeros.

A Vlad le traía sin cuidado si era justo o no, simplemente no estaba dispuesto a revelar los detalles de su verdadera naturaleza. No le importaba comentar con el resto de la clase los mitos vampíricos porque había aprendido a discernir entre la realidad y las numerosas mentiras propagadas por los medios de comunicación durante años. Pero ponerse en la piel de uno de ellos, de su piel, era otra cosa. Y desde luego prefería realizar un trabajo sobre los licántropos o los brujos, aunque mil palabras acerca de cualquiera de las criaturas de la lista le parecía una exageración. Alzó los hombros y los dejó caer de nuevo lentamente. No podía ofrecer más razones que la verdad.

—En serio, preferiría volver a elegir.

El señor Otis posó la mano en el borde del sombrero. Entonces, asintió con la cabeza y se lo acercó a Vlad, que extendió el brazo y sacó otro trocito de papel.

Contempló lo escrito con suma atención, preguntándose si las letras se moverían esta vez. Lo desdobló y frunció el ceño.

«Vampiro».

El señor Otis se puso en pie y, después de vaciar los papeles restantes en su maletín, se colocó el sombrero en la cabeza.

—El destino puede ser cruel, señor Tod. Estoy deseando ver su presentación oral desde el punto de vista de un vampiro.

Vlad tuvo la sensación de que se le habían pegado los pies al suelo. No iba a poder librarse de aquello, o al menos eso parecía. Y ¿por qué el señor Otis insistía tanto? ¿Por qué parecía tan interesado en que Vlad hablara precisamente del tema que quería evitar a toda costa?

La respuesta era sencilla.

Porque los profesores, daba igual de qué clase fueran o lo majos que parecieran, eran gente sádica y retorcida hasta la médula.

Vlad se colgó la mochila del hombro y salió por la puerta sin una sola queja y sin dirigir la mirada a su profesor. Pensó en el señor Craig y deseó que estuviera a salvo, dondequiera que fuera. Y que volviera pronto.

—No es para tanto. Quizá deberías cambiar un poco el enfoque, eso es todo. —Nelly sonrió.

Vlad no encontró mucho consuelo en sus palabras.

—No lo entiendes. Cuando saqué el papel del sombrero ponía licántropo, no vampiro. Estoy seguro.

Nelly apretó los labios. Tras un momento de silencio, dijo:

—Creo que últimamente estás un poco estresado. Las palabras no se escriben solas, Vladimir. Eso es imposible.

Vlad frunció el ceño y la tomó con el libro de lengua.

—¿Y qué clase de tío lleva sombrero de copa? Es un friki.

Su tía suspiró.

—Vladimir, dale una oportunidad. Ni siquiera lo conoces.

Pero él no estaba seguro de querer conocer al señor Otis.

—No lo sé. Hay algo en él que me da mal rollo.

Nelly le dedicó una de sus miradas de preocupación. Vlad no quería discutir y desde luego tampoco quería que su tía pensara que estaba loco. Le dedicó una sonrisa, un tanto forzada, y abrió su cuaderno.

—Seguramente tienes razón.

—El trabajo no está tan mal, cariño. Por fin tienes la oportunidad de desahogarte y liberarte de todos tus secretos sin preocuparte por ser descubierto. ¿Y quién sabe? Quizá sea divertido especular sobre futuras habilidades. Y podrías añadir alguno de esos estúpidos tópicos, aunque solo sea para reírte. —Terminó su té y bostezó—. Ahora tengo que descansar un poco. No te acuestes demasiado tarde.

—Vale. Pero echan *Nosferatu, el vampiro* en la tele por cable, así que probablemente me quedará a verla. —No estaba seguro de por qué exactamente, pero cuanto más viejo y cutre era el vampiro, más le animaba. *Nosferatu* era su favorito porque aquel monstruo calvo y de cabeza puntiaguda le había hecho reír a carcajadas

en más de una ocasión. A Nelly aquellas películas le parecían tontas e insultantes, pero si a Vlad le gustaban, pues adelante.

—Antes termina los deberes. —Nelly ya estaba casi al otro lado de la habitación cuando le lanzó otra mirada de preocupación—. No duermes lo suficiente.

—Tía Nelly...

—Vale, vale. Hasta mañana, entonces. —Y desapareció escaleras arriba.

Vlad sacó la hoja con las instrucciones que el señor Otis había repartido y las leyó. Quizá debería empezar con el trabajo ya mismo y quitárselo de encima. Sí. Decidido a no arrastrar aquello durante lo que quedaba de trimestre, abrió el cuaderno, cogió un bolígrafo y comenzó a escribir.

«Me llamo Vladimir Tod y soy un vampiro».

Se reclinó sobre el respaldo de la silla durante un momento, observando lo que había escrito. Revelar su verdadera naturaleza había resultado más fácil de lo que había imaginado, así que apretó con fuerza el bolígrafo y siguió escribiendo. Habló de sus habilidades para flotar y leer el pensamiento, y se preguntó por qué las tendría. Con una carcajada, meditó sobre cuál sería la razón por la que los vampiros no tenían imagen especular o no salían en las fotografías. Era una idea ridícula, porque Vlad nunca había tenido problemas al respecto. Siempre se las arregló para aparecer en todas las fotos de clase, desde que estaba en la guardería, y hasta la fecha, nadie en el comité del anuario se había quejado. Además, a juzgar por las pocas fotos que tenía de su padre, no era el único vampiro con evidente fotogenia.

Tras escribir lo tonta que era la gente por creer que alguien podía vivir por siempre, se detuvo de nuevo y añadió una última línea:

«No soy ningún monstruo. Solo soy yo».

Había cubierto las mil palabras más fácilmente de lo que había imaginado.

Leyó el trabajo una vez más y resistió la tentación de borrar casi todas las palabras.

Tras zamparse varios puñados de patatas fritas y beberse toda una bolsa de sangre, Vlad se tiró en el sofá y se sumergió en el mundo del conde Orlok, la criatura conocida en el mundo del cine simplemente como Nosferatu. Justo cuando el conde Orlok iba en la balsa, Vlad comenzó a pensar en qué habría apartado al señor Craig del instituto Bathory.

Por los pasillos se habían hecho eco de las sospechas de la policía y los medios de comunicación. Alguien era el responsable de la desaparición del popular profesor, pero nadie sabía quién. Según parecía, no faltaba nada. El coche del señor Craig permanecía aparcado frente a su casa. Sus cosas estaban como siempre y no había sacado dinero de su cuenta. Si el profesor se había ido por voluntad propia, se marchó únicamente con lo puesto, de modo que no podía haberse alejado mucho de la pequeña ciudad dormitorio de Bathory.

Sin ganas de ver el resto de la película, Vlad apagó el televisor y subió las escaleras de puntillas.

Amenti, la suave y regordeta gata de la tía Nelly, se frotó contra sus piernas. Vlad la acarició y el animal arqueó el lomo en respuesta. Nelly le puso Amenti por la diosa egipcia que se suponía guardaba la puerta al otro mundo. La diosa, como la gata, tenía un hermoso pelo y prácticamente vivía en los árboles. Aquel nombre le iba muy bien, pues en varias ocasiones Vlad había vuelto a casa para encontrarse al rechoncho animal acurrucado en una de las nervaduras de la rama más baja del viejo roble del patio, aunque nunca comprendió bien cómo conseguía subir su corpachón hasta allí arriba.

Tras pasar un momento a su cuarto para ir a por una chaqueta y uno de los numerosos álbumes de fotos que había encontrado en el desván, Vlad cogió varias velas de un cajón de la biblioteca y se las guardó en el bolsillo de su abrigo. Amenti frotó la cabeza contra su tobillo, exigiendo atención una vez más. Vlad se agachó y la rascó detrás de las orejas. Ella ronroneó feliz y se marchó. El joven bajó las escaleras, con cuidado de no hacer ruido, y salió por la puerta principal al fresco de la noche.

Las calles estaban vacías y oscuras. Evitó las aceras y eligió en su lugar los senderos menos transitados que serpenteaban entre las casas, caminos creados por muchos chavales que, como él, habían buscado la ruta más corta entre su casa y el colegio. Vlad doblaba las esquinas con precaución y miraba en todas direcciones. Aún no le habían pillado en ninguna de aquellas salidas, pero siempre existía esa posibilidad.

Llegó al instituto Bathory, pero una carcajada hizo que se detuviera en seco. Seguramente sería el grupo de góticos que con frecuencia se reunía en las escaleras del instituto cuando ya había anochecido. Vlad rodeó el edificio hasta la parte de atrás. El instituto Bathory se construyó sobre las ruinas de una enorme y antigua iglesia católica. Todo el mundo sabía que el templo se abandonó a mediados del siglo XIX como resultado de algún horrible acontecimiento, pero la gente del pueblo no quiso derruir aquel histórico edificio. Casi un siglo después, un rico empresario compró la propiedad y la convirtió en lo que en su día se conoció como Academia Preparatoria Bathory. Veinte años después, el colegio se convirtió en instituto público.

Probablemente aquella historia fuera lo más interesante del pueblo.

Cuando Vlad llegó a la parte de atrás, miró a su alrededor para asegurarse de que estaba solo, luego cerró los ojos e hizo que su cuerpo se elevara. Sus pies abandonaron el suelo y flotó hasta el campanario.

Era una estructura grande y cuadrada, con varios arcos en las paredes que exponían su interior al rigor de los elementos. Vlad caminó por el borde y miró hacia abajo, al grupo de adolescentes reunidos en las escaleras; iban vestidos de negro de pies a cabeza, eran como sombras entre las sombras. Sonrió. Se metió por uno de los arcos y sacó las velas de los bolsillos. Pequeños montículos de cera jalonaban el lugar, restos de visitas previas. Colocó las velas nuevas en el suelo y las encendió con el mechero que encontró en el alféizar. Su suave luz iluminó la estancia.

Hacía tiempo que no había campanas en el campanario, y la única puerta que daba a aquel lugar fue sellada cuando convirtieron el edificio en un colegio. La única forma de entrar y salir era a través de los arcos, y el suelo se hallaba a cuatro plantas de distancia. La estancia era grande y estaba vacía, salvo por varios libros prohibidos en el colegio y en la biblioteca municipal, y una foto enmarcada que había apoyado contra una pila de ladrillos rojos en el centro del campanario.

Vlad se arrodilló y acercó una vela a la foto.

—Hola, papá.

Tomas Tod le sonrió, un momento de felicidad inmortalizado para siempre.

El joven miró a su alrededor en aquel lugar sagrado y suspiró.

—Debería traer una silla.

Colocó el álbum de fotos en el suelo, cerca de la vela. La encuadernación era de cuero verde claro. En la portada figuraba el escudo familiar. Vlad abrió el álbum y sonrió ante la primera foto de su madre, Mellina. Posaba junto a un viejo coche. Se la veía joven y guapa. Sus ojos brillaban. Sobre el capó del coche estaba sentada una versión más joven de Nelly con una reluciente y feliz sonrisa en la cara. Vlad pasó la página.

Vio fotos de la boda de sus padres, de sus famosas fiestas de Halloween, de sus labios unidos en hermosos besos. Pasó una mano por una fotografía de Tomas agachado frente al vientre hinchado de Mellina. Sus manos acariciaban su barriga. La sonrisa de Vlad se esfumó y cerró el álbum.

Aquello era todo lo que quedaba de su familia. Fotos y recuerdos.

Se tumbó sobre el polvoriento suelo. La luz de la luna entraba por los arcos, tiñendo las zonas más oscuras de la estancia de un pálido azul. La llama de la vela tembló y, justo cuando una primera lágrima amenazaba con brotar, la luz se apagó. Tumbado en la oscuridad, dio rienda suelta a su dolor de la única forma que sabía. Lloró.

Después, debió de quedarse dormido.

Se frotó los ojos. Se puso de pie y se deslizó hacia el alféizar, dejando el álbum de fotos tras él, con el resto de sus tesoros. Aún estaba muy oscuro. Vlad miró hacia abajo, esperando ver a sus compañeros de correrías nocturnas, pero los góticos también se habían marchado.

Estaba solo.

Mientras bajaba flotando hacia el suelo, alzó la vista al campanario. Era el punto más alto de la ciudad y lo más cerca que había estado hasta entonces de alejarse del pueblo. Luego corrió entre las casas y se detuvo solo cuando vio la puerta de la suya.

La del señor Craig se encontraba a solo dos calles, justo detrás de la de Henry. Avanzó entre las parcelas y sonrió al ver su pequeño bungaló. El porche estaba ligeramente iluminado por la luz de la farola de la esquina, una bienvenida claridad en la negrura de la noche. Subió al porche y llamó al timbre. Aunque sabía que era una tontería, casi esperaba que su profesor le abriera la puerta y le echara la charla

por molestar a la gente a esas horas de la noche. Sin embargo nadie contestó.

La puerta de mosquitera chirrió al abrirla. Vlad golpeó con fuerza la puerta principal, pero se detuvo al comprobar que se abría sola. Miró de reojo la tranquila calle. Entró y cerró la puerta tras de sí. La policía había estado allí cientos de veces, o eso le había contado Henry, aunque debían de haber pasado algo por alto, porque si no ya habrían encontrado al señor Craig. Pero ¿por qué habían dejado la puerta abierta? En el cuerpo de policía de Bathory había muchos idiotas, claro, pero ¿es que no sabían cómo sellar el posible escenario de un crimen?

Junto a la puerta había un oscuro perchero de caoba adornado con una chaqueta y una bufanda del profesor. De uno de los brazos colgaba un paraguas. Vlad avanzó por el pasillo con lentitud, asegurando cada paso. La casa olía a polvo, como si nadie hubiera perfumado el aire con detergentes de olor a pino, ni hubiera limpiado con lejía en mucho tiempo. Casi esperaba ver telas de araña, pero estaba seguro de que el olor era un truco de su desbocada imaginación.

Las zapatillas de Vlad no hacían ruido al avanzar sobre los desnudos suelos de madera en su camino hacia la cocina, al final del pasillo. La puerta abierta de un armario le bloqueaba el paso, así que la cerró. Había un cuadro colgado en la pared de enfrente. En él se veía a una mujer de pelo rojo sosteniendo una espada sobre su pecho. Tenía los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo, algo que no tenía sentido, puesto que estaba rodeada de llamas. Se preguntó si sería Juana de Arco, la famosa heroína francesa de la que les había hablado a principio del curso.

De pronto, algo se movió.

Vlad no sabía de quién se trataba, pero alguien había franqueado la puerta abierta al final del pasillo. Le pareció distinguir un destello negro, pero no podía estar seguro, ya que solo una pequeña luz iluminaba la estancia.

Se tragó el miedo, y dio un paso hacia la puerta, donde creía haber visto algo.

—¿Hola?

Le contestó un crujido de tela, seguido por varios disparos. ¡Bang! ¡Bang! Vlad se agachó y se cubrió la cabeza con los brazos, como si lo pudieran proteger de las balas. ¡Bang! ¡Bang! Arriesgándose a que le dieran un tiro en la cabeza, bajó los brazos e intentó ver a su atacante. No había nadie al final del pasillo, y una mirada por encima del hombro le mostró la misma ausencia junto a la puerta. Nada, ni un alma, ni armada ni de ninguna otra manera. ¡Bang! ¡Bang!

Puso los ojos en blanco y se incorporó. Avanzó hacia la cocina y cerró la puerta de mosquitera. Los golpes cesaron.

Menudo héroe estaba hecho.

Después de una búsqueda intensiva por el salón, el comedor y la cocina, decidió continuar la investigación arriba. Hasta el momento, todo parecía estar en orden. Pero Vlad no podía creer que el señor Craig se hubiera largado sin decirle nada. Habían sido más que alumno y profesor, se habían hecho amigos. Giró sobre sus talones y volvió sobre sus pasos por el pasillo hasta las escaleras, junto a la puerta principal. En

la oscuridad, el perchero parecía un esqueleto.

Vlad se detuvo.

En uno de los brazos colgaba un arrugado sombrero de copa de seda granate.

Lo cogió y miró en su interior. Bordadas con brillante hilo negro leyó las iniciales O. O., Otis Otis. Alzó las cejas, atónito e incrédulo. ¿Por qué el señor Otis mintió al decir que no conocía al señor Craig? Miró a su alrededor preguntándose de repente si realmente se encontraba solo en aquella casa. Estaba casi seguro de que el sombrero no estaba ahí cuando entró.

Con la mirada fija en las escaleras, colocó de nuevo el sombrero en la percha. ¿Estaría allí el señor Otis ahora? Nelly tenía razón, no conocía al tipo, pero ¿podría confiar en él? ¿Qué hacía en casa del señor Craig a aquellas horas de la noche? Vlad miró de nuevo los escalones. Debería subir y preguntarle qué estaba haciendo allí.

Dio un paso hacia las escaleras y se detuvo. ¿Y si el señor Otis tenía algo que ver con la desaparición de su profesor? ¿Y si había vuelto a la escena del crimen?

Lo mejor sería marcharse de allí, dirigirse directamente a la comisaría y contarles todo lo que sabía.

Pero ¿qué sabía?

Que al entrar en la casa de su profesor, había visto el sombrero del señor Otis colgado de un perchero. Dudó de que aquello bastara para convencer al atontado del agente Thompson. Además, quizá tuviera problemas por violar el toque de queda... eso sin mencionar el hecho de que se había colado en una casa ajena.

Lo mejor sería pasar unas pocas semanas más vigilando a su nuevo profesor y esperar a que aquella extraña sensación que tenía en la boca del estómago se disipara.

Salió al porche, cerró la puerta tras de sí y casi se cae al tropezar con el felpudo. Gruñó y le lanzó una patada. Pero antes de colocarlo de nuevo en su sitio, descubrió un extraño símbolo grabado en la madera del porche. Lo contempló atónito y luego lo volvió a tapar con el felpudo.

Eran tres líneas oblicuas encerradas en lo que parecían dos paréntesis.

## Hora de comer

Kate Donahue se apartó el pelo de los ojos y de la sudorosa frente mientras golpeaba el pavimento con rítmicas zancadas. Gruñó al consultar su reloj mientras completaba la tercera vuelta al circuito que rodeaba el parque Bathory. Robert se pondría como un loco cuando supiese que había salido a correr de noche.

Rodeó un banco del parque, se apartó el pelo de la cara una vez más y redujo el paso para que le bajasen las pulsaciones. Se llevó dos dedos al cuello y contó en silencio los latidos de su corazón.

*Uno... dos... tres...*

Aparte de Kate, allí no había nadie más. Grandes charcos de luz procedente de las farolas alumbraban la vegetación. Inspiró a través de la nariz y espiró por la boca; su aliento flotaba en el aire como jirones de niebla.

*Ocho... nueve... diez...*

Se limpió el sudor que le resbalaba de la frente con el dorso de la mano. Cuando la bajó, vio a un hombre, vestido de negro, en pie junto a la farola más cercana. Kate sintió que el corazón le daba un vuelco, pero se reprendió mentalmente. Los sermones de Robert la estaban volviendo una desconfiada.

*Trece... catorce... quince...*

Redujo más el ritmo y comenzó a estirar las pantorrillas. Sus músculos ardían con un agradable cansancio. Bebió un poco de agua y miró hacia donde había visto al hombre, que no había cambiado de postura ni de expresión, pero que ahora parecía estar unos pocos metros más cerca.

Kate dio un trago más y metió la botella de nuevo en su bolsa de deporte. Recogió la bolsa y, tras echar otro vistazo al hombre de negro, se dirigió al aparcamiento. Quizá Robert tuviera razón. Quizá ni siquiera un lugar tan anodino como Bathory era ya seguro a aquellas horas. Pasó bajo la luz de otra farola y la botella de agua se le cayó de la bolsa. Golpeó el pavimento y se abrió. Con un suspiro, Kate se agachó y la volvió a guardar mientras refunfuñaba en voz baja.

—Perdone, señora.

Maldiciendo entre dientes, alzó la vista y sonrió todo lo amablemente que pudo.

—¿Sí?

Un foganazo de piel pálida, suave y sin mácula pasó ante sus ojos y, de golpe, supo que el hombre la tenía agarrada por la garganta. La sacó a rastras de la luz y la llevó hacia la zona arbolada. Ella pateó e intentó gritar, pero no le quedaba aliento para pedir ayuda. Clavó los talones en la hierba, aunque de nada sirvió. El hombre la

remolcaba como si no fuera más que una pesada mochila. La arrojó contra el tronco de un gran arce. Sus dedos aún le apretaban el cuello, pero relajó un poco la presión para dejarla respirar.

Kate sintió que los pulmones le abrasaron al coger aire.

—¿Qué quiere? ¡Haré lo que sea! ¡Pero, por favor, no me haga daño! —Sus palabras no eran más que confusos susurros, como si su voz hubiera perdido potencia y fuera incapaz de expresar el terror que sentía.

El hombre abrió la boca y mostró unos colmillos grandes y blancos. Kate emitió unos murmullos de protesta.

Él la inmovilizó contra el tronco del árbol y, aunque se revolvió, hundió los colmillos con facilidad en su suave cuello y bebió.

Kate sintió en los oídos los latidos de su propio corazón cada vez más lentos y notó que se escurría a medida que la fuerza abandonaba su cuerpo. Sus mejillas estaban cubiertas de lágrimas.

—¿Por qué hace esto?

El hombre se apartó con una risilla.

—Porque me gusta. Además, como cualquier otra criatura, tengo que alimentarme.

Kate cayó al suelo y alzó el gran peso de su cabeza para poder mirar a su atacante. No podía correr. Apenas podía hablar, pero tenía que ganar tiempo como fuera hasta que alguien la ayudara.

—Por favor, no me mate —sollozó—. Le daré lo que quiera.

El hombre de negro se detuvo un momento y miró de reojo a su alrededor para comprobar que no se acercaba nadie.

—No tiene nada que yo quiera, salvo su sangre. —Entonces se agachó, giró la cabeza de la mujer hacia un lado y examinó las heridas con fascinación infantil antes de acercarse aún más y seguir con su almuerzo.

—Puedo darle dinero. Llévase mi coche. Lo que sea, por favor.

—A no ser que me pueda entregar al crío de los Tod, me temo que no habrá trato.

—¿A Vladimir Tod? —dijo Kate rápidamente entre susurros, aunque la garganta le ardía.

El hombre se detuvo.

—Conozco a su tía. La veo todos los martes en Stop & Shop.

El hombre relajó la presión que ejercía sobre ella y se puso de cuclillas.

—¿Y el chico? ¿Dónde vive?

—Con ella, por lo que yo sé. —Kate tragó saliva. Podía saborear su propia sangre, pero aun así consiguió añadir algo más—: ¿Me dejará ir?

—No. Sigo hambriento. —Tras una pausa, que duró un latido, el hombre se lanzó sobre la herida abierta. Bebió hasta que el cielo se convirtió en una mancha borrosa azul oscuro. Luego se marchó. Kate pudo contemplar cómo avanzaba sobre las hojas caídas antes de caer en el olvido de la muerte.



## El libro

El señor Otis estaba de pie, frente a la clase, con un sombrero negro de copa descansando cómodamente sobre su cabeza.

—Todo el mundo sabe lo que son las brujas, ¿no? Estoy seguro de que habéis leído sobre ellas en algún cuento que otro. *Hansel y Gretel*, *Blancanieves*, *El mago de Oz*, en todos había brujas. Mujeres de cara verde, verrugas en la nariz, rodeadas siempre de gatos negros y generalmente poco amables. No se trata de las típicas abuelitas que te dan leche con galletas.

»Sin embargo, últimamente las brujas tienen mucha mejor prensa que aquellas empeñadas en envenenar manzanas, u obsesionadas con cierto tipo de calzado de dudoso gusto, y eso se lo debemos sobre todo a una famosa serie de libros ambientados en un colegio para magos. Parte de nuestro debate se centrará... —El señor Otis se detuvo frente a la pizarra con un brazo en alto, sosteniendo entre los dedos un pedazo de tiza. Aquella pose se parecía a la de Meredith, que estaba alzando un brazo para hacer una pregunta.

—¿Sí, Meredith?

*Está especialmente guapa hoy*, pensó Vlad con un lánguido suspiro. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo que formaba una gran onda y que adornaba con una cinta de color rosa, a juego con su vestido. Bajó la mano, separó los labios, pintados con un ligero toque de color, y dijo:

—Lo siento, señor Otis, pero está equivocado con respecto a las brujas.

El señor Otis dejó la tiza en la gran repisa de aluminio que remataba todo el encerado. Parecía más intrigado que molesto por la interrupción, y cuando sonrió, Vlad supo que su interés no era fingido.

—¿Ah, sí?

Meredith se apartó un rizo castaño de la mejilla.

—Mi amiga Catherine y su familia practican la brujería. La verdad es que no tiene nada de mitológico. —Y para enfatizar sus palabras, sacó un brillo de color rosa del cajón de su pupitre y se lo aplicó en los labios.

El señor Otis miró a Meredith y luego al encerado. Después se cogió la barbilla con el pulgar y el nudillo del dedo índice y contempló a la clase durante un momento antes de hablar.

—Es verdad. Tienes razón. —Sus labios se expandieron en una sonrisa—. Sin embargo, hay una gran diferencia entre la realidad de la brujería y lo que los hermanos Grimm nos contaron. Hoy nos centraremos en esa otra variedad más

mística. —Se volvió hacia la pizarra, pero se detuvo—. De hecho, creo que todas las criaturas que estamos estudiando existen o han existido de una forma u otra.

Sylvia Snert no se molestó en alzar la mano y ni siquiera intentó disimular su incredulidad.

—¿Cree que los licántropos son seres reales?

—De hecho, señorita Snert, sé que lo son. Los licántropos creen que son lobos y se comportan como tales. Es un hecho muy bien documentado que aún se da en la actualidad. Y hay toda una familia en México que, según parece, padece una extraña mutación genética que hace que les crezca pelo por todo el cuerpo. Se conoce como el síndrome del hombre lobo.

Sylvia resopló.

—¿Y los vampiros? ¿Ellos también existen?

El señor Otis cerró los ojos por un momento. Cuando los abrió, habló con cierta irritación en la voz.

—Por supuesto. Mirad al señor Tod, por ejemplo.

Vlad se quedó sin respiración. Todos los ojos de la clase se posaron sobre él. Se hundió en su asiento y deseó volverse invisible. Si lo conseguía, luego tendría que acordarse de pasar por el vestuario de las chicas, aunque solo fuera por Henry.

—Es tocayo del vampiro más famoso de todos, Vlad Tepes, también conocido como Vlad el Empalador, un príncipe rumano que se sentaba a cenar mientras sus hombres torturaban a sus enemigos y se bebía su sangre como si fuera vino. Era un hombre malvado, cruel e inteligente. —El señor Otis abrió un libro que descansaba sobre su escritorio y contempló a Sylvia con dureza—. Pero ya llegará el día de Vlad. Hoy toca hablar de las brujas.

El joven vampiro respiró aliviado y se enderezó en su asiento. Sonrió cuando Sylvia le dedicó una mirada furiosa. Molaba bastante saber que compartías nombre con alguien famoso, aunque lo fuera por masacrar a un montón de gente.

El resto del día pasó volando, con Vlad sumido en sus ensoñaciones. Pero cuando por fin sonó la campana, metió los libros rápidamente en la mochila, se la echó al hombro y se dispuso a salir pitando de la clase. Si se daba prisa, quizá llegara a la esquina antes de que Bill y Tom se dieran cuenta de que se había largado. A pesar de haberle leído la mente a Tom unas semanas atrás, no habían dejado de acosarlo, si acaso, la situación ahora era aún peor. Había perdido la cuenta de las veces que le habían tirado los libros de las manos o colgado su mochila de lo alto del mástil de la bandera. La verdad es que no tenía ningún interés en revivir aquellas experiencias.

El señor Otis estaba todavía frente a su mesa, bolígrafo en mano, con su ya familiar y enrevesada letra decorando varios papeles que había ante él.

—¿Puedo hablar un momento con usted, señor Vlad?

Este dudó, y se preguntó si lo habría visto en casa del señor Craig la otra noche. Desde entonces no había notado nada especialmente sospechoso, pero se había mantenido alerta. Dejó la mochila en el suelo, y pensó resignado que probablemente

Bill y Tom lo esperarían a la salida. Ya lo habían hecho antes y podrían volver a hacerlo, pero no hay forma de largarse cuando el profesor te dice que te quedas.

—¿Me he metido en algún lío?

El profesor sustituto enarcó las cejas, sorprendido.

—No, no. Qué va. Solo quería hablar con usted sobre un asunto personal.

—¿Ah, sí? —Vlad no tenía ni idea de qué asunto personal querría comentar aquel hombre con él.

Entonces se le ocurrió.

Quizá iba a revelarle que conocía al señor Craig y que sabía algo sobre su desaparición, o peor aún, que él estaba implicado. La imaginación de Vlad no descansaba y proyectó en su mente imágenes fugaces de secuestro y asesinato. Algunas de las escenas eran tan repugnantes que le revolviéron el estómago. Cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir tras recuperar el control de sus pensamientos.

El señor Otis se movió en su asiento, como si el asunto personal lo incomodase.

—Ayer conocí a tu tía en el supermercado. Me preguntó si quería cenar con vosotros alguna noche. Yo le dije que antes tendría que hablarlo contigo. ¿Sería muy violento para ti?

Claro que sería violento. Y un poco repulsivo también, sobre todo si consideraba que su tía prácticamente le había pedido salir a su profesor. Pero sería la oportunidad perfecta para que explicara qué hacía su sombrero de copa en casa del señor Craig. Vlad recogió la mochila del suelo, se la colgó al hombro y dijo:

—No me importa, pero le aviso... cocina fatal. —Luego sonrió y el señor Otis le devolvió la sonrisa—. Me tengo que ir, Henry me espera. —Dio media vuelta y salió por la puerta, deseando que Henry realmente lo estuviera esperando o que, por lo menos, Bill y Tom no.

Vlad dio media vuelta y maldijo el despertador de su mesilla de noche. Eran casi las dos de la mañana y seguía sin dormirse.

Cogió el gran libro que había encontrado semanas antes en el desván y avanzó hacia la puerta. El volumen tenía varios centímetros de grosor; el cuero de su encuadernación era viejo y lo sentía cálido entre las manos. Dos grandes hebillas ocupaban la portada. Vlad pasó pensativo los dedos por los cierres y se preguntó, no por primera vez, qué contenían aquellas páginas. Una tabla suelta del suelo lo traicionó y crujió con fuerza bajo su peso. Colocó la oreja contra la puerta y escuchó. Nada. La puerta chirrió al abrirla y se asomó a la oscura biblioteca. Estaba vacía, salvo por la durmiente presencia de Amenti.

Amenti estaba hecha un ovillo en el sillón de orejas tapizado en piel de la esquina. Alzó la cabeza, pestañeó y maulló a Vlad con tono inquisitivo.

—Solo soy yo, Amenti. —Abrió el cajón de las velas tan silenciosamente como pudo.

—¿Qué haces levantado?

La voz de Nelly lo sobresaltó y casi se le cae el misterioso libro del susto. Respiró hondo y le dedicó una inocente sonrisa.

—No podía dormir. ¿Y tú?

Su tía negó con la cabeza, dispuesta a regañarlo, pero finalmente también sonrió.

—Yo tampoco. ¿Te apetece un té?

Por supuesto, cuando decía té, se refería a sangre calentada en el microondas y servida en una taza, pero Nelly tenía un modo muy dulce de hacerlo sentir normal. No es que ser vampiro fuera raro, y desde luego tampoco era ninguna enfermedad, pero a veces, cuando se ponía la crema con protección solar por la mañana o cuando Henry le describía la increíble lasaña que había hecho su madre, sentía una ligera punzada de celos. Los humanos lo tenían muy fácil. En cambio, él tenía que preocuparse de que no le sobresalieran los colmillos en el momento más inoportuno, debía evitar el ajo, porque si lo ingería, aunque solo fuera una mínima cantidad, podía ponerse muy enfermo, y además debía mantenerse despierto durante todo el día, aunque en el fondo, a nivel celular, él era una criatura de la noche. Oh, sí, según Vlad, los humanos lo tenían chupado.

Bajaron las escaleras hasta la cocina, y allí su tía colocó la tetera sobre el fogón y calentó una taza de sangre gelatinosa en el microondas. Vlad mojó una galleta con pepitas de chocolate en la sangre y le dio un mordisco. El sabor del chocolate y la sangre iban de maravilla. Bebió un poco y cogió otra galleta.

Nelly metió una bolsita de té en el agua caliente de su taza y pasó con curiosidad un dedo sobre el símbolo que adornaba la portada del libro.

—¿Qué lees? No recuerdo haber visto este libro. ¿Es uno de los míos?

—Lo encontré en el desván. Pero no lo estoy leyendo. —Señaló los cierres con la galleta teñida de rojo de su «té»—. Está cerrado y no tengo ni idea de cómo se abre.

Nelly dio unos golpecitos sobre la encuadernación.

—Seguro que era de tu padre. A Tomas le gustaba coleccionar libros extraños y antiguos.

—Es el único de este tipo que encontré arriba.

Pero su tía ya no lo escuchaba. Se había levantado y revolvía en un cajón mientras murmuraba para sí, como solía hacer cuando buscaba algo. Con un chillido de triunfo, se volvió hacia Vlad y dejó caer un llavero sobre la mesa.

—Tus padres me dieron copias de todas las llaves por si las perdían. Seguro que la que necesitas está ahí.

Vlad bebió lo que quedaba de su té y, tras meterse dos galletas más en la boca, cogió el libro, las llaves y se dispuso a subir las escaleras para ir a su habitación. Había más de una docena de llaves en aquel manojo. Apartó las que le sonaban porque no tenía sentido intentarlo con ellas; las llaves de casa, las del garaje, las de la caja de seguridad donde su madre guardó cosas como certificados de nacimiento o tarjetas de la seguridad social, y las llaves de los coches. Tras descartarlas, le

quedaban solo diez. Metió la primera y e intentó hacerla girar. Nada. Fue probándolas todas hasta que solo quedó una.

La última llave era más larga que el resto y en su extremo estaba tallada la representación de una cabeza de mujer. Al menos, eso le parecía a él. Sus mejillas eran redondeadas y regordetas y tenía los labios apretados. Sobre su cabeza lucía una pequeña corona. Colocó el extremo de la llave junto al cerrojo.

Era demasiado grande.

Maldijo entre dientes. Tiró las llaves sobre la cama y, frustrado, se pasó las manos por el pelo. Se acercó el libro y recorrió con un dedo el alargado símbolo de la cubierta. Al tocarlo, el glifo brilló y Vlad apartó la mano, sobresaltado.

El símbolo se oscureció de nuevo.

Miró el glifo, luego su mano y de nuevo el glifo, después, con expresión de incredulidad, colocó la palma sobre el símbolo. Entonces se produjo un fogonazo, como si se hubiera cargado de energía con su contacto. Intentó apartar la mano, pero parecía que se hubiera quedado pegada. Con el ceño fruncido, volvió a tirar. La mano no se movía. Se produjo un clic metálico y los cierres se abrieron. La luz se desvaneció y Vlad recuperó el dominio de su mano. Se frotó la palma, y se preguntó si era conveniente mirar en su interior cuando su exterior era tan raro.

Apartó las tiras, lo abrió y ante él apareció una línea de extraños símbolos. Pasó varias páginas; en algunas había misteriosos dibujos de armas y altares; la mayoría estaban cubiertas por párrafos de un peculiar lenguaje simbólico que no comprendía. Con un suspiro, se tumbó bocarriba.

Entonces el libro se escurrió y cayó al suelo con estruendo. Vlad se estaba inclinando para recogerlo cuando se fijó en la página por la que había quedado abierto.

En el margen, al final de la hoja, descubrió unos garabatos que reconoció al momento: era la letra de su padre. Pasó la yema del dedo por encima de aquellas palabras retorcidas y leyó en voz alta.

—«Busca en mi estudio. Ahí están las respuestas a todo lo que he ocultado». — Bajo aquello, su padre había escrito lo siguiente: «Tuyo eternamente». Vlad se enjugó las lágrimas ante aquella frase tan familiar. Así era como su padre firmaba todas sus tarjetas de cumpleaños, todas las cartas, y todas las dedicatorias de los libros que le regaló. «Tuyo eternamente». Su padre le estaba hablando desde el más allá.

Leyó la nota una y otra vez, y se acurrucó de costado, siguiendo de nuevo las palabras de su padre con las yemas de los dedos. Le temblaron los párpados cerrados y cayó en el sueño más profundo del que había disfrutado en tres años.

## Nieve y cenizas

El gimnasio estaba decorado con varios centenares de globos plateados y blancos, y suficientes tiras de papel como para dar la vuelta al planeta dos veces. Del techo colgaban brillantes estrellas forradas de papel de aluminio y un gran cartel sobre la cabina del pinchadiscos anunciaba, en ornamentadas letras azules, que los alumnos se encontraban en el «Baile Anual de Invierno del Instituto Bathory». Vlad estaba apoyado contra la pared, cerca de la ponchera, observando a dos chicas que reían nerviosas a su izquierda. Henry le pellizcó en el brazo.

—Por lo menos podrías ser amable con ella. En fin, vale que no es Meredith, pero has venido con ella. Además, es muy guapa.

Pero Vlad no quería ser amable con Carrie Anderson. Quería ser amable con Meredith, a la que no había visto desde las vacaciones de Navidad. Ahora la veía reír por algo ingenioso que había dicho Tom Gaiber. El joven vampiro alzó la cabeza y golpeó la pared.

—No tenía que haber venido.

Carrie se inclinó sobre Kelly Anbrock y ambas explotaron en otro ataque de risitas. Henry sonrió a Kelly y ella se sonrojó.

—Oye, Kelly ¿quieres bailar?

—Claro. —Fueron hacia la pista de baile. Kelly rodeó con sus brazos el cuello de Henry y comenzaron a describir pequeños círculos. En la segunda vuelta, Henry le hizo un gesto a Carrie con los ojos.

Vlad miró a Meredith y Tom que bailaban juntos, demasiado pegados para su gusto.

—Oye...

—¡Sí, venga! —Carrie lo arrastró hasta la pista de baile. Lo rodeó con sus brazos y Vlad, de repente, recordó lo que Henry le había dicho cuando concertó su cita para aquella noche. Carrie besaba genial.

Pero no quiso pensar en cómo su amigo había tenido acceso a aquella información.

Colocó las manos en la cintura de su acompañante y movió los pies hacia delante y hacia atrás hasta que comenzaron a girar ligeramente. Odiaba bailar. Y tampoco tenía muchas ganas de besar a Carrie, pero aquello era mejor que ir al baile solo. Además, Carrie no era ningún monstruo, ni mucho menos. Tenía unos ojos verdes muy brillantes y el pelo rojo y rizado. Henry estaba en lo cierto, era muy guapa.

Súbitamente, Tom soltó una gran carcajada y todo el mundo en el gimnasio se

volvió para ver de qué se reía. Vlad, siguiendo la mirada de Tom, se giró hacia al final del gimnasio, a sus espaldas, pero no vio nada particularmente gracioso, a no ser que las horribles flores de papel en forma de copos de nieve que el comité organizador había pegado en la pared le parecieran especialmente divertidas. En realidad daban más miedo que otra cosa. Vlad miró de nuevo a Tom y el corazón le dio un vuelco.

Lo estaba señalando a él.

—Eh, tú, gótico, ¿cuánto le has pagado a Carrie para que baile contigo? —Bill y Tom reían entre dientes. Para su sorpresa, Carrie también rio y se apartó, y varios compañeros que estaban cerca de Tom y Bill comenzaron a carcajearse sin disimulo.

Pero Meredith ya no reía.

Vlad sacó pecho y miró a Tom con desprecio.

—Nada de nada, solo le ofrecí entradas para tu próximo recital de *ballet*.

De pronto todos se callaron y el único sonido que retumbaba en el gimnasio era el fuerte sonido de un bajo que salía por los altavoces. Vlad miró a Henry, que lo observaba con la mandíbula casi desencajada. El rostro de Tom se había teñido de rojo y se podían contar las venas que sobresalían en su frente.

Tres.

Probablemente, los segundos que le restaban de vida a Vlad una vez Tom reaccionara.

Fue Mike Brennan quien rompió el silencio. Soltó una carcajada y se apartó de Tom para darle a Vlad una palmadita en la espalda. El joven vampiro consiguió sonreír a duras penas, pero no apartó los ojos de su enemigo. Resulta difícil celebrar nada cuando están a punto de partirte la cara.

La risa de Henry siguió a la de Mike y pronto toda la sala comenzó a aullar, todos menos Tom, Bill y Meredith. Carrie se lanzó a los brazos de Vlad y le plantó un inesperado y entusiasta beso en los labios. Por el rabillo del ojo, Vlad vio que Tom le pedía a Meredith que se quedara. Sus súplicas aparentemente habían sido desatendidas, porque la chica le soltó la mano y desapareció por la puerta del gimnasio.

Vlad apartó a Carrie y dio dos pasos hacia la puerta, pero ya era demasiado tarde. Meredith se había ido.

Esperó hasta el día siguiente para contarle a Henry su experiencia con el libro y sus teorías sobre la extraña nota dejada por su padre.

—¿Y si resulta que alguien mató a mis padres y las respuestas permanecen ocultas en algún lugar de mi antigua casa?

Henry se mostró menos entusiasmado.

—Oye, tus padres murieron hace tres años. En un accidente. Un horrible y triste accidente. ¿De verdad crees que tu padre tuvo la previsión de dejarte mensajes en

clave? Probablemente lo que escribió era para otra persona. —Estaba sentado en el borde de la cama, de cara a la puerta cerrada.

Vlad pasó el pulgar por la cubierta del libro y el glifo parpadeó en respuesta.

—No digo que no haya que comprobarlo —prosiguió Henry—. ¿Quién sabe? Quizá encontremos algo, pero las probabilidades de que tu padre supiera que iba a morir y que tú seguirías vivo y encontrarías el libro... —Henry bajó la mirada hacia el volumen en cuestión—. Bueno, no son muchas.

El vampiro colocó la palma sobre el símbolo. Los cierres se abrieron de nuevo con un sonoro clic.

—Yo pienso ir a mi antigua casa a echar un vistazo. ¿Vienes o no?

Henry lo contemplaba con asombro.

—Oye, ¿cómo has hecho eso?

—¿Hacer qué?

—Eso con los ojos...

Vlad ladeó la cabeza sin saber a qué se refería su amigo. Estaba a punto de preguntárselo cuando Henry dijo:

—Antes, cuando has tocado el libro, tus ojos cambiaron de color. Eran... se pusieron como morados.

Vlad rio, pero se calló cuando vio la expresión de miedo en los ojos de su amigo.

—¿De verdad?

Henry asintió con la cabeza y Vlad llevó el libro al cuarto de baño. Colocó la palma de la mano sobre el glifo y contempló su reflejo. Sus pupilas parecieron moverse y temblar, como la superficie de un estanque cuando uno tira una piedra. El temblor se ralentizó y luego cesó. Los ojos de Vlad se tiñeron de un morado lavanda.

Casi se le cae el libro.

—¡Oh!

Henry, que estaba a su lado, se estremeció cuando vio que los ojos de Vlad cambiaban de nuevo.

—¡Qué fuerte! —Miró el libro por encima del hombro de Vlad—. Pero ¿no le prometiste a Nelly que no te acercarías a tu antigua casa?

—Se lo debo a mi padre. Debo romper esa promesa, Henry. Tengo que echar un vistazo. ¿Y si sabía que iba a morir? —Vlad leyó la nota de su padre de nuevo y cerró el libro. Visitaría esa casa con o sin Henry.

D'Ablo se quitó los guantes de piel y los arrojó al suelo carbonizado del cuarto de Tomas.

—Es imposible. —Miró a su alrededor. Olía a ceniza; olía a muerte. Chasqueó la lengua y cerró los ojos—. ¿Dónde estás, Tomas? ¡Desde luego, muerto no!

Cuando abrió los ojos, se fijó en un pequeño panel junto a la cama quemada. Se arrodilló y apartó el hollín con los dedos. El símbolo brillaba con una luz azul.

Una retorcida sonrisa se dibujó en el rostro de D'Ablo.

—¿Qué es esto?

Colocó la palma sobre el glifo y este relució con más fuerza, después el panel se abrió hacia dentro. Dentro del pequeño compartimento había telarañas, tres arañas muertas y la fotografía de un chico de pelo oscuro. Arrancó la foto y frunció el ceño.

—Vaya, vaya. Vladimir Tod. Y no hay rastro del preciado diario de tu padre.

Guardó la foto en el bolsillo y se acercó a la ventana tapada con tablas de madera. Pronto amanecería. Había llegado el momento de irse.

D'Ablo salió con sigilo de la casa. El estómago le rugía de hambre, pero no hizo caso. No había tiempo para comer. Además, el sueño comenzaba a atenazarlo.

Ya se alimentaría cuando el sol se ocultara de nuevo.

La antigua casa de Vlad estaba al otro lado del pueblo, en un lugar que ni Henry ni él habían pisado en los tres años transcurridos desde el accidente. Nelly había puesto la propiedad a la venta en dos ocasiones con la idea de obtener dinero para mandarlo a la universidad, pero Vlad consiguió convencerla en ambos casos de que no se desprendiera de ella. Algún día, le dijo, algún día reuniría la fuerza necesaria para deshacerse de aquella casa, pero ese momento aún no había llegado.

Como Nelly era un cielo, siguió pagando los impuestos de la vivienda, apaciguó al ayuntamiento de Bathory y le concedió a su sobrino tiempo para que curara sus heridas.

Todavía estaba en ello.

Vlad se detuvo en la esquina y echó un vistazo al camino Lugosi. Su casa aún seguía en pie, con la estructura casi intacta a pesar del fuego. Nadie le supo decir cómo empezó el incendio, ni tampoco cómo se extinguió. Solo ardió una habitación: la de sus padres. El jefe de bomberos hizo que la examinaran varios investigadores, pero la única conclusión a la que llegaron fue que se había producido un breve fogonazo en ese cuarto que quemó todo y a todos los que estaban en su interior, sin dañar el resto del edificio.

Vlad sentía los ojos de Henry sobre él, como si esperase que rompiera a llorar en cualquier momento. Pero no lo haría. Había decidido dejar de llorar delante de la gente; ahora se enfrentaba a su dolor a solas, en las sombras de su escondite secreto en el campanario del instituto Bathory. No apartó los ojos de la casa mientras se acercaban. Estaba igual que la última vez.

El edificio tenía una forma extraña e irregular; el bloque principal, de dos plantas, tenía adosada una torre de tres pisos de altura. Su cuarto se hallaba en la base de la torre. Encima se encontraba el dormitorio de sus padres y en la última planta, el estudio de su padre. El exterior de la casa estaba pintado de gris, salvo por algunos adornos en negro que hacían juego con el tejado. Sobre el estudio de su padre había un pequeño balcón de hierro forjado que daba la vuelta a la torre.

Vlad solía jugar en el jardín por la noche, solo para mirar hacia el balcón y ver a sus padres meciéndose lentamente al ritmo de una música que no podía oír desde donde estaba. Puede que ni siquiera hubiera música, pero sus padres bailaban de todas formas. Se enjugó una lágrima que amenazaba con caer y buscó el llavero en su bolsillo.

El cerrojo cedió fácilmente y, al abrir la puerta, Vlad casi esperaba ver a su madre tras ella, dándole la bienvenida con un beso en la frente y preguntas sobre cómo le había ido el día. No estaba allí, claro, pero su chaqueta favorita aún colgaba del perchero, junto a la entrada. Como todo lo demás en la casa, había quedado oscurecido por el humo, pero podía distinguirse su verdadero color bajo la capa de hollín.

Henry le apretó el hombro desde atrás.

—¿Estás bien?

Vlad se zafó de su amigo con un movimiento brusco y entró en la casa. Un olor acre inundó sus fosas nasales.

—Deberíamos empezar por el estudio de mi padre.

—¿Alguna idea de lo que estamos buscando? —Henry estaba junto al sofá y miró con expresión triste a su alrededor.

—No lo sé. En la nota decía que las respuestas estaban aquí.

Vlad comenzó a moverse por la casa, sin permitir que sus ojos permanecieran más de un segundo sobre ningún objeto. Cada mueble, cada libro, cada alfombra estaba exactamente donde los había visto la última vez. Se adentró en el pasillo que daba a la torre y, siguiendo el ritmo de su corazón, subió la escalera de caracol hasta el tercer piso.

Henry iba detrás, murmurando entre dientes.

—¿En esa nota decía algo respecto a cuáles eran las preguntas?

La puerta de caoba, al final de pasillo, estaba cerrada con cerrojo, pero Vlad enseguida remedió eso con la llave maestra. Entró el primero, con Henry siguiéndole de cerca, y contuvo el aliento mientras contemplaba el pequeño cuarto. El enorme escritorio de su padre estaba en el centro. Había diplomas y cuadros enmarcados decorando las paredes. Una gran silla de cuero detrás de la mesa y, tras la silla, el ropero de su padre. Vlad se sentó en la silla de suave piel y la hizo girar lentamente. Una ventanita hecha de cristal tintado arrojaba una luz rojiza sobre la habitación y pintaba a Henry de rosa.

—A mi padre le encantaba esta silla. —Vlad intentó evitarlo, pero las lágrimas aparecieron de todas formas. Tres años de llanto no habían sido suficientes.

Henry le apretó el hombro.

—Venga, Vlad. Acabemos con esto.

Revisaron todos los cajones, abrieron todos los archivos, examinaron el contenido de todas las cajas e incluso inspeccionaron el escritorio en busca de compartimentos secretos. Cuando comenzaron a registrar el armario, el sol ya se había puesto y se

habían quedado sin lugares que inspeccionar. Si su padre había ocultado allí las respuestas, alguien más las había encontrado. Vlad dio una patada a una caja y se pasó la mano por el pelo.

—Tiene que estar aquí, en alguna parte.

—¿Qué esperabas encontrar, tío? ¿El nombre del asesino de tus padres escrito sobre un papel? ¿Una hoja con todos los datos de quién los mató, cómo y por qué? ¿Las huellas del incendiario junto con una confesión firmada? Aquí no hay nada. — Henry tiró sobre el escritorio la carpeta que había estado ojeando, levantando una nube de polvo entre los dos. Respiró hondo y dirigió una mirada de disculpa a su amigo—. Solo digo que quizá debas dejarlo estar. ¿Y si todo esto, lo de curiosear, solo sirve para volverte loco?

Vlad negó con la cabeza. Henry no lo entendía. Pensó en explicárselo, pero nada de lo que le dijera serviría para que comprendiese cómo se sentía. Salió de la habitación y bajó las escaleras con cuidado de no mirar hacia el dormitorio de sus padres. Al abrir la puerta de su antiguo cuarto, escuchó las pisadas de Henry a sus espaldas. Sin mirarlo, le dijo:

—No tenías por qué venir.

La alcoba estaba alfombrada con muñecos manchados de hollín que, en algún momento de su vida, habían sido importantes para él, aunque ahora no recordaba cuándo. Sobre su cama había un par de vaqueros viejos, y al lado, una camiseta rota. A los pies de su cama vio un puf y detrás, el vestidor donde permanecía colgada su ropa. Todo quedó allí tras el fuego. Vlad buscó la luz, pero enseguida cayó en la cuenta de que no había corriente. Sacó una pequeña linterna de su bolsillo y la encendió al tiempo que entraba en el vestidor. Cuando llegó al fondo, se arrodilló y soltó un tablón. Dentro de la pared había una caja. La sacó y la llevó hasta la cama. Henry lo observaba con interés culpable.

—¿Qué es eso?

Vlad apartó la tapa y la dejó junto a la caja.

—Mi caja de los secretos. Aquí guardaba mis cosas más importantes. — Contempló los recuerdos, las fotografías y otros cachivaches con una triste sonrisa en los labios.

Henry sacó una foto de Tomas, miró a Vlad y de nuevo al retrato del vampiro.

—Te pareces mogollón a tu padre.

Vlad, sorprendido, miró a su amigo con los ojos muy abiertos.

—¿Qué has dicho?

No quería una respuesta. De hecho, Henry solo había dicho «Que te pareces...» cuando Vlad ya había salido por la puerta y corría a toda velocidad hacia el estudio de su padre. Su amigo lo siguió.

—¿Adónde vas?

Vlad abrió la puerta del estudio de golpe y entró como una exhalación. Henry sostuvo la puerta antes de que le diera en la cara.

—Pero ya hemos mirado aquí, tronco.

Se asomó al armario y sacó la chaqueta favorita de su padre. Tras él, Henry suspiraba exasperado.

—¿Y qué haces ahora en el armario?

En la pared del final del vestidor había un símbolo similar al del libro de su padre. Vlad extendió la mano para tocarlo y brilló. Se detuvo.

—Hazme un favor y toca ese símbolo.

—No veo para qué voy a...

—Tú hazlo, hombre.

Henry apretó la mano contra el símbolo.

No pasó nada.

No brilló, ni parpadeó ni nada de nada. Vlad lo tocó de nuevo y se encendió otra vez.

—Debe de ser una cosa de vampiros. —Se acercó más, y acarició con las yemas de los dedos la madera. El glifo brilló con más fuerza y el tablón se soltó.

Henry lo miraba, inclinado sobre su hombro.

—¿Cómo lo has hecho?

—No tengo ni idea. —Vlad se asomó al espacio vacío y sacó un libro, fino y grande, con el mismo símbolo en su cubierta. Debajo del símbolo había unas letras grabadas: *Las crónicas de Tomas Tod*. Vlad lo abrió y leyó la primera página del diario de su padre. «Nunca fue mi intención enamorarme de Mellina». Vlad leyó dos veces más aquellas palabras con la letra de su padre antes de acomodarse en su silla y seguir con la lectura en voz alta.

13 de enero

Nunca fue mi intención enamorarme de Mellina. Iba a ser comida, un trago de sangre humana, nada más. Cuando la encontré, caminaba de regreso a su apartamento, en plena ventisca de enero. Estaba sola, llevaba un grueso abrigo de lana y una bufanda atada alrededor del cuello. Olí su sangre, cálida y dulce, circulando por su cuerpo; tan atrayente en el frío como supongo lo será un chocolate caliente para los humanos. La adelanté y salí de las sombras para interponerme en su camino. Ella se detuvo y me miró con sus enormes ojos marrones. Pensé que gritaría, pero simplemente sonrió y me preguntó si no me importaría acompañarla a casa.

Fue un flechazo, algo de lo que solo se habla en los cuentos de hadas.

Fui a verla todas las noches durante tres años, hasta que, un hermoso día de primavera, nos casamos bajo el sicomoro del parque cercano a su casa. Por aquel entonces ya estaba embarazada del joven Vladimir, una enorme y magnífica sorpresa para los dos. Pero aquel fue también un tiempo de grandes secretos, porque los vampiros tienen prohibido mantener relaciones amorosas con los humanos.

Decidimos huir de la ciudad, lejos de la vigilancia de Elysia, a algún lugar seguro donde pudiéramos criar a Vlad en paz. El día que nos marchamos, mientras metíamos nuestras cosas en el coche, vino a verme un viejo amigo. No estaba de acuerdo con lo que estaba haciendo y me avisó de que no podría protegerme del castigo del Consejo. Aunque en aquel momento, e incluso después, supe que tenía razón acerca del peligro que rodeaba nuestro amor, decidí partir y comenzar una nueva vida con mi mujer y mi hijo.

Y eso hice.

Mellina y yo nos instalamos en Bathory, el pueblo donde se crio. Era mucho más pequeño que la ciudad que conocía y amaba, apenas un punto en el mapa, un lugar insignificante con respecto al resto del mundo. Mi mujer me presentó a su más querida amiga, una enfermera llamada Nelly, a quien le confiamos nuestro gran secreto. Nelly se tomó la noticia de mi naturaleza vampírica bastante bien. Se mostró más intrigada que asustada, y así, mi secreto y el de Mellina también se convirtió en el suyo. Solo treinta días después y con la ayuda de Nelly, Mellina

dio a luz en el dormitorio principal de nuestra nueva casa.

Mi gran temor era que Vladimir naciera deforme en castigo por haber abandonado las centenarias leyes y costumbres de los vampiros. Pero tuvimos suerte. Vlad era un bebé pálido, con el pelo muy oscuro, pero sano. Mellina bromeaba diciendo que no pensaba darle el pecho. Oh, cómo me hizo reír ese comentario. Recuerdo mirarlos a los dos juntos, en la cama, Vladimir confortablemente envuelto en una manta blanca, en sus brazos, con un colmillo sobresaliendo ya de su boquita de fresa y maravillarme de que todo hubiera salido bien. Tenía una familia, algo que de lo que ningún vampiro había presumido nunca antes que yo.

Vladimir creció y se convirtió en un niño sano y feliz. Tiene el pelo negro como la noche, muy parecido al mío, y sus ojos son... exquisitos. Su tez sigue siendo muy pálida. Es un crío delgado, supongo que en parte porque no se alimenta como debería. Oh, come bien, siempre de la sangre que Nelly trae del hospital. (Nadie se da cuenta de su robo, porque toda la sangre «caduca» a los cuarenta y cinco días de su extracción y Nelly solo trae a casa la que está a punto de echarse a perder. De esta forma, en el hospital creen que la sangre que falta se ha desechado). A pesar de la insistencia de Nelly, hay una gran diferencia entre beber sangre de las bolsas y de la fuente natural. De todas maneras, yo escucho lo que me dice y no la contradigo, al fin y al cabo es humana y no puede comprender las sutilezas del paladar vampírico.

Ahora Vlad tiene ya dos años y a su madre y a mí nos hace más felices de lo que jamás pudimos imaginar. Es nuestra luz, nuestra vida y haré todo lo necesario para protegerlo de la ira de Elysia.

He decidido borrarla la marca hoy mismo. Es demasiado peligroso conservarla, aunque la echaré de menos, pues no recuerdo un solo día en el que ese dibujo en tinta negra no haya adornado mi muñeca. Será doloroso, porque no se puede eliminar con ningún método humano. Debo exponerla a la luz del sol hasta que todo lo de Elysia que aún permanece dentro de mí quede reducido a la nada. Me pregunto qué pensarían mis compañeros vampiros de esta decisión. Es igual. Haré lo que sea para proteger a mi familia.

La entrada terminaba a dos tercios del final de la amarillenta página. Vlad cerró el libro y lo apretó contra su pecho.

Henry arrastró los pies hacia la puerta, aparentemente incómodo ante aquel descubrimiento.

—Deberíamos volver. Mi madre se estará preguntando dónde hemos estado todo el día. —Fuera, el sol se ponía, tiñendo el cielo de un rico morado.

Vlad salió tras él. Ninguno de los dos habló durante el camino a casa de Henry. Cuando entraron, les dio la bienvenida el dulce aroma a chocolate y masa de galletas. La madre de Henry estaba cocinando. Vlad sonrió al distinguir un delantal en la cocina.

—¡Hola, chicos! —La madre de Henry, Matilda, siempre los recibía con su voz cantarina, llena de luz y alegría. A Vlad le encantaba, pero tenía un efecto curioso sobre su amigo: le hacía guiñar un ojo. Lo miró, y sí, ahí estaba aquel tic. Pero lo peor era cuando se refería a él utilizando la primera persona del plural, entonces sí que le daba fuerte.

—Hola, mami. —Henry pasó a su lado, atraído por el olor de los dulces. Solo desapareció durante un momento, el tiempo justo para que Vlad intercambiase sonrisas con Matilda. Cuando regresó, le ofreció una galleta.

Matilda miró a su hijo con suspicacia.

—¿Y dónde hemos estado todo el día, jovencito?

El ojo de Henry se cerró de nuevo y alzó los hombros sin mucha convicción.

—Pues por ahí.

A primera vista no pareció muy convencida por la respuesta de su hijo, pero entonces se secó las manos en el delantal y sonrió con cariño.

—Bueno, chicos, será mejor que os lavéis las manos antes de cenar.

Vlad lanzó una rápida mirada a Henry, pero su amigo ya estaba ofreciendo la excusa habitual.

—Ya ha cenado, mamá.

En protesta, el estómago de Vlad rugió. Afortunadamente, en su mochila guardaba dos bolsas de sangre. Debía de ser difícil para Henry mantener su secreto, sobre todo ante su familia, pero hasta el momento siempre había salido airoso. Algunos humanos eran guays.

Matilda regresó a la cocina y los llamó sin volverse.

—De verdad, Vladimir. No soy tan mala cocinera. Algún día deberías probar mis guisos.

—Es que es un poco tiquismiquis, mamá. —Henry le guiñó un ojo a su amigo y sonrió. La tensión del día quedaba por fin atrás.

Más tarde aquella misma noche, mientras Henry roncaba en su cama, Vlad salió de su saco de dormir y abrió el diario de su padre. Leyó con la linterna hasta que los párpados le pesaron tanto que apenas podía mantener los ojos abiertos. Sin embargo, decidió leer una entrada más antes de abandonarse al sueño.

6 de septiembre

Acabo de volver de Stokerton, donde encontré una carta descolorida clavada en la puerta del antiguo apartamento de Mellina. Era de mi amigo, y en ella me suplicaba que volviera a Elysia. Me juraba que todo iría bien y me prometía que él mismo intercedería por mí ante el Consejo. Pero miente. Jamás ha tenido la fuerza necesaria para enfrentarse al presidente, y mucho menos para plantarse ante el Consejo y solicitar amparo para un conocido infractor. No puedo confiar en él.

Le dije a Mellina que había pasado la noche en el sofá, pero en sus ojos vi que no me creyó. No tengo valor para contarle la verdad, para explicarle que de nuevo tuve que escabullirme para vigilar Elysia, así que seguiré mintiendo para protegerla a ella y a Vlad de esta curiosidad que no puedo controlar.

Vlad sigue asombrándome con su inteligencia y su habilidad para mantener el secreto. Y aunque me preocupa su amistad con Henry, no creo que ponga en peligro nuestro modo de vida contándole la verdad a un humano, ni siquiera a alguien tan especial como su amigo.

Hoy hemos llevado a Vlad a la guardería por primera vez. Yo me resistía a apuntarlo, pero Mellina me lo suplicó y soy incapaz de negarle nada. Ella se encargará de llevarle la comida y le hemos prohibido terminantemente que enseñe sus colmillos a ningún humano. No sé durante cuánto tiempo nos hará caso. Vlad es un crío muy maduro, pero no deja de ser un niño, y uno no puede esperar que se comporte como un adulto.

Vlad regresó de la guardería ileso, pero me entristezco cuando no lo tengo conmigo. Sé que en él reside el espíritu de Elysia. Es más que mi hijo, es mi hermano de sangre.

Mientras estuve en Stokerton, descubrí más notas con respecto al pravus. Tengo que intensificar la investigación sobre este asunto, así que regresaré a Elysia una vez más durante las próximas semanas para consultar los textos sagrados. Debo actuar con mucho sigilo si no quiero acabar prisionero del Consejo. Los textos están en la biblioteca del Consejo.

Vaya tarea. Si no fuera por el túnel que excavamos mi viejo amigo y yo, todo esto resultaría imposible.

De todas formas, es una pena, una tarea terrible, tener que robar a los míos para confirmar mis sospechas con respecto a mi hijo.

Vlad leyó el pasaje de nuevo y se detuvo para reflexionar sobre la palabra «Elysia». No tenía ni idea de lo que significaba, pero lo que su padre contaba le ponía los pelos de punta. Parecía realmente asustado.

Pasó los dedos sobre el texto antes de apretar la mejilla contra la página y permitir

que sus párpados se cerrasen.

No soñó.

## Una reunión de monstruos

Vlad se estaba echando la crema protectora sobre la cara cuando Henry llamó a la puerta del baño.

—Ahora salgo. —Se extendió un poco por la nariz hasta que toda la crema quedó absorbida y luego abrió la puerta. Henry estaba sentado a los pies de su cama con cara de pocos amigos.

—¿Así que aún estás leyendo el estúpido diario? —Echó un vistazo al libro que sobresalía de la mochila abierta de su amigo.

Vlad la cogió y lideró la marcha hacia las escaleras.

—No es estúpido.

Recorrieron el sinuoso camino al colegio sin decir ni una palabra. Cuando llegaron al aula 6, Henry rompió el silencio:

—Espero que no te hayas olvidado de alguien. —Señaló con la cabeza a Meredith, que estaba intercambiando regalos de San Valentín con sus amigas Kara y Melissa.

Parecía como si Cupido hubiera vomitado por toda la clase. Vlad torció el gesto al ver los lacitos, los corazones rojos y rosas, y los niños alados que abarrotaban las paredes. Se acercó a su pupitre y se sentó. El señor Otis entró en el aula justo tras él. No llevaba ningún disfraz. De hecho, estaba pálido y tenía mala cara. Dejó el maletín sobre su escritorio y se sentó.

Mike Brennan sostuvo en alto uno de los cupidos de papel que se habían caído y gritó desde el fondo de la clase:

—Eh, señor Otis, ¿toca hoy hablar de las hadas?

Todos los chavales rompieron a reír, pero el profesor permaneció serio. Su voz sonó áspera.

—Hoy dejaré que trabajéis en vuestras presentaciones.

Vlad se relajó en su asiento y leyó absorto el diario de su padre durante gran parte de aquella hora. Después de un rato, llegó a una anotación un tanto extraña.

21 de septiembre

Me ha bastado un año de estudio. Ahora sé que la profecía elysiana se cumple en Vlad. Será un gran hombre, de eso estoy seguro.

Vlad dio un respingo en su asiento cuando la voz del señor Otis, ronca como si estuviera acatarrado, resonó en el aula.

—Eso no parece su presentación, señor Tod. —Y con un gesto le indicó que se acercara. Vlad, tras suspirar profundamente, llevó el diario a la mesa del profesor. El señor Otis miró la cubierta durante un momento y luego hojeó sus páginas brevemente. Apretó los labios y miró a su alumno a los ojos—. Quédese después de clase.

Los minutos restantes se le hicieron eternos. El señor Otis pasó el rato con la mirada perdida sobre el escritorio u ojeando el diario de Tomas, lo que molestó profundamente a Vlad. Culpable o no, tenía derecho a algo de intimidad. Después pensó que seguramente para el profesor aquel diario no sería más que un texto de ficción, así que intentó calmar su enfado con respiraciones prolongadas y profundas, sin apartar los ojos del reloj.

Sonó el timbre y sus compañeros abandonaron el aula. Vlad se acercó a la mesa del señor Otis, listo para aguantar el chaparrón. A través de la puerta entreabierta, podía ver a Henry en el pasillo, hablando con Meredith. Ella jugueteaba enrollando un mechón de cabello en el dedo índice mientras miraba a su amigo a los ojos, luego bajaba la vista al suelo y vuelta a los ojos. Henry tenía las manos en los bolsillos y su sonrisa «marca de la casa» en los labios. Debió de decir algo gracioso porque Meredith rio y le tocó el brazo.

Vlad se estaba poniendo malo.

Entonces, como si aquella tortura no fuera suficiente, Meredith sacó una tarjeta de San Valentín de su libro de lengua y se la entregó a Henry.

El corazón le golpeaba con fuerza las costillas, como si estas fueran barrotes de hierro que lo aprisionaran dentro del pecho. La vida tenía un modo muy feo de ser cada vez más injusta.

Metió la mano en la mochila y sacó una patética caja de bombones. Frunció el ceño al ver su retorcida letra: «Para Meredith, bombones para un bombón. Vlad». Con un movimiento de muñeca, la tiró a la papelera que estaba junto a la mesa del señor Otis.

El profesor miró la caja de bombones y luego a Vlad con evidente expresión de lástima.

—Cuando estés en mi clase, Vladimir, haces lo que yo te diga. No leerás cosas que no tienen nada que ver con los deberes que os he puesto. ¿Queda claro?

El diario de Tomas estaba abierto sobre la mesa del señor Otis. Vlad retiró su atención del libro y miró a su profesor a los ojos.

—Clarísimo.

Otis bajó la vista. Su tono se suavizó bastante.

—Si no es demasiado personal, Vlad, ¿te puedo preguntar por qué vives con tu tía y no con tus padres?

—Mis padres... —Vlad tenía un nudo en la garganta. Raramente hablaba de Tomas y Mellina con nadie, ¿y por qué el señor Otis le hacía esa pregunta?—. Murieron hace tres años.

Otis se movió en la silla. Un gran peso pareció asentarse sobre sus hombros y se apoyó sobre el respaldo.

—Lo siento mucho, ¿qué ocurrió?

—Fue un accidente, un incendio en casa. —Vlad pasó su peso de un pie a otro—. ¿Por qué lo pregunta?

Otis negó con la cabeza, sumido en sus pensamientos.

—Es terrible. Seguro que los echas mucho de menos. —Se le quebró un poco la voz con algo que parecía empatía—. ¿Estabas muy unido a tu padre?

Ya estaba bien. Vlad apretó los labios y lanzó a su profesor una mirada firme.

—¿Me puede devolver el diario, por favor?

—Pero esto no es un diario, Vladimir, en realidad no. —La voz del señor Otis se había suavizado aún más hasta convertirse casi en un susurro. Acarició las páginas del libro con cariño antes de devolvérselo—. Debe tener cuidado con lo que cree, señor Tod. El mundo está lleno de monstruos con rostros amables.

Vlad cogió el diario y columpió la mochila sobre su hombro. Le hervía la sangre. Sin inmutarse, sintió que los colmillos comenzaban a arañarle la cara interna del labio inferior. Cuando llegó a la puerta, se detuvo, dio media vuelta y con cuidado de mantener los colmillos ocultos dijo:

—Gracias por el consejo, pero sé de monstruos más de lo que se imagina.

El señor Otis simplemente asintió.

Mientras abría su taquilla, miró alrededor en busca de Henry, pero no estaba por ninguna parte. Sin embargo, Meredith sí. De hecho le sonrió y se acercó a él.

—Feliz San Valentín, Vlad.

Vlad carraspeó. Aún estaba enfadado porque había estado coqueteando con su mejor amigo, pero enfadarse con chicas guapas es fácil, lo complicado es conservar ese enfado.

—Gracias, feliz San Valentín a ti también.

—No te he visto después de clase de lengua, así que le di la tarjeta que tenía para ti a Henry. —Meredith alzó la mano y enrolló un perfecto mechón castaño alrededor de su dedo.

Vlad se derritió.

—Oh... yo me he dejado la tuya en casa.

Un ligero rubor coloreó sus mejillas.

—No importa, no tenías por qué comprarme nada.

—Pero te compré una cosa. Muchas... muchas gracias. —El pasillo se estaba vaciando, lo que significaba que ya no quedaba nada para que sonara de nuevo el timbre. Vlad consiguió sonreír sin ponerse demasiado rojo—. Bueno, será mejor que me dé prisa o llegaré tarde a mates.

Meredith gruñó.

—El señor Harold es lo peor. Yo lo tengo a cuarta hora.

Vlad asintió.

—Sí, es horrible.

—Hasta luego, Vlad.

—Vale. —Cerró su taquilla y flotó por el pasillo hasta la clase de mates del señor Harold.

Vlad dio por terminada la lectura del diario por esa noche y marcó la página con un clip antes de cerrarlo. A pesar de las objeciones de Henry, había aprendido mucho de lo que su padre había escrito en él. Se incorporó y acercó la silla de jardín a una de las ventanas en arco del campanario. El pueblo de Bathory estaba extrañamente silencioso y el aire parecía cargado de cierta inquietud. Incluso los chavales góticos habían abandonado su lugar en las escalinatas del instituto aquella noche.

Apagó las velas y salió al alféizar. Contempló el pueblo desde aquella altura y sintió algo extraño. Tomas hablaba de un mundo enteramente poblado por vampiros. Y de uno en particular al que temía más que a los otros. Un vampiro empeñado en hacerle pagar su traición aniquilando a su familia. La idea de que hubiera más seres como él hizo que se estremeciera. Le parecía aterrador y emocionante al mismo tiempo. Pero además, el diario le había proporcionado todas las pruebas que necesitaba para convencerse de que sus padres habían sido asesinados.

Un sonido grave, como de voces, llegó a sus oídos. Se volvió hacia el aparcamiento del instituto, dos manzanas más allá. Dos hombres discutían en voz alta. Guardó el diario en el bolsillo de su chaqueta y descendió flotando hasta un roble cercano. Inclino el cuerpo hacia delante y avanzó de árbol en árbol hasta que se situó sobre el tronco retorcido de un gran roble, justo encima de los dos hombres.

El señor Otis abrió la puerta de su coche. Su habitual sonrisa había sido reemplazada por un desagradable rictus. Dejó caer su maletín en el asiento delantero y se volvió al hombre vestido de negro.

—No tengo nada más que hablar contigo.

—No me trates como a uno de tus alumnos, Otis. —El hombre entornó sus ojos oscuros. Sus palabras eran niebla en el aire frío—. ¿Y Tomas?

Vlad alzó una ceja, perplejo. Ese hombre no podía referirse a su padre. Avanzó con cuidado hasta una rama, se sentó y escuchó.

—No puedo proporcionarte información que yo mismo ignoro. —Otis miró al suelo y bajó tanto la voz que Vlad tuvo que esforzarse para escuchar algo—. El crío me llevará hasta él. Necesita tiempo.

El hombre de negro dio un paso hacia delante; su cuerpo de repente se puso tenso, como anhelante.

—¿Has encontrado al pravus?

El profesor miró al hombre a los ojos con expresión obstinada.

—Sí, he contactado con Vladimir, sí.

Vlad se inclinó tanto ante la mención de su nombre que tuvo que agarrarse con

una mano a otra rama o habría caído sobre el señor Otis. Eso sí que habría sido una situación embarazosa.

Tras un momento de silencio, el desconocido posó un brazo sobre el techo del coche del Otis y tamborileó con los dedos con evidente impaciencia.

—¿Por qué no me dejas leer tus pensamientos, Otis? ¿Encuentras una conexión con Tomas, tras catorce años de búsqueda por parte del Consejo, y no informas a nadie? ¿Por qué? ¿Qué tramas?

Otis alzó la vista hacia la rama donde se ocultaba Vlad. El joven contuvo la respiración. No lo podía ver desde aquella distancia, sobre todo con el cobijo que le ofrecía la oscuridad. Sin embargo, habría jurado que había sentido sus ojos sobre él.

Tras un largo y desquiciante momento, Otis concentró de nuevo su atención en el hombre que había frente a él, pero no añadió nada.

El desconocido agarró a Otis por el cuello de la chaqueta y dijo entre dientes:

—Espero que no le dieras a esa gente el amuleto tego para bloquear mi telepatía...

Otis rio, pero su postura sugería que estaba listo para defenderse si fuera necesario.

—Te preocupas demasiado. Estoy de tu lado, ¿recuerdas? Quiero encontrar a Tomas tanto como tú.

El hombre soltó a Otis y dio un paso hacia atrás.

—Pues explícame qué está pasando aquí.

El profesor sonrió y le dedicó una mirada de reprimenda.

—¿Se te ha ocurrido que quizás Tomas le pudo haber entregado el amuleto tego a cualquier habitante de Bathory? Después de todo, se oculta de nosotros.

El hombre buscó en los ojos de Otis y asintió.

—Supongo que es posible.

Vlad sintió un extraño cosquilleo que había empezado en los dedos de los pies y que ahora se extendía por el resto del cuerpo. Se le había dormido un pie. Se sentó e intentó que la sangre volviera a circular por él. La rama crujió suavemente bajo su peso.

Los ojos del hombre se clavaron en el árbol. Una vez más, Vlad contuvo el aliento.

—¿Has oído eso?

Otis posó una mano sobre el hombro del desconocido y lo condujo hacia la acera.

—Tanto tiempo lejos de Elysia te está volviendo paranoico, D'Ablo. Vuelve a casa. Descansa un poco. En cuanto localice a Tomas, te avisaré.

Cuando D'Ablo hubo desaparecido calle abajo, Otis regresó y se acercó al árbol. Miró hacia arriba, a la rama del gran roble, con ojos escrutadores.

Desde los arbustos cercanos a la acera, Vlad suspiró con tenso alivio.

## El señor Otis viene a cenar

—Los vampiros beben sangre, duermen en ataúdes y evitan el ajo. —El señor Otis estaba frente a la clase, vestido con un traje negro y una capa barata de vinilo no muy distinta de la que Vlad se había puesto en Halloween. Apoyado en su escritorio, miró a su alumno con un extraño brillo en los ojos y sonrió antes de volverse hacia el encerado, donde había pegado varias interpretaciones artísticas sobre los vampiros en diferentes siglos. Vlad prestó especial atención a la condesa húngara y al príncipe transilvano. ¿Serían vampiros de verdad? ¿Parientes suyos?

El profesor sustituto dio media vuelta y lo miró directamente con cierta complicidad. Vlad se rebulló incómodo en su asiento. Varios de sus compañeros siguieron la mirada de su profesor hasta su compañero. El señor Otis pestañeó y regresó de la ensoñación en la que se había perdido durante un minuto.

—Vlad, quiero que me ayudes con algo antes de que hagas tu presentación. —Metió la mano en uno de los cajones de su mesa y sacó un recipiente de plástico cerrado. Se lo ofreció.

Con una rápida mirada a Meredith, Vlad se levantó de su asiento y avanzó hacia la pizarra. Cogió el táper y miró expectante a su profesor. El señor Otis parecía que estuviera conteniendo la respiración, pero cuando habló, su voz sonó como un grave y ronco susurro.

—Por favor, pasa las cabezas de ajo al resto de la clase, Vladimir.

Vlad contempló el envase que sostenía en las manos. Todo lo que había entre él y una de las plantas más mortales conocidas por los vampiros era un plástico amarillo mostaza de unos pocos milímetros de grosor.

—No puedo. —Devolvió el táper al profesor, que ladeó la cabeza y se cruzó de brazos frente a él.

—¿Por qué no? —preguntó mientras se daba golpecitos en el bíceps con un dedo y contemplaba el recipiente de plástico que Vlad sostenía con aparente indiferencia.

El joven vampiro lo dejó sobre la mesa del profesor.

—Soy alérgico al ajo. Si no me cree, pregunte en administración. Está todo en mi historial. —Se encogió de hombros e ignoró los carraspeos de algunos de sus compañeros.

El señor Otis guardó silencio durante un momento, luego volvió a meter el táper en el cajón de su escritorio y consultó el reloj antes de volverse hacia Vlad.

—De acuerdo. Vamos con tu presentación sobre lo que significa ser un vampiro. —Alzó una ceja. En su voz no hubo inflexión interrogativa. Tampoco le estaba

pidiendo que expusiera «su versión» de lo que significaba ser vampiro. No, no había necesidad de disimulos porque ya no albergaba ninguna duda.

Sabía la verdad.

Vlad creyó que las piernas se le volvían de gelatina y una ola de frío le recorría el cuerpo, congelándole incluso la voz. Se veía incapaz de hablar.

Se concentró e intentó leer los pensamientos del señor Otis. Una imagen borrosa comenzó a tomar forma en su mente. Era roja, roja como la sangre. La sensación que la acompañaba era de miedo. La voz ronca de su profesor lo sacó del trance.

—Vamos, por favor, adelante con la presentación.

Vlad se aclaró la garganta y se volvió lentamente para dirigirse al resto de la clase. Miró de reojo a su escritorio vacío y deseó estar allí, luego carraspeó de nuevo.

—Me llamo Vladimir Tod y soy... soy un vampiro. —De repente, notó que las orejas le ardían. Miró al señor Otis y este le hizo un gesto para que prosiguiera. Pero entonces se quedó en blanco. No recordaba nada de lo que había escrito en su trabajo.

El profesor parecía molesto. Sus compañeros se agitaron inquietos en sus asientos.

Vlad decidió improvisar.

—No es fácil ser una criatura nocturna que se alimenta de sangre. Si saliera a la calle sin ponerme la crema protectora, probablemente me convertiría en un vampiro flameado.

Meredith rio. Y no era la única. De pronto, Vlad se sintió un poco más cómodo.

—A parte de los personajes que aparecen en los libros y los que conocemos de otras historias, y que no sé si fueron reales, estoy seguro de que soy el único vampiro que queda. Me siento muy solo, pero al menos no tengo que hacer cola en el banco de sangre. —Vlad sonrió. Sorprendentemente, aquello le estaba gustando—. Si me concentro, puedo flotar en el aire y a veces hasta leo la mente de la gente. Pero por lo general, ser vampiro es un rollo.

La clase rompió en aplausos. Incluso el señor Otis sonrió.

Vlad se dispuso a volver a su pupitre y mientras caminaba, miró de reojo a su profesor. El señor Otis extendió el brazo para coger su taza de café y, al subirse la manga de su chaqueta, Vlad pudo ver los trazos de un tatuaje en la cara interna de la muñeca. La tinta era negra y densa.

Intentó disimular su sorpresa. Se parecía mucho al símbolo que había visto grabado en el porche del señor Craig y que últimamente veía casi en todas partes. La única diferencia era que las líneas se inclinaban en sentido contrario.

El agudo sonido del timbre marcó oficialmente el final de las clases. Vlad cogió sus libros y salió a toda prisa del aula sin mirar atrás.

Henry lo esperaba en las escaleras de la entrada. Llevaba la mochila colgando de un hombro, y un pulgar enganchado en una de las trabillas de sus vaqueros. Sonrió a

Vlad, pero su expresión cambió en cuanto vio a su amigo de cerca.

—¿Qué pasa? Estás pálido.

Aunque normalmente se reía de las bromas de Henry, esta vez ignoró el chiste y lo cogió por la camisa.

—Creo que el señor Otis mató a mis padres.

Henry lo miró atónito.

Vlad le soltó la camisa y se inclinó hacia él. Echó un vistazo por encima del hombro de su amigo para comprobar que no lo oía nadie y luego, mirándolo a los ojos, añadió:

—Y al señor Craig también.

Henry, recuperándose de la impresión inicial, dijo:

—Pero Vlad, ni siquiera sabemos si el señor Craig está vivo o muerto. Lo que dices es una locura.

De camino a casa, se lo contó casi todo; le habló de su visita a la casa del señor Craig, del sombrero de copa en el perchero, del misterioso símbolo que había identificado en otros cuatro lugares antes, y de la marca similar que había descubierto en la cara interna de la muñeca de su profesor. También le refirió que en el diario, su padre hablaba de su intención de borrarse el tatuaje con luz del sol y por último, le relató la conversación que escuchó entre el señor Otis y un hombre vestido totalmente de negro que respondía al nombre de D'Ablo.

Henry negó con la cabeza, pero no discutió sus teorías.

—Entonces ¿qué es? ¿Miembro de alguna banda? ¿Un asesino de la mafia?

Vlad negó con la cabeza y se apartó el flequillo de los ojos.

—Es un vampiro.

Henry rio, pero se detuvo en seco para estudiar a Vlad.

—No puedes hablar en serio.

—Ya lo creo. —Redujo el ritmo cuando se acercaron a su casa. Miró el edificio y se preguntó si Nelly habría llegado ya—. Me parece que quiere hacerme daño. En su diario, mi padre habla de...

—Tío, déjalo ya. O sea, sé que echas de menos a tus padres y al señor Craig, pero ¿acusar a tu profesor de ser un vampiro? Es *d'abólico*. —Henry sonrió, complacido por su ingenio, pero la sonrisa desapareció de su rostro al comprobar que a su amigo no le había hecho ninguna gracia—. Aunque fuera un vampiro, y no digo que no lo sea, si quisiera hacerte daño, ¿no lo habría hecho ya?

—No si piensa que me necesita para encontrar a mi padre.

—Pero tu padre está...

—¡Ya lo sé, Henry! ¡Fui yo quien los encontró! —Estaba fuera de sí. Cogió con fuerza el asa de su mochila y se volvió hacia la casa—. Muertos. Mis padres están muertos. ¿Por qué todo el mundo se empeña en recordármelo?

Henry abrió la boca para contestar, pero su amigo aceleró el paso y cerró la puerta de su casa de un portazo. Una vez dentro, arrojó el diario sobre la mesa, con tan mala

suerte que golpeó la lámpara que había en un extremo de la misma, y la tiró.

Vlad se asomó a la calle de nuevo.

—¿Henry?

Su amigo se limitó a mirarlo con expresión dolida. La misma que tenía Vlad.

—¿Me crees, verdad?

Henry examinó el agujero en la zapatilla de Vlad antes de mirarlo a los ojos.

—Creo que estás asustado y que tiene que haber una razón. Así que... claro. ¿Por qué no van a ser vampiros?

—En el diario, mi padre habla de todo un mundo de vampiros, ciudades enteras llenas. No pueden haber desaparecido todos, ¿no?

Vlad debía de parecer aterrorizado porque Henry bajó la voz y asintió con la cabeza.

—Es posible que haya más por ahí. Y quizá sean gente horrible. Quizá tengas razón, pero no te pongas histérico por una cosa que, de momento, no puedes demostrar. Descubriremos qué sucede, tío. Pero... ten cuidado. —Y tras asentir de nuevo, dio media vuelta y se marchó.

Vlad alzó la vista y dejó escapar un gemido. Se había olvidado por completo de que aquella era la noche en que el señor Otis venía a cenar. Dejó que la mochila se escurriera por su hombro y la arrastró al interior.

Tras tirar la bolsa y la chaqueta en su cuarto, se cambió de camiseta y bajó las escaleras. Calentó una bolsa de sangre en el microondas, la mordió y absorbió el dulce y cálido líquido, moviéndolo alrededor de la lengua antes de tragárselo.

En una ocasión vio en el centro comercial un libro llamado *Demonios chupasangre*. No recordaba quién era el autor, ni siquiera sabía de qué iba, aparte de que hablaba de vampiros, pero de repente se puso a pensar en esa descripción de su especie y se preguntó si la gente hablaría de él como «demonio» si alguna vez se descubría su verdadera naturaleza. La idea al principio lo molestó, pero después de un rato el término lo atrajo. Desde luego chupaba sangre, y que le pusieran delante el título de demonio no le parecía tan terrible.

Se disponía a subir las escaleras justo cuando Nelly cerró la puerta con el talón. Iba cargada con bolsas de comida.

—¿Qué le ha pasado a la lámpara?

—Habría sido Amenti.

La regordeta gata maulló en señal de protesta.

Nelly negó con la cabeza al ver la camiseta de su sobrino.

—No te puedes poner eso.

Vlad se miró la camiseta negra y las letras en rojo que chorreaban por su pecho imitando la sangre. Decían: «Chúpate esa, vampiro». Se la regaló Henry las últimas Navidades. Vlad sorbió un poco de sangre del pulgar.

—¿Qué? A mí me gusta.

Nelly lo miró con cara de «vas listo si crees que te voy a dejar que te salgas con la

tuya en esta» y llevó las bolsas a la cocina. Vlad la siguió.

—¿Qué hay para cenar?

Su tía sacó un paquete de carne picada de una de las bolsas y Vlad se quedó mirando el jugo rojo que bailaba dentro de su envoltorio de plástico.

—Pastel de carne. ¿Podrás fingir durante la cena? Ya sé que no te gusta la carne cocinada, pero...

—No importa, tía Nelly. Como si no llevara toda la vida fingiendo que soy normal. —Alzó la comisura de la boca en una media sonrisa, sacó los huevos y el arroz de una bolsa y los dejó sobre la encimera.

Nelly lo miró con cierta reprobación.

—Fingiendo que eres humano. Normal eres, Vladimir. Un vampiro adolescente sano y perfectamente normal. Algunas personas son vegetarianas, tú bebes sangre, no es raro ni extraño, ni siquiera anormal. Simplemente, diferente del resto. —Dejó la carne picada junto a los huevos y suspiró—. Me preocupa cómo reaccionarían todos si supieran la verdad. La gente teme lo que no comprende, y el miedo nos hace actuar de forma violenta.

Su tía estaba en lo cierto, claro. Tendría que seguir fingiendo ser lo que no era hasta que ya no fuera peligroso... algo que no sucedería nunca, tal y como Vlad lo veía. Observó a Nelly guardar la comida y se preguntó por qué habría invitado al señor Otis a cenar. Estaba a punto de plantearle esa cuestión cuando de repente se le ocurrió que también podía meterse en su cabeza y verlo por sí mismo. Se concentró con fuerza y empujó con su mente.

Nelly presionó la palma de la mano contra la frente.

—Me duele un montón la cabeza.

Vlad frunció el ceño y lo intentó de nuevo, pero no pasó nada. Nelly cogió el ibuprofeno de la encimera y se metió dos pastillas en la boca, luego miró a su sobrino con curiosidad.

—¿Estás nervioso porque tu profesor viene a cenar?

—Profesor sustituto. —Pasó un dedo por el paquete de carne picada y se lo chupó. Podía sentir la presión de sus colmillos alargándose y tuvo la tentación de dejarlos a plena vista durante toda la visita del señor Otis. Quizá un encuentro cercano con otro demonio chupasangre haría que aquel hombre soltara todo lo que sabía sobre él—. Aún no han encontrado al señor Craig.

Nelly negó con la cabeza.

—No sé si aparecerá. Pobre hombre.

Vlad extendió la mano y la posó sobre la de su tía.

—¿Tía Nelly? Tengo que hablar contigo sobre el señor Otis.

Le contó todo: lo del libro, lo del sombrero del profesor, lo del diario de Tomas, y lo del tatuaje. Cuando hubo terminado, Nelly le dio unas palmaditas en el hombro.

—Has soportado demasiado estrés, Vladimir. No me sorprende que veas vampiros por todas partes. Fíjate, el otro día me pareció ver...

—Por todas partes no. Solo en la clase de lengua. —Sacó el pedazo de papel que había cogido del sombrero de Otis unas semanas antes, el que tenía escrito «licántropo» y ahora decía «vampiro».

Nelly leyó la horrible letra del profesor y suspiró.

—Cariño, a todos nos preocupa el señor Craig, pero esa no es razón para cogerle manía al profesor sustituto. Dale una oportunidad. —Le apretó un hombro y después dio una palmada, como para indicar que había tomado una decisión—. Más vale que empiece ya o la cena no estará a tiempo.

Vlad se apartó, asombrado de que su tía no solo no lo creyera, sino que ni siquiera se tomara en serio sus sospechas. Pero no tenía sentido discutir con ella. Debía conseguir pruebas esa misma noche. Entonces Nelly y Henry lo creerían.

Se tocó uno de los colmillos con la yema de un dedo y se estremeció cuando el afilado esmalte penetró en su piel. Absorbió la sangre durante un momento y se encogió de hombros ante la mirada de preocupación de Nelly. Lo miraría así siempre si no hacía algo para calmar sus miedos. Se obligó a sonreír.

—¿Te echo una mano con la cena?

Sacó sartenes y cazos, cascó varios huevos y vertió su pegajoso interior en un gran cuenco de cristal. Contempló a Nelly mezclar el arroz y la carne sin dejar de pensar en el tatuaje de la muñeca del señor Otis. Se parecía mucho al símbolo del porche. Tenía que ser algún tipo de maldición, claro, o algo que usaran los vampiros para señalar a sus víctimas. Los pensamientos de Vlad regresaron al cilindro negro y al símbolo grabado cerca de su base. No estaba seguro de dónde encajaba aquello, pero era evidente que alguien había encontrado a Tomas antes que D'Ablo. Y ese había sido el señor Otis.

Nelly metió el pastel de carne en el horno. Fijó el temporizador para dentro de una hora, limpió la encimera con un trapo húmedo y se lavó las manos. Vlad miró con disgusto toda aquella sangre desperdiciada. Últimamente tenía más hambre de lo habitual, algo que él atribuía al estrés y su tía a las hormonas. Cuando hubo terminado de limpiar, abrió la nevera y le lanzó una bolsa de sangre antes de subir a su cuarto para cambiarse.

Vlad mordió la bolsa, pasando del microondas, y se bebió la sangre fría, luego se sentó frente a la televisión. No había nada, pero de todas formas tampoco le apetecía ver la tele. Temía la inevitable llegada de su invitado y elucubraba sobre las razones que podría tener el señor Otis para matar a su profesor favorito.

Sonó el timbre de la puerta.

Vlad fue corriendo a abrir. Distinguió la silueta del señor Otis de pie, en el porche, mientras seguramente planeaba la aniquilación de un niño inocente y de su confiada tutora.

Sintió que una mano le apretaba el hombro y se sobresaltó. Nelly arrugó el ceño.

—Déjalo pasar, Vladimir. No seas grosero.

Vlad tragó pese al nudo que se le había formado en la garganta. Debía pensar con

rapidez.

—Creo que tengo la gripe. ¿No le puedes decir al señor Otis que venga otro día?

Nelly le tocó la frente con el dorso de la mano y lo miró antes de negar con la cabeza.

—Vladimir, no tienes la gripe. No puedes tener la gripe, ¿recuerdas? Solo estás nervioso. No sé de ningún chaval del planeta que quiera cenar con su profesor. Te prometo que no hablaremos del instituto, ¿vale? —Y abrió la puerta.

El señor Otis sonrió alegre. Vlad vio con horror que su profesor llevaba el sombrero de copa.

—Buenas noches, Nelly... Vlad. Gracias por invitarme.

Nelly le devolvió la sonrisa.

—Estamos encantados de que hayas venido, Otis. Espero que te guste el pastel de carne. —Lo condujo hacia el comedor y Vlad se quedó junto a la puerta, contemplando la puesta del sol con ansiedad. En aquel momento preferiría estar en cualquier otro lugar. Cerró la puerta con una patada y volvió al cuarto de estar, a ver la televisión.

La voz de su tía llegó flotando desde el comedor.

—Vlad me ha contado que antes de venir a Bathory enseñabas mitología en Stokerton.

—Oh, sí. Y disfruté mucho. Por supuesto, no digo que no me guste este instituto. La verdad es que los alumnos son de lo mejor.

Escuchó ruido de platos, Nelly debía de estar poniendo la mesa.

—¿Por qué lo dejaste, si no es indiscreción?

Otis guardó silencio durante un largo momento y Vlad se preguntó si iba a contestar. No es que le importara, pero aun así, aquel silencio resultaba bastante incómodo. El profesor se aclaró la garganta.

—Pues para ser sincero, necesitaba un cambio.

A falta de diez minutos para que empezara una reposición de *Buffy, Cazavampiros*, Nelly lo llamó desde el comedor.

—Vlad, la cena está casi lista.

Pulsó un botón del mando a distancia y la pantalla se apagó, pero no se movió del sillón. La idea de cenar con el hombre que posiblemente le había arrebatado a sus padres y a su profesor lo aterrorizaba.

Nelly apareció en el cuarto de nuevo con aquella mirada de preocupación arrugándole el ceño.

—¿Va todo bien?

Vlad la miró y, en voz baja, para que su invitado no se enterara, añadió:

—¿Tengo que cenar con él?

—Por supuesto que sí. Vamos, sé un buen anfitrión mientras se hacen los panecillos. —Sus ojos rebosaban comprensión y cariño. Vlad quería que reaccionara, alejarla de aquel monstruo, pero ¿de qué serviría? En lugar de eso, arrastró los pies

hasta el comedor.

—¿Va todo bien? —El señor Otis estaba sentado a la mesa. Se había quitado el sombrero y el abrigo y lo observaba con una intensidad que hizo que se le cerrara el estómago.

Apretó los labios con fuerza y redujo el paso. No, nada iba bien. No desde hacía tres años, desde que el señor Otis le arrebatara todo lo que le importaba.

A sus espaldas, oyó la alegre voz de su tía.

—Está nervioso porque va a cenar con su profesor.

Vlad se hundió en su asiento y murmuró:

—Profesor sustituto.

El señor Otis no apartó los ojos del chaval.

—No tienes por qué estar nervioso, Vladimir. Estoy deseando conoceros mejor a ti y a tu encantadora tía.

Nelly sonrió y desapareció en la cocina.

—Seguro que sí. —Vlad lo fulminó con la mirada.

El señor Otis carraspeó.

Vlad no apartó los ojos de su profesor.

El señor Otis volvió a toser.

—Me ha gustado mucho tu exposición de hoy. Has demostrado que tienes un don para el pensamiento creativo.

Vlad resopló y recolocó sus cubiertos.

—Sí, así soy yo, me encanta contar historias.

—Seguro que estarás de acuerdo conmigo en que todos los cuentos tienen cierto punto de verdad, ¿no te parece? —El profesor se reclinó en su silla y miró hacia la cocina, donde Nelly sacaba los panecillos del horno.

Vlad se encontró con su mirada y la aguantó durante un momento. El ambiente en la habitación estaba cada vez más cargado.

—Supongo.

El señor Otis unió las manos y, con los dedos entrelazados, miró a su alumno con una siniestra sonrisa.

—También estoy seguro de que estaremos de acuerdo en que los vampiros no son más que una leyenda, ¿verdad?

—¿Adónde quiere llegar?

El profesor guardó silencio, como si estuviera poniendo sus pensamientos en orden, y agregó:

—Me gustaría hablar contigo del diario de tu padre.

—Eso no es asunto suyo.

—Yo creo que sí.

—Ya, pues perdone la grosería, señor Otis, pero que le den. —Vlad golpeó la mesa con el tenedor—. Esa es la verdadera razón de que haya venido esta noche, ¿verdad?

El profesor se relajó en el asiento. Su expresión parecía de genuina sorpresa. Chasqueó la lengua.

—Vaya, vaya. Así que me has descubierto. Eres un chico listo.

Nelly entró en el cuarto con una cesta de humeantes panecillos.

—¿Va todo bien por aquí?

Otis sonrió. Vlad la miró furioso.

Nelly miró a uno y luego al otro.

—Me pareció oír un ruido.

—No te preocupes, Nelly. A Vlad se le cayó un cubierto en la mesa. Fue sin querer, ¿verdad, Vladimir? —Otis alzó una ceja. Su sonrisa se le antojó al joven retorcida y amenazante. Pero no dijo nada y permaneció impassible durante el resto de la cena, mientras escuchaba la conversación y mareaba trozos de carne en la boca, como si comiera.

Nelly lo miraba de vez en cuando con cara de reprobación, pero él no le hizo caso. Cuando su profesor alabó el talento de Nelly en la cocina, los ojos de su tía brillaron y le recordó a su madre por un momento. A veces le resultaba extraño lo mucho que se parecían en los gestos, a pesar de que no fueran parientes.

—Voy a refrescarme un poco. Vlad, quita la mesa.

Nelly subió las escaleras y Otis sonrió a sus espaldas.

—Tienes una tía asombrosa. Sería una pena que os pasara algo a cualquiera de los dos.

La presión en las encías de Vlad fue inmediata e intensa. Sus colmillos crecían por el hambre y la ira.

—Largo.

—¿Cómo dices?

—Fuera de mi casa, vamos. Y no vuelvas más.

El señor Otis no se mostró disgustado. Nelly entró en la habitación, y para sorpresa de Vlad, el profesor le sonrió, amable.

—Será mejor que me vaya. ¿Te importa si utilizo el servicio?

Nelly pareció decepcionada por aquella repentina marcha.

—Claro que no. Arriba, la segunda puerta a la izquierda.

Cuando su invitado hubo salido, Nelly se inclinó sobre el pomo de la puerta.

—¿Qué has hecho?

Vlad abrió mucho los ojos.

—¡Nada!

—Ya, ¿no me lo vas a contar?

Vlad se pasó la lengua por los afilados colmillos.

—Pues no.

—¿Estás bien?

—Estupendamente. —Pero no era cierto. Necesitaba estar a solas, tenía que pensar en cómo podía enfrentarse a un vampiro que no solo era mucho más grande

que él, sino que además tenía la costumbre de matar gente. Vlad subió corriendo las escaleras hasta su cuarto. Cerró el puño sobre el pomo, pero se detuvo cuando escuchó un ruido al otro lado. Era el sonido de unas uñas rascando madera. Entornó la puerta y se asomó. Su profesor estaba frente al vestidor, de espaldas a él, agachado sobre el primer cajón de su armario. El ruido cesó y Vlad se ocultó tras la puerta cuando el señor Otis volvió la cabeza para escuchar mejor. Luego avanzó de espaldas hasta el baño y desde allí aguardó a que su invitado dejara la habitación y bajara las escaleras.

Vlad salió del baño y atravesó el cuarto hasta el vestidor. El corazón le golpeaba el pecho a toda velocidad. Abrió el cajón, pero no vio nada descolocado. Calcetines, calzoncillos, cinturones, y su caja secreta. Estaba cerrando de nuevo el cajón con expresión de perplejidad en el rostro, cuando abrió los ojos como platos al reparar de nuevo en su caja secreta. Se la regaló su padre cuando tenía solo cuatro años y, hasta que encontró el diario, fue la posesión más preciada de Vlad. La cogió, la sostuvo en el aire y examinó su base. Allí, labrado sobre la madera, descubrió el mismo símbolo que su profesor lucía en la muñeca.

A punto estuvo de dejar caer la caja, pero la sujetó con más fuerza y la guardó otra vez en el cajón. Salió del cuarto y cruzó la biblioteca, intentando mantenerse en las sombras en lo alto de las escaleras, donde su tía y el señor Otis no lo pudieran descubrir. Los observó despedirse, en pie frente a la puerta. Nelly le ofreció su sombrero de copa y sonrió.

—Ha sido estupendo, Otis. Espero que lo podamos repetir alguna otra vez.

—Sería un placer. —El señor Otis se puso el sombrero y a continuación, mientras se colocaba el abrigo, dijo—: Ha sido muy revelador hablar contigo, Vladimir. —Alzó la vista hacia las escaleras y lo miró a los ojos—. Nos vemos mañana en clase.

Vlad se quedó helado.

—Por cierto... me encanta esa camiseta. —Le dedicó un guiño cómplice y desapareció por la puerta principal.

## El señor Craig

Vlad cogió el asa de su mochila y tiró, arrastrándola por el suelo tras él hasta que alcanzó las escaleras. Nelly estaba abajo, mirándolo con una chispa de curiosidad en los ojos.

—Estás pálido.

El joven comenzó su descenso. La bolsa repleta de libros golpeaba con fuerza los escalones mientras bajaba.

—Yo siempre estoy pálido.

—Sí, pero hoy estás casi cadavérico. —Le tocó la frente con el dorso de la mano—. ¿Te encuentras bien?

Vlad le apartó la mano.

—¿Por qué siempre haces eso? Yo nunca tengo fiebre, ¿recuerdas?

—Será la costumbre. Perdona, gruñón.

—Lo siento, tía Nelly. Tienes razón. Hoy no me encuentro bien. —De hecho, se sentía fatal, aunque no lo podía atribuir a ninguna bacteria conocida que flotara en el ambiente. Según el diario de su padre, los vampiros habían sobrevivido a algunas de las peores epidemias de la historia. Y aparentemente, durante los días de la peste negra, su mayor queja fue que la comida se «podría».

—Quizá deberías quedarte en casa. —Asintió con la cabeza y se dirigió hacia la puerta—. Descansa un poco. Hoy me toca turno doble, así que llegaré tarde, pero te llamaré luego para ver cómo estás.

Vlad dejó su mochila en el último escalón. Ya se sentía un poco mejor.

—Eh, antes de irte, ¿alguna vez habías visto algo así? —Buscó en su mochila y sacó un cuaderno. Pasó las hojas con rapidez hasta llegar a la página donde había garabateado el símbolo con las líneas oblicuas y los paréntesis—. Esto de aquí.

Nelly entornó los ojos y miró por encima de las gafas.

—Anda, sí. Se parece mucho al tatuaje de Tomas. ¿Dónde lo has visto?

—En un libro que he leído. —Vlad arrugó la frente y se acercó el cuaderno para ver el símbolo mejor—. No recuerdo que papá tuviera ningún tatuaje.

—Oh, sí. Era grueso, de tinta negra y lo tenía justo aquí. —Se señaló la cara interna de la muñeca—. Se lo quitó cuando tú aún eras un bebé. Creo que tengo alguna foto.

Antes de que Vlad pudiera decir nada más, Nelly salió hacia el cuarto de estar y regresó poco después con un taco de fotografías. Las extendió sobre la mesita de la entrada. Sus ojos se llenaron de tristeza mientras miraba las fotos de la familia de su

mejor amiga. Por aquel entonces, Vlad solo era un bebé que se acurrucaba contra su madre en busca de protección. El joven vampiro volvió la cabeza, incapaz de soportar el dolor que le producían aquellas imágenes. Nelly señaló la muñeca de Tomas en una de las fotos.

—Aquí se ve bien.

Vlad cogió la foto de la mesa y examinó de cerca el tatuaje de su padre. Era una copia exacta del símbolo que había visto en el libro y en el porche.

—Recuerdo que ahí tenía una cicatriz. Me dijo que era de un accidente que tuvo de niño.

Cuando miró a Nelly, su expresión había cambiado. Su rostro se había vuelto taciturno, y en su frente las arrugas de preocupación parecían más marcadas. Se enjugó las lágrimas.

—Oye, ¿te hablado alguna vez de mi perro Gilbert?

Vlad la miró desconcertado, sin saber a qué venía aquella pregunta, y lo más importante, adónde quería llegar con ella.

—Gilbert era un perro estupendo. No era de raza, ni siquiera era bonito, pero iba a por todo lo que le tiraras. Durmió a los pies de mi cama desde que tuve cinco años hasta que alcancé más o menos tu edad. Entonces, una noche, Gilbert desapareció. Estuve meses buscándolo, lloraba todas las noches y pegué carteles por todo el pueblo, ofreciendo una recompensa. Perdí horas de sueño buscándolo, saqué peores notas... Buscar a mi perro se convirtió en toda mi vida.

»Por fin, mi padre se sentó a hablar conmigo y me dijo que se había llevado a Gilbert al bosque que había detrás de nuestra casa y le había pegado un tiro. —Luchó contra las lágrimas y dio unas palmaditas en el hombro a Vlad para consolarlo, cuando evidentemente era ella la que necesitaba consuelo—. Oh, mi padre no era ningún monstruo, ¿sabes? Según parece, Gilbert tenía una dolorosa enfermedad en los huesos, así que lo sacrificó, pero desde entonces para mí ya no fue el mismo. Todos los recuerdos bonitos quedaron empañados por lo que le hizo a mi perro.

Se colgó el bolso del hombro y miró a su sobrino fijamente.

—Lo que quiero decir es que deberías estar agradecido por no saber ciertas cosas sobre tu padre y que, a veces, es mejor dejarlo todo como está.

Y cerró la puerta tras de sí.

Vlad sacó de su mochila el diario y el gran libro con el glifo y los cerrojos, y los llevó hasta la mesita de café. Buscó en el diario durante unos momentos antes de encontrar el último apunte, fechado el día antes de la muerte de sus padres.

18 de noviembre

El Consejo nos acecha. Empiezo a pensar que deberíamos marcharnos de Bathory a un lugar más seguro, como Siberia o algo así. Pero Mellina no está al corriente del peligro que corremos, y Vlad tampoco, y me niego a embarcarlos en un viaje tan difícil. Así que nos quedaremos aquí y haré lo que sea necesario para protegerlos. Vlad debe sobrevivir, cueste lo que cueste.

He guardado varias cosas en el desván de Nelly porque ya no teníamos sitio en el nuestro. Una de ellas creo

que será de gran ayuda para Vlad cuando crezca. Es el *Compendium de Conscientia*, un libro que pasa de vampiro a vampiro desde el comienzo de nuestra era. Todo lo que necesita saber sobre nuestra historia, nuestras profecías y nuestras costumbres está en ese libro. Es muy importante que Vlad memorice el código elysiano y estudie el texto en profundidad.

Yo comenzaré a enseñarle el código esta misma semana, después de la fiesta de su décimo cumpleaños. Esta noche no, estoy agotado y necesito descansar. A veces me asombra lo bien que me he adaptado a dormir por la noche. Si no fuera por las pesadillas, estaría deseando que llegara el momento de poner la cabeza sobre la almohada.

Fui un tonto al robar el lucis durante mi última incursión. Los alertó de mi presencia, porque ¿quién querría esa herramienta sino yo? Si vinieran a por mí esta noche, mañana, o cuando sea, me rendiré al Consejo a cambio de la seguridad de mi familia.

Pero ya no huiré más.

Vlad cerró el diario y pasó los dedos por el nombre de su padre.

Se sacudió la tristeza y encendió el televisor. No había nada... bueno, nada interesante, pero la dejó encendida para que llenara la casa de ruido. Luego abrió el libro y buscó entre sus hojas la pirámide de símbolos. Siguió la línea del tatuaje de su padre con una uña, y medio escuchó al reportero del Canal 5 que hablaba de un accidente de coche que estaba bloqueando una salida de la autopista.

Entonces la voz de una mujer llamó su atención.

—Gracias, Ted. Y cambiando de tema, se ha encontrado un cuerpo cerca del barranco del Réquiem que se cree pueda ser el del profesor desaparecido del instituto Bathory. —Vlad se sentó, cogió el mando y presionó el botón del volumen hasta el máximo—. John Craig desapareció hace varios meses. Los agentes han sacado hoy su cuerpo del fondo del barranco. De momento la policía desconoce las causas de su muerte, pero se especula con la posibilidad de que fuera atacado por algún animal. El señor Craig tenía treinta y cuatro años. ¿Habrá un perro salvaje suelto por las calles de Bathory? Aunque los agentes locales nos han asegurado que este punto no se ha demostrado, esta reportera cree que es una posibilidad muy real, y muy inquietante. —Vlad apagó el televisor y se hundió en los cojines del sofá.

El señor Craig estaba muerto.

Difunto, cadáver, fallecido, despojado de sus ataduras mortales, fiambre, exánime, finado, fenecido, tieso, finiquitado, fuera del negocio, occiso, sin vida, durmiendo el sueño eterno, *kaput*, había pasado a mejor vida, había estirado la pata, la había diñado, espichado, estaba criando malvas, estaba acabado, inerte, se había ido al otro barrio, había llegado su hora, había perecido, se había bajado del tren, había abandonado el edificio, mordido el polvo, se había extinguido, había sucumbido, todo había acabado para él.

Asesinado por un vampiro, de eso estaba casi seguro.

La noche anterior, ya muy tarde, Vlad había leído en el diario de su padre cosas sobre Elysia, historias de camaradería y celebraciones, de lazos familiares, de uniones de sangre. Entonces descubrió que deseaba conocer a los de su especie, quería caminar por las calles de Elysia, aquel lejano mundo vampírico. Sin embargo, después de un rato, todo comenzó a adquirir tintes de leyenda.

Como Papá Noel o el ratoncito Pérez, solo que con colmillos.

No obstante, la presencia del señor Otis había resultado muy diferente de lo que Vlad había imaginado. Se sentía terriblemente amenazado por el profesor. ¿Y quién era ese tal D'Ablo? ¿Es que ahora Bathory estaba plagado de vampiros que lo buscaban? ¿Y a ninguno se le había ocurrido consultar una guía telefónica? En Bathory vivían menos de dos mil personas, ¡por el amor de Dios! Si el señor Otis planeaba matarlo, ¿por qué no lo había hecho la noche anterior, después de la cena? ¿Estaba jugando con él?

Si su profesor era de Elysia, ¿por qué mató a Tomas? ¿Acaso su padre era un delincuente? ¿Y en qué convertía eso a Vlad? ¿Por qué el señor Otis lo acosaba? Él no había hecho nada. Nunca había estado en Elysia. Se estremeció. Quizá ese tampoco fuera su sitio. Daba igual dónde estuviera, siempre sería un bicho raro.

El timbre de la puerta sacó a Vlad de su ensimismamiento.

Abrió la puerta y se quedó helado. El señor Otis lo saludó alzando ligeramente su sombrero de copa y aguantó su severa mirada.

—Me he llevado una decepción al no verte hoy en clase, Vladimir. —Estaba pálido y demacrado, como si no hubiera comido en bastante tiempo.

Vlad apretó los labios y bajó la mirada. Estuvo tentado a darle con la puerta en las narices y echar todos los cerrojos, pero es difícil olvidarse de las viejas costumbres así que, en vez de eso, se quedó allí parado y esperó en silencio a que el profesor terminara para poder seguir con su vida.

—Debo hablar contigo de un asunto muy importante, Vlad. Me temo que no puede esperar. —El señor Otis empujó la puerta, pero Vlad apoyó el hombro contra la madera, dejando solo unos centímetros de apertura. El rostro de su profesor se hallaba a milímetros del suyo—. ¿Te importa si paso y me tomo algo? Estoy seguro de que ahí dentro tienes algo que se adecuaba a mis particulares gustos.

Vlad sintió que se le erizaban los pelos de la nuca, pero le dedicó a su profesor una mirada llena de desprecio.

—¿No le ha dicho nadie que está mal amenazar a sus estudiantes?

—¿Te sientes amenazado por mí? —Otis empujó un poco la puerta, que se abrió unos milímetros más. Parecía como si quisiera demostrarle que sus esfuerzos no suponían un obstáculo para él—. Esa no era mi intención. Solo quiero acercarme a ti, Vladimir.

Vlad se echó a un lado. Le temblaba todo el cuerpo, pero no dejaría que el señor Otis se diera cuenta. Apretó los puños contra sus vaqueros, listo para lo que su profesor tuviera en mente.

Otis sonrió levemente por un segundo, y Vlad pudo distinguir la sombra de un colmillo.

—Déjame pasar, Vlad. No me lo pongas difícil.

—¿Que no se lo ponga difícil?

Los maderos del porche crujieron bajo el peso de Henry, que miraba la escena con

cara de preocupación.

El señor Otis giró la cabeza. Observó a Henry, luego a Vlad y después desenfocó la mirada, como si estuviera sopesando sus opciones. Sin decir una palabra, dio media vuelta y bajó de porche, después se detuvo durante un segundo antes de seguir su camino.

Vlad suspiró nervioso y aliviado.

—Jo, tío. Estoy jodido, Henry. Estoy bien jodido.

Subieron las escaleras. Henry le explicó que las clases habían acabado antes porque la policía había encontrado el cuerpo del señor Craig, y Vlad le habló de la cena de la noche anterior. Su amigo le dio una juguetona palmadita en la espalda.

—Así que el profesor es un chupasangre...

Vlad se apartó el flequillo de la cara y repuso con una media sonrisa:

—Es lo que he intentado decirte. El tío prácticamente lo admitió, Henry. Solo le faltó confesarme directamente que era un vampiro.

Ambos bajaron las escaleras y salieron a la calle con Henry liderando la marcha. Se mantuvieron alerta por si veían al señor Otis. Cuando llegaron al porche de Henry, este entornó los ojos hacia el sol.

—Me pregunto cómo hace para no freírse durante el día.

Vlad se encogió de hombros.

—Quizá también se ponga protección solar, como yo. O puede que sea medio humano, como yo.

—Quizá su alma es tan oscura que ni siquiera el sol puede tocarlo. —El tono de voz de Henry era serio, por lo que Vlad no se rio. En su lugar, miró intrigado a su amigo mientras arrojaba su mochila al porche. Henry dejó caer la suya junto a la de Vlad—. Me refiero a que ¿qué clase de persona acosa a unos adolescentes?

—Nada de adolescentes, tío. A un adolescente. A mí. Me quiere a mí. —Vlad se estremeció ante la idea de ser la siguiente comida del señor Otis. De repente, comprendió por qué en su momento Henry lo evitó durante varios días tras morderlo y beber su sangre. Se le revolvió el estómago al recordarlo.

—Eh, Henry.

—¿Sí?

—Siento haberte mordido cuanto teníamos ocho años.

—No pasa nada. Pero no te acerques al gato o mi madre se va a cabrear mogollón.

## Unidos por la sangre

Vlad no pudo convencer a su tía de que lo dejara quedarse en casa durante lo que restaba de curso; lo que demuestra que a los padres y los tutores no les importa que tengas que enfrentarte a monstruos sedientos de sangre, siempre y cuando saques buenas notas en lengua.

El señor Otis estaba frente a la clase. Aún tenía los ojos rojos por el conmovedor acto celebrado en el gimnasio del instituto en memoria del señor Craig. En las semanas que pasaron desde su conversación en el porche, el profesor no le habló, ni siquiera lo miró. Ahora su voz se quebró con la primera palabra.

—Gracias a todos por entregar unos trabajos tan bien hechos. Ya están todos corregidos y como hoy las clases acabarán antes en honor al señor Craig, pueden recogerlos conforme salgan. Que tengan un buen fin de semana.

Vlad metió su cuaderno en la mochila y la cerró. Al pasar delante del escritorio del señor Otis, cogió su trabajo y se marchó del aula, echándole una ojeada a las anotaciones en rojo hechas por su profesor mientras caminaba. Le había puesto un sobresaliente, lo cual solo demostraba que Vlad escribía bien desde el punto de vista de un vampiro, pero era malísimo si tenía que calcular cuánto le costaría ir de Nueva York a Los Ángeles si la gasolina valía 0,60 dólares el litro y el coche que conducía consumía 3,8 litros cada 40 kilómetros.

Entonces leyó las palabras garabateadas al final de la última página y ahogó un grito. «Conozco tu secreto», había escrito el señor Otis. «Sé que eres un vampiro».

Vlad se estremeció de pies a cabeza cuando una mano se posó sobre su hombro. Se volvió para ver el rostro de su profesor.

—Tengo que hablar contigo a solas.

Vlad hizo lo mismo que había hecho hacía dos años cuando Nelly le preguntó quién había roto la ventana del señor Snelgrove. Se hizo el loco.

—Oiga, si es por lo del examen de puntuación...

El señor Otis alzó una mano y le hizo un gesto para que se callara.

—Ya sabes por qué es. Vamos a dar un paseo, yo y tú.

—Tú y yo.

El señor Otis frunció el adusto ceño.

—¿Cómo?

—Que se dice «Vamos a dar un paseo, tú y yo». —Vlad contempló las dobles puertas de la entrada. Estaban a pocos metros. Miró al señor Otis y se encogió de hombros—. Se supone que es profesor de lengua. Además, yo no paseo con asesinos.

Dicho lo cual, salió apresuradamente por la puerta y bajó las escaleras. Durante todo el camino temió que el profesor lo estuviese siguiendo, pero cuando llegó al hospital, resultaba evidente que no era así.

Encontró a Nelly en recepción e inmediatamente comenzó a explicarle en voz baja, pero muy nervioso, por qué estaba allí.

—El señor Otis sabe que soy un vampiro, y él también es un vampiro y mató a mis padres y al señor Craig, ¡así que tenemos que marcharnos de aquí! Podríamos volar a algún lugar, ¿qué tal Bahamas? ¿O Australia? Que sea un sitio soleado.

Nelly lo escuchó con atención, después cogió su jersey y le susurró algo a una de las otras enfermeras. Lo sacó por la puerta y antes de hablar, respiró hondo.

—Venga, tranquilízate, Vladimir. Pareces muy angustiado. Cuéntame eso de que el señor Otis conoce tu secreto.

Caminaron calle abajo, hacia su casa, y Vlad inició su exposición. Repitió todo lo que ya le había dicho durante la noche de la cena, pero esta vez le mostró la nota que le había escrito en su trabajo. Cuando hubo concluido, Nelly parecía más preocupada que asustada.

—¿Dónde está el señor Otis ahora? Debería hablar con él, aclarar las cosas. Acusar a alguien de ser vampiro sin tener pruebas es algo muy raro, ¿no crees? —Lo miró por el rabillo del ojo, pero Vlad se encogió de hombros.

Prosiguieron en silencio hasta su casa. Cuando llegaron, Nelly dijo:

—Vamos a solucionar esto ahora mismo, cariño. No te preocupes.

Vlad alzó los ojos hacia su casa. El señor Otis estaba en el jardín, cerca del porche. El joven vampiro apretó el brazo de su tía y se detuvo, pero Nelly tiró de él, como si sus temores no tuvieran sentido. Sonrió al profesor, pero este no le devolvió la sonrisa.

—Señor Otis, creo que tenemos que hablar. Según parece Vlad está disgustado por algo que ha escrito en su trabajo.

El profesor no apartaba los ojos de su alumno. Estaba pálido y apretaba las mandíbulas. Tenía los ojos hundidos, como si necesitara descansar o alimentarse, o las dos cosas. Asintió lentamente e hizo un gesto hacia la puerta, como si actuar como un educado caballero bastara para hacer olvidar sus crímenes.

Vlad se apartó de su tía y permaneció con los pies firmemente pegados a la acera. Nelly le dedicó una mirada comprensiva.

—Vamos dentro, Vladimir. Hablemos. Después te sentirás mejor, lo prometo.

Otis se acercó un poco, pero a pesar de su miedo, Vlad no se apartó.

—Sí, Vladimir, entremos. ¿No querrás que todo el mundo se entere de tus secretos, verdad?

Vlad no dijo nada. En su mente, la imagen de aquellas palabras escritas en su trabajo, el sombrero de Otis en casa del señor Craig y el recuerdo de los cuerpos de sus padres reducidos a cenizas se sucedían como en una agenda Rodolex llena de ideas mórbidas.

Nelly entró en la casa, probablemente con la esperanza de que Vlad se rindiera y la imitara. Él se resistió hasta que vio que Otis también pasaba. Cuando Vlad por fin cedió, escuchó la voz del profesor en el cuarto de estar.

—Se acabó el juego. Ya estoy harto de perseguirlo para que me escuche. Ahora me vais a oír los dos, y ya me encargaré después de hacer lo que sea necesario.

Vlad asomó por una esquina. Nelly estaba sentada en el sofá y Otis caminaba arriba y abajo frente a ella. Su tía parecía hipnotizada.

Otis ladeó la cabeza y señaló la silla.

—Siéntate, Vladimir.

Vlad miró de reojo la puerta y luego las escaleras. Podría escapar, pedir ayuda, llamar a la policía y explicarles que su profesor se había vuelto loco. Pero seguramente Otis mataría a Nelly y le diría a todo el mundo que él era un vampiro. A pesar de que detestaba tener que escuchar a aquel criminal, sabía que no tenía escapatoria. Se sentó en la silla y observó a Otis atravesar la habitación en silencio varias veces.

—¿Dónde está el libro? —El señor Otis se inclinó sobre él y, aunque hacía calor en la habitación, Vlad creyó ver vaho en el aliento que se escapaba de la boca del profesor. Miró el libro de cubierta de cuero que descansaba sobre la mesita de café, donde lo había dejado. Otis siguió su mirada y en unas zancadas se hizo con el libro —. ¿Hasta dónde has leído?

Vlad negó con la cabeza, confesando no saber nada de su contenido.

—No he leído nada. Está escrito en un lenguaje extraño. —Se encogió de hombros y añadió—: Ni siquiera estoy seguro de que sea un lenguaje.

El señor Otis pestañeó y lo contempló atónito. Luego miró el libro que sostenía entre sus manos y de nuevo a Vlad. Apretó el volumen contra su pecho y comenzó a caminar de nuevo por la habitación.

—¿Tu padre nunca te enseñó el código elysiano? ¿El lenguaje vampírico? —le preguntó.

Vlad apretó los labios desconfiado.

—¿Qué sabes tú de mi padre?

La potente voz del señor Otis reverberó en la habitación.

—¿Te enseñó el código?

—No tengo ni idea de lo que habla. —Vlad miró a Nelly, que negó con la cabeza, indicando que ella tampoco sabía nada. No le sorprendió que así fuera. Su padre había sido muy reservado con respecto al mundo vampírico. Según parecía, extremadamente reservado. Bajó los ojos hacia el libro que el señor Otis sostenía entre sus manos.

El profesor lo agarraba ahora con menos fuerza.

—Así que no lo conoces. —Bajó la voz tanto que Vlad tuvo que esforzarse para escucharlo—. ¿Alguna vez Tomas os habló de Elysia? ¿Del mundo de los vampiros?

Vlad le dedicó al profesor una mirada furiosa, y de pronto sintió que una ola de

ira le recorría todo el cuerpo. Podía verse mordiendo a su profesor en el cuello, clavándole los colmillos en la carne como si fuera una fruta madura hasta que sus fluidos le llenasen la boca y le colmaran el estómago. Quería saborear la sangre del señor Otis y comenzaba a no preocuparle el hecho de herir a una persona. Cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir, ya más tranquilo. Puede que aquel hombre fuera un monstruo, pero él no.

—¿Por qué me haces tantas preguntas? Yo no sé nada. Déjanos en paz. —Lo miró desafiante, pero su profesor parecía absorto en sus pensamientos.

Sus ojos estaban como congelados, fijos en el espacio que había entre los pies de Vlad.

—Veo lo que piensas como si se tratara de una película. Te habló de Elysia, pero como si fueran leyendas, cuentos de hadas para dormir. Y te contó muy poco. De hecho, se reservó casi todo, hasta el nombre, y te dejó solo con imágenes falsas grabadas en tu imaginación.

Otis negó con la cabeza mientras alzaba los ojos para encontrarse con los de Vlad.

—El diario.

Otis abrió la boca y mostró sus colmillos, arrancando un grito ahogado de Nelly.

—Tu padre era un delincuente, Vlad. Dejó Elysia por amor a tu madre. Revelar datos sobre los vampiros es un delito, pero peor aún es tener relaciones románticas con un humano. Los que cometen estos crímenes son perseguidos y lo pagan con su vida.

Aunque luchó con todas sus fuerzas, una lágrima logró abrirse paso y deslizarse por su mejilla. Vlad no quería llorar. No allí, delante del asesino de sus padres, no cuando estaba a punto de morir él también. Intentó apartar la mirada de los colmillos de Otis, pero relucían en la suave luz, exigiendo atención. Junto a él, Nelly temblaba en el sofá mientras murmuraba cosas que Vlad no lograba comprender. Miró a su profesor a los ojos.

—Así que por eso mataste a mis padres. Pero ¿por qué al señor Craig? ¿Y por qué nosotros? Nosotros no hemos quebrantado ninguna ley.

El señor Otis se detuvo como si Vlad le hubiera pateado el pecho.

—¿Es eso lo que piensas? No, Vlad. Yo jamás... Nunca te mataría. Jamás haría daño a un miembro de la familia. —Los colmillos de Otis se retrajeron ligeramente. Contempló a Vlad con ojos temblorosos—. Vladimir, soy el hermanastro de Tomas. Tu tío.

—¿Qué? —Vlad lo miró atónito, intentando encontrarle el sentido a las palabras que su profesor había pronunciado, pero sin conseguirlo. Lo que el señor Otis había dicho era una locura.

Nelly miró nerviosa a su sobrino y al profesor.

—¿Mi tío? —dijo Vlad—. Pero tú mataste a mis padres y al señor Craig.

—Yo no he hecho tal cosa.

—Entonces, por amor de Dios, ¿por qué nos has asustado así? —dijo la tía Nelly.

Vlad miró al señor Otis, esperando su respuesta.

Otis se volvió hacia Nelly y luego miró al chico mientras extendía las manos con las palmas hacia arriba como si suplicara perdón.

—Lo siento. No era mi intención asustaros. Tenía que hablar contigo, pero siempre que lo intentaba, salías corriendo. Necesito que me cuentes lo que sabes sobre Tomas y Mellina, y qué les sucedió exactamente.

Miró de nuevo por la ventana y luego se sentó en el sofá. Apoyó los codos sobre las rodillas y se apartó con los dedos el pelo de la cara.

—Me sorprendió descubrir que habían muerto. De hecho, después de que el señor Craig desapareciera, me ofrecí a cubrir su puesto con la intención de encontrarte, Vlad. Creía que si daba contigo, descubriría también a Tomas. Nunca tuve intención de hacerte daño a ti o a tus padres. Solo esperaba protegeros de la sed de venganza de Elysia.

Cuando Vlad vio que las lágrimas empapaban sus mejillas, se sintió pequeño e insignificante. El hombre que había creído un monstruo era más valiente que él. Lo bastante para llorar.

Nelly se puso de pie y atravesó la habitación para posar una mano de consuelo sobre el hombro del profesor.

—No sabemos qué sucedió. Su muerte fue un accidente. Un terrible misterio.

Vlad sintió un nudo en la garganta y apartó la imagen de sus padres de su mente.

—¿Dónde está Elysia?

Otis suspiró.

—Por todas partes. Elysia no es un lugar que uno pueda visitar, Vlad. Así es como llamamos a la sociedad vampírica. Coexistimos con tu mundo, eso es Elysia. El Consejo se reúne en Stokerton. —Dio unos golpecitos sobre la cubierta del libro y se lo devolvió a Vlad—. Todo lo que necesitas saber está aquí. Yo te puedo enseñar el código, si quieres. Pero más adelante, cuando haya pasado el peligro. —Sus ojos se fijaron en la puerta, como si algo terrible estuviera a punto de entrar por ella en cualquier momento.

Vlad cogió el libro con ambas manos. En su mente se agolpaban un millón de preguntas.

—Pero vi tu sombrero... y ese símbolo...

—Necesito que confíes en mí, Vladimir. Yo quería a tu padre. Éramos más que hermanos, éramos amigos. Sufrí mucho cuando se marchó, cuando eligió a tu madre por encima de Elysia, pero así lo quiso y yo respeté su decisión.

Se subió la manga y alzó la muñeca para que los dos la vieran bien. Vlad se estremeció al contemplar el tatuaje. Sentía remordimientos por haber acusado a su tío de ser un asesino. Cuando Otis giró la muñeca, el símbolo relució ligeramente, como el glifo que él y Henry habían descubierto en el estudio de su padre, y como el que había en el libro que sostenía entre sus manos.

—Este es mi símbolo, ni nombre en el código elysiano. Cuando un vampiro jura

proteger a alguien, dejamos nuestro símbolo en algo que pertenezca a esa persona. Se llama «marcaje» y sirve como aviso, ya que si alguien se atreve a hacer daño a la persona protegida, recibirá el mismo tratamiento a manos de aquel que juró protegerla. Los vampiros estamos ligados por el honor. Los marcajes se toman muy en serio. Tu padre marcó al señor Craig para protegerlo. Grabó su nombre en su porche, al igual que yo te marqué a ti, grabando el mío en la caja de tu vestidor. Desgraciadamente, alguien ignoró la marca de tu padre.

—¿Quién mató al señor Craig? —murmuró Nelly.

—D'Ablo, aunque no sé todavía el porqué. Podía haberse alimentado de cualquier otro ciudadano de Bathory, de hecho lo hizo, también mató a una mujer joven. Pero no entiendo por qué eligió a un hombre marcado por tu padre. Quizá esperaba enfadarlo para que saliera de su escondite, pues toda Elysia cree que sigue vivo y oculto en algún lugar.

Otis se acercó a la ventana y apartó las cortinas unos centímetros. Ya había anochecido fuera y circulaba una extraña electricidad en el aire, como si se acercara una tormenta.

—¿Y quién es D'Ablo? —preguntó Vlad.

Amenti, que por lo general era muy cariñosa, se lanzó contra el cristal y siseó a la oscura figura que se aproximaba a la puerta del jardín. Vlad también saltó de su asiento y miró por la ventana. El corazón le iba a mil.

—Ese es D'Ablo —respondió Otis—. El presidente del Consejo de Elysia. Seguro que lo recuerdas, Vlad. Me viste hablar con él desde tu escondite en el árbol la otra noche.

Vlad se sonrojó al darse cuenta de que lo habían pillado. Nelly murmuró algo parecido a «Castigado».

Otis cerró las cortinas y se apartó de la ventana.

—Tenemos que esconderte. D'Ablo quiere llevarte a Elysia, pretende castigarte por los delitos de tu padre, por existir.

El corazón le dio un vuelco en el pecho y luego continuó con su ritmo desbocado.

—Me puedo esconder en el desván.

—Te acompañaré —dijo Otis—. D'Ablo no debe verme.

Corrieron escaleras arriba, hacia el desván, y cerraron la puerta tras ellos. Otis se sentó en el suelo y cerró los ojos.

—¿Y qué pasa con Nelly? —preguntó Vlad.

—Shh, intento concentrarme, Vlad.

—Pero ella sigue abajo...

Otis mantuvo los ojos cerrados. No contestó, así que Vlad supuso que no compartía sus preocupaciones. Proyectó su mente escaleras abajo y entró en la de Nelly, pero allí solo vio un conjunto de imágenes borrosas y mucha confusión.

Cuando dejó a su tía, miró a Otis.

—¿La estás aturdiendo?

Su tío frunció el ceño irritado.

—Intento que crea que no sabe nada ni de ti ni de mí. Eso la protegerá de D'Ablo. Y ahora cállate.

De repente, Otis abrió mucho los ojos y miró a Vlad.

—Se la ha llevado.

El significado de aquellas palabras no había calado aún en la mente de Vlad cuando Otis ya bajaba por las escaleras y corría hacia la puerta. El joven vampiro salió tras él, llamando a su tía. Cuando llegó a la puerta, encontró a Otis desplomado junto al marco, mirando a la oscuridad. Vlad tragó saliva.

—¿Dónde está?

—Se la ha llevado a Elysia. Sin duda la utilizará como cebo.

A medida que la ira hervía en su interior, Vlad sintió que sus colmillos se abrían paso a través de las encías y se extendían en toda su longitud en solo unos segundos. Miró más allá de Otis, a la oscuridad del exterior. Su corazón le golpeaba con fuerza las costillas.

—Vamos. —Pasó por delante de su tío y avanzó hacia la acera mientras sus ojos escaneaban el horizonte en busca de alguna señal de D'Ablo y Nelly.

Otis se acercó y posó una mano sobre su hombro.

—¿Adónde crees que vas?

—A Elysia. Vamos a salvar a mi tía.

Una terrible mirada de preocupación ensombreció el rostro de Otis.

—Vladimir, eso es justo lo que quiere.

Vlad sumergió la mirada en la noche, con los ojos llenos de determinación.

—Pues es lo que tendrá.

## Elysia

Otis sonrió incrédulo, pero la mirada furiosa de Vlad le heló la sonrisa en el rostro.

—Si hablas en serio, iremos. ¿Dominas ya tus habilidades animórficas?

El joven vampiro contestó a la pregunta de la única forma que podía. Con una mirada de desconcierto total.

Otis suspiró.

—Vale, así que nada de volar. Tendremos que ir en coche, pero necesitaremos un lacayo que vigile el vehículo, ¿tienes uno?

Vlad lo miró de nuevo atónito y, en su confusión, sus colmillos comenzaron a replegarse.

—¿Un qué?

—Un lacayo. —Otis esperó a que en los ojos de Vlad brillara una chispa de reconocimiento, pero como no la vio, volvió a suspirar, frustrado—. ¿Tienes algún humano al que puedas controlar? ¿Alguien que obedezca tus órdenes, que cumpla tus deseos sin mucho esfuerzo?

Vlad se mordió el labio inferior, sin darse cuenta de que los colmillos aún sobresalían un poco. Se limpió la sangre rápidamente.

—Pues, supongo que Henry. —Estaba seguro de que a Henry no le haría ninguna gracia que se refirieran a él como lacayo humano de un vampiro, pero él fue la primera persona que se le ocurrió. Se rascó la cabeza y los colmillos se replegaron por completo—. Pero no hace todo lo que le pido.

Otis alzó una ceja.

—¿Le pides o le ordenas?

Vlad lo miró desconcertado, sin saber muy bien adónde quería llegar su tío.

—Es mi amigo, le pido.

—La próxima vez, dale órdenes. Los lacayos no pueden resistirse a la voluntad de sus señores. Llámale. Dile que nos espere en mi coche, dentro de una hora. —Otis parecía decidido, casi hambriento. Aquella idea le hizo estremecer.

—¿Por qué no vamos ahora?

Otis dio media vuelta y se adentró por el pasillo. Su sobrino casi tuvo que correr para alcanzarlo.

—Porque antes tenemos que alimentarnos.

Vlad lentificó sus pasos.

—El congelador está lleno. ¿Adónde vas? —Conocía la respuesta, pero no quería escucharla.

Su tío se detuvo y lo miró como si fuera el crío más idiota del mundo.

—A buscar un humano. Tenemos que alimentarnos, Vlad.

—¿De una... persona? —El estómago le dio un vuelco cuando la última palabra salió de su boca. De hecho tenía ganas de vomitar. La sangre estaba rica, pero aquellos eran sus vecinos, y no quería ni pensar en cómo lo mirarían en las próximas fiestas del pueblo si lo pillaban in fraganti. Lo señalarían mientras susurraban: «¿No es ese el chaval que se comió a Billy?».

Ni hablar.

—Te comportas como si nunca lo hubieras hecho antes.

—Porque no lo he hecho nunca. —Vlad bajó la vista hacia el agujero de su zapatilla. Se sentía avergonzado, pero no estaba seguro de por qué.

Su tío parecía sopesar diferentes opciones mientras observaba a una mujer con ropa deportiva azul celeste pasar corriendo. Se volvió hacia Vlad y luego miró a la mujer de nuevo.

—¿Nunca has tomado sangre de la fuente?

Vlad pensó en contarle lo de Henry, pero al final decidió no hacerlo.

—Solo me alimento de sangre embotellada o en bolsa.

Su tío abrió los ojos atónito.

—Entonces tus padres...

—Mi padre siempre decía que había que llevar una vida lo más normal posible.

—Eso no es normal, Vlad. —Otis le apretó el hombro con suavidad—. Ningún vampiro debería vivir así, y dudo que tu padre siguiera esa misma regla. El hambre es irresistible. Al final te acabarás alimentando de alguien. No se puede evitar.

Vlad dio un paso atrás, dejando a Otis con la mano extendida y una mirada de sorpresa en el rostro. Puede que su tío fuera un vampiro experimentado y con mundo, pero no tenía ni idea de lo que había hecho Tomas cuando abandonó Elysia definitivamente. Su padre se había alimentado como él, de sangre en bolsas. Vlad lo sabía, lo había visto.

Entornó la mirada.

—¿Que no? —respondió. Dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la casa.

Al principio no escuchó a Otis a sus espaldas, y casi esperaba que saliera corriendo detrás de la mujer, pero entonces percibió sus pisadas como un eco de las suyas. Vlad sonrió triunfante. Aquella noche cenaron sangre en bolsa.

Una hora después, Vlad llamó a Henry a su móvil. Su amigo caminó hasta la puerta principal y lo saludó con una mirada de preocupación.

—¿Qué pasa? ¿Qué hace el señor Otis en tu jardín?

Su tío estaba colocando la mochila de Vlad, llena de bolsas de sangre, dentro del maletero. Estaba convencido de que las iban a necesitar. Alzó la vista hacia el chico y dijo:

—Ven aquí, lacayo. Ayúdame a preparar el coche. Tenemos que irnos.

Vlad se encogió. Henry miró a Vlad.

—¿Qué me ha llamado?

—Ni caso. Ya te lo explicaré todo luego. Tú ayúdalo, ¿vale? Se han llevado a mi tía. Debemos salvarla. —Henry asintió. Había duda en sus ojos, pero corrió a ayudar a Otis con el coche.

Vlad sonrió satisfecho. Puede que lo de tener un lacayo no estuviese tan mal, después de todo... Se había dado cuenta de que los libros del insti parecían ser más pesados con cada año que pasaba... Además estaban las montañas de deberes que les mandaban.

Subieron al coche. Henry se sentó detrás, Vlad delante y Otis en el asiento del conductor. Mientras salían del pueblo, el joven vampiro miró a su tío y se aclaró la garganta.

—Así que... viniste a Bathory para proteger a mi padre, no a llevarlo de nuevo a Elysia, ¿es eso?

Otis le dedicó una breve sonrisa a su sobrino y luego se concentró en la carretera.

—Sí. El Consejo estuvo de acuerdo porque soy el único al que tu padre se habría rendido. Por supuesto no sabían que mi intención era avisarle, no atraparlo.

—¿Cómo llegamos allí? —preguntó Vlad—. A Elysia, quiero decir.

Para su asombro, escuchó a Henry roncar en los asientos de atrás. Su amigo era capaz de quedarse dormido de pie.

Las luces del salpicadero proyectaban un aura azul sobre el rostro de Otis, que no apartaba los ojos de la carretera.

—¿Te has fijado en que los libros de historia no dicen quién inventó el concepto de ciudad, Vlad? Hay varias teorías, sí, y todas hablan de los egipcios, los griegos y los romanos, pero en realidad los historiadores no saben de quién fue la idea, no saben quién diseñó las áreas metropolitanas. Por lo menos los historiadores humanos no.

Vlad alzó una ceja.

—¿Estás diciendo que los vampiros inventaron las ciudades?

—Por supuesto. ¿Qué mejor lugar para ocultarse que el corazón de una gran urbe, donde los edificios siempre están llenos, da igual la hora del día, y donde viven muchas personas en una zona relativamente pequeña y cualquier muerto se contabiliza como una baja más? —Sonrió, evidentemente orgulloso de su raza—. Además inventamos el latín, el ajedrez y la PlayStation.

Vlad se agitó en su asiento. Lo del latín y el ajedrez tenía un pase, pero ¿la Play? ¡Por favor!

—Yo creía que había sido idea de Sony.

—¿Y quién crees que dirige Sony? —Otis alzó una ceja y lo miró en la oscuridad. El joven vampiro rio a pesar de la tensión.

Apoyó la cabeza contra la ventana y durmió un rato hasta que el coche se detuvo

frente a un edificio de oficinas de trece plantas en el centro de Stokerton, a una hora al norte de Bathory. Se frotó los ojos y se volvió hacia Henry, que aún roncaba en el asiento de atrás, y le dio una palmada en la rodilla. Otis abrió la guantera y sacó una pequeña pistola de agua. Se la ofreció a Henry con una mirada de verdadero terror en los ojos.

—Esto es zumo de ajo puro. Si alguien se acerca al coche, rocíalo. No escuches nada de lo que te digan ni dejes que nadie se acerque a ti. Tú rocíalos y luego sube la ventanilla. Mantén las puertas cerradas hasta que me veas a mí, a Nelly o a Vladimir. —Se dispuso a abrir la puerta, pero entonces miró a Henry de nuevo—. Y no nos mojes ni a Vlad ni a mí. Nos provocaría una herida extremadamente dolorosa y si se nos mete en la boca o en algún corte, podría matarnos. Ten mucho cuidado, lacayo.

Después de que Otis saliera del coche, Henry agarró a Vlad por la manga.

—¿Por qué me llama así?

Vlad suspiró. Aquella no era una conversación que quisiera tener mientras su tía estaba en manos de a saber quién.

—Ya te lo explicaré luego. Ahora tú siéntate aquí, y estate atento por si aparece alguien con pinta sospechosa, ¿vale?

Henry asintió y se acomodó de nuevo en su asiento con la pequeña pistola de agua apretada contra el pecho. Parecía un Rambo en versión infantil, preparado para conquistar el mundo.

Vlad salió y siguió a su tío a través de las puertas giratorias.

—¿No se enterarán de que estamos aquí si entramos por la puerta principal?

—Ya saben que estamos aquí. —Otis atravesó la puerta y echó una mirada al coche.

Vlad no había tenido tanto miedo en toda su vida.

El ascensor olía a una extraña mezcla de canela y alfombra mohosa. Un hombre mayor y una señora vestida con un traje azul marino, con el pelo recogido en un apretado moño, entraron después. Otis sonrió levemente mientras contemplaba el panel con los botones numerados. El ascensor comenzó a moverse y los subió varias plantas. Cuando se detuvo, el hombre salió. Otis se inclinó sobre la mujer con una mirada coqueta que decía «Permítame». Oculto en la madera, junto al panel, había un glifo. Lo tocó y el símbolo se iluminó.

Los ojos de Otis no cambiaron de color.

El panel se deslizó y reveló otro juego de botones. Otis presionó el que decía «recepción» y la mujer le dio al cuatro. El ascensor comenzó a descender y cuando llegaron a la cuarta planta, la extraña mujer salió sin decir ni una palabra. Otis se apoyó sobre la barandilla.

—No esperabas esto, ¿a que no?

—No. Esperaba algo con murciélagos y una lúgubre luna flotando en el cielo.

Otis alzó las cejas y rio. La puerta del ascensor se abrió y les descubrió un lujoso salón con suelos de mármol pulido, sofás negros de piel y un gran reloj de pie apoyado contra una lejana pared. Caminaron hasta el mostrador, donde su tío mantuvo una breve y discreta conversación con la recepcionista. Después se sentaron en uno de los sofás y esperaron... ¿a qué?, Vlad no estaba seguro. Una versión de instrumental de *Who let the dogs out?* sonaba a través de altavoces invisibles a su alrededor.

—¿No te parece esto demasiado «empresarial»?

Otis unió las manos sobre su regazo y ladeó la cabeza.

—¿A qué te refieres?

Vlad le dedicó una mirada de incredulidad, pero su tío no reaccionó.

—Me refiero a que ¿no te parece un poco raro que nos adentremos por la noche en un mundo donde los vampiros son la norma, solo para acabar en la recepción de un gran edificio tamborileando con los dedos en un sofá? —Su tío lo miró sin comprender muy bien qué quería decir. Vlad se hundió en su asiento y cruzó los brazos—. Es igual. Me parece raro, nada más.

—Creo que has visto demasiadas películas.

La exuberante pelirroja del mostrador se puso en pie e hizo una señal con la cabeza a Otis.

—Señor Otis, ya pueden pasar. —Y se volvió a sentar de nuevo, no sin antes guiñarle un ojo a Vlad.

Su tío se puso en pie y se limpió el polvo invisible de los pantalones antes de señalar las enormes puertas dobles a la izquierda del mostrador de recepción.

—¿Vamos?

Vlad tenía un mal presentimiento, pero se incorporó de todas formas y atravesó las puertas.

Aparecieron en una sala mucho más oscura y apropiadamente lúgubre. Grandes alfombras de seda cubrían el suelo y ventanas altas y estrechas marcaban el camino a través de la sala, hacia la mesa en el otro extremo. Seis hombres y tres mujeres estaban sentados de cara a la puerta. Entre ellos y Vlad solo se interponía una pulida mesa negra. A sus espaldas había una enorme y reluciente chimenea, también negra.

Otis cogió a Vlad del brazo y lo arrastró hacia el grupo allí reunido. Sus dedos le apretaron brutalmente la carne cuando lo zarandeó y lo lanzó hacia delante.

Vlad tropezó y cayó al suelo, desde donde lanzó una mirada de incredulidad a su tío.

Este echó los hombros hacia atrás con orgullo.

—Como se me pidió, aquí os traigo al hijo de Tomas Tod.

El vampiro alto sentado en el centro miró a Vlad a los ojos. Este lo reconoció al instante como el hombre de negro. Otis lo había llamado D'Ablo.

—Agradecemos mucho tus esfuerzos, Otis. Aunque los resultados se han hecho esperar.

—Lo siento, señor presidente. Tardé más de lo esperado en localizar al chico. Y tenía que asegurarme de que era el hijo de Tod antes de traerlo. Mi intención era dar con Tomas antes, para complacer al Consejo con un inesperado final a nuestra cacería, pero el chico es listo. —Otis dirigió la mirada hacia Vlad y negó con la cabeza—. Muy parecido a su padre. Me temo que localizar a Tomas llevará todavía más tiempo.

Vlad miró a Otis, paralizado donde había caído. ¿De qué estaba hablando? Su padre estaba muerto. Y él lo sabía.

D'Ablo deslizó unos papeles hacia una de las mujeres, que comenzó a tomar notas sobre cada una de las hojas.

—Lo encontraremos pronto. Muy pronto, con la ayuda de su hijo.

Vlad abrió la boca para hablar, pero su voz sonó como un débil susurro.

—Pero si mi padre está muerto...

D'Ablo hizo una señal con la cabeza a Otis.

—Has cumplido. Como recompensa te puedes quedar con la tutora del chico. Ya no necesitamos más a esa tal... —Consultó uno de los papeles que tenía frente a él—: Nelly.

Vlad se puso en pie. Sentía las piernas como si fueran de gelatina. Miró de nuevo a su tío, esta vez con ansiedad.

—¿Otis?

Pero el vampiro no le devolvió la mirada. Sus ojos estaban fijos en D'Ablo.

Vlad contempló con horror que las comisuras de la boca de su tío se elevaban en una sonrisa.

Lo cogió de la manga, pero Otis se soltó de un manotazo.

—¡Eh! ¡No! ¡Eres mi tío! ¡Se supone que tienes que ayudarme!

Aparecieron unos brazos de ninguna parte que lo sujetaron por los hombros y lo inmovilizaron.

Otis se giró hacia las puertas dobles sin tan siquiera echar la vista atrás.

Vlad luchó contra los guardias tanto como pudo. Sacudió los hombros, pero estos lo agarraron de los brazos y lo levantaron del suelo. Sus ojos rebosaban odio y los colmillos casi saltaron de sus encías.

—¡Otis! ¿Qué te pasa? ¿Cómo me haces esto?

Su tío se detuvo. Dio media vuelta y se acercó a Vlad con la boca torcida en un gesto de desprecio.

—¡Vladimir! ¿Y cómo no? Este es mi hogar, mi familia. Tú no eres más que el error que cometió mi hermano.

Por las mejillas de Vlad corrían lágrimas abrasadoras. Bajó la voz, esperando que el hombre que pensaba que era Otis, el hombre que quería que fuera, lo escuchara y pusiera fin a aquella locura.

—No le hagas daño, por favor, no le hagas daño a Nelly.

Otis abrió la boca, mostrando sus relucientes colmillos, y se volvió hacia la

puerta. En diez pasos había desaparecido: un traidor a punto de cometer un asesinato.

D'Ablo carraspeó.

—Vladimir Tod... te he buscado durante mucho tiempo. No eres una persona fácil de encontrar, aunque supongo que eso ya lo sabes.

El pecho del chico se estremecía con cada latido de su corazón. Miraba la puerta, deseando que Otis volviera y arreglara aquello. Pero el pomo permanecía aterradoramente inmóvil.

—Sobre todo porque cuentas con ayuda. Bien... ¿quién te ha ayudado a ocultarte de Elysia, joven?

Vlad se enjugó las lágrimas con una manga. Necesitaba tiempo, tiempo para pensar qué iba a hacer. Cuando se dispuso a hablar, la voz se le quebró.

—Nadie. Y no me escondía. Ni siquiera sabía que existíais hasta hace poco.

D'Ablo negó con la cabeza lentamente, incrédulo, con una sonrisa de desprecio en los labios.

—Seguro que sabías que había más vampiros.

Vlad contó los que había allí. Trece, incluyendo a los guardias. Quizá pudiera librarse de los dos que lo sujetaban y salir corriendo. Pero ¿y luego qué? Lo máximo que su mente aturdida alcanzaba a imaginar eran escenas muy parecidas a un episodio de Scooby-Doo.

—No, no lo sabía. No hasta hace unas semanas. Siempre creí que era el último.

D'Ablo rodeó la mesa. Cogió a Vlad por la barbilla con su mano enguantada y examinó su rostro con atención.

—Tu aspecto es como el que suponía tendría tu padre cuando era un niño. Los mismos ojos... el pelo, sí. Imagino que cuando crezcas serás muy parecido a él.

Regresó a la mesa y dijo con voz profunda y clara:

—Si no te castigamos, seguramente seguirás los errados pasos de tu padre.

Vlad negó con la cabeza.

—¿Castigarme? Pero yo no he hecho nada.

Los ojos de D'Ablo brillaron de indignación.

—Tu padre es un hombre inteligente, joven Vladimir, y se ha ocultado de este Consejo durante más de catorce años. Confiesa dónde está y quizá vivas. ¿Dónde está Tomas Tod?

Vlad apretó los labios, negándose a mirar a los ojos a su interlocutor. Dentro de su cabeza sintió un sutil empujón y relajó la mente.

El vampiro repitió la pregunta, su voz era suave y persuasiva.

—¿Dónde está Tomas Tod?

Vlad escuchó otro ruido en la habitación. Se parecía mucho a su voz, pero no recordaba haber separado los labios para hablar. Sin embargo, la voz dijo:

—Está muerto.

El vampiro asintió antes de intercambiar miradas con sus colegas. Tras llegar a algún tipo de conclusión señalada por asentimientos y murmullos, el Consejo

despidió a Vlad. Los guardias tiraron con fuerza de sus brazos y lo condujeron hacia otras puertas dobles. El chaval sintió que la calma temporal que lo había dominado se desvanecía y luchó contra sus captores.

—¿Adónde me lleváis?

Las puertas dobles se abrieron y descubrieron a Otis. Tenía el cuello de la camisa descolocado y se relamía la sangre que le asomaba a los labios. Vlad se revolvió, horrorizado.

—¡La has matado, monstruo, has matado a Nelly!

Se lanzó hacia delante con ayuda de las piernas y consiguió desequilibrar a los guardias. Se vio libre, y corrió hacia Otis con el puño en alto.

Su tío cerró la mano sobre la muñeca de Vlad y lo hizo girar sobre sí, deteniendo el ataque. Lo inmovilizó y le habló con un tono helador, sus labios a solo unos centímetros de la oreja.

—Vamos, Vladimir, ¿no querrás herir a tu tío, verdad?

D'Ablo sonrió y anotó algo en uno de los papeles que había sobre la mesa.

—Lleva al joven Vladimir a la empalizada, Otis. Ya sabes lo que tienes que hacer con él.

El vampiro cogió a Vlad por el cuello de la camiseta, y este no se resistió. Estaba demasiado cansado, demasiado triste y demasiado sobrepasado por los acontecimientos como para luchar. Lo único que quería era volver a casa, atiborrarse de las galletas de chocolate de Nelly y echar unas partidas a la Play con Henry.

Henry. ¿Qué habrá pasado con él? Supuso que Otis lo habría matado. El spray que le dio probablemente no tenía ajo. Seguramente solo era agua. A su pobre amigo también lo habían engañado. Por su culpa, las dos personas que más quería ahora estaban muertas.

Otis lo condujo por un oscuro y largo pasillo. Cerca del final había tres celdas con barrotes como las que Vlad había visto en las series de policías que Nelly veía los miércoles por la noche. Pero ya no habría más series de policías para su tía, ni más programas de entrevistas de madrugada, se acabaron los aperitivos y el té. Ya no habría más abrazos, que él fingía detestar, ni más charlas que simulaba soportar a duras penas.

No habría más Nelly.

Otis abrió la puerta de una celda y arrojó a Vlad a su interior.

El suelo estaba cubierto de heno, como si aquel lugar estuviera pensado para el ganado. Vlad se estremeció al imaginar a Nelly en aquel reducido espacio.

Su tío cerró la puerta, quedándose con él en la celda. Comenzó a caminar, observando el suelo y las paredes. Se volvió a Vlad con mirada hambrienta. Su voz sonó como un ronco susurro.

—No tienes ni idea de lo que está sucediendo aquí, Vladimir.

—Yo creo que sí. —Las lágrimas amenazaban con volver, pero Vlad las contuvo e intentó con todas sus fuerzas que no le temblaran las manos.

Otis caminaba arriba y abajo, como un animal listo para atacar.

—Sé lo que debes de pensar, pero tenía que hacerlo, no había otra opción.

—Pues ahora la tienes. No me mates, Otis. —Vlad miró a su tío a los ojos—. Por favor.

El vampiro cogió a Vlad por el hombro y lo zarandeó con fuerza.

—¿Es que no lo entiendes? Si el Consejo quiere que mueras, no se detendrá hasta conseguirlo. Solo hay una forma de que los dos salgamos de esta con vida.

Vlad se estremeció al darse cuenta de que sus súplicas no servirían para nada. No había forma de convencer a su tío para que no hiciera lo que tenía pensado desde el principio. Bajó la mirada al suelo. No quería que lo viera llorar otra vez.

En la esquina de la celda, en el suelo, había una placa cuadrada de metal. Prendida en el borde había una tira de tela. El jirón coincidía con el estampado de la camisa que llevaba Nelly cuando Vlad la había visto por última vez. A pesar de la rabia que sentía hacia Otis, el joven señaló la placa.

—¿Qué es eso?

—Es un dispositivo de descarga. Cuando se ha... terminado con el prisionero, se arroja el cuerpo por ahí. Desemboca en el incinerador. —La última palabra la pronunció con vergüenza.

Vlad sacó pecho. En el suelo había gotas de sangre fresca, sangre de Nelly. La mera idea le revolvió el estómago.

—¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido hacerle algo así? ¿Cómo has podido hacerme esto?

El rostro de Otis palideció. Alzó la mochila de su sobrino y la abrió, revelando las bolsas de sangre que había dentro. Tres estaban vacías. Su tío tenía la cara lívida mientras señalaba al suelo.

—Esa sangre no es de Nelly. Vladimir, estoy de tu lado.

Vlad lo miró atónito.

—Ya me estoy cansando de tus juegos, Otis. ¿Qué está pasando aquí?

El vampiro bajó la voz y se acercó. Vlad intentó no moverse, pero dio un paso hacia delante a pesar de todo. Otis frunció el ceño.

—Nelly está fuera, en el coche. He vuelto a por ti. La sangre era solo para engañar al resto de Elysia, para que crean que la he matado.

Vlad contempló las bolsas de sangre vacías y luego miró a su tío con recelo.

—¿Y qué pasa con lo de entregarme a los matones? ¿Y por qué dijiste... esas cosas tan horribles?

Otis sacó dos bolsas de la mochila y las abrió de un mordisco. Entregó la mochila a Vlad y comenzó a derramar más sangre por el suelo.

—Te pido disculpas por eso. Era solo una treta para ganar tiempo y salvar a tu tía... y a ti.

—¿Una treta? ¡Me podían haber matado! —El joven vampiro resbaló sobre el suelo mojado, pero recuperó el equilibrio antes de caer—. ¿Y qué pasa con Henry?

Otis exprimió bien las bolsas antes de meterlas de nuevo en la mochila y cerrarla.

—Está bien, pero será mejor que nos demos prisa. No soy precisamente alguien en quien D'Ablo confíe. Por eso fue él mismo a Bathory a buscarte. —Atravesó la celda y elevó la gran placa metálica, mientras miraba a Vlad con expresión acuciante —. Adentro.

El joven alzó una ceja.

—Me parece que no. Creo que D'Ablo y yo tenemos algo en común. Yo tampoco confío en ti. —Se encogió de hombros y se echó la mochila por encima del hombro —. Llámame cínico.

—No podemos perder el tiempo hablando. —El vampiro entró en el agujero y se deslizó por el conducto.

Vlad no dedicó mucho tiempo a sopesar sus opciones. Si se quedaba, los vampiros de Elysia seguramente lo matarían. Saltar a un incinerador después del loco que quizá acababa de matar a su tía tampoco era una gran alternativa... pero no había otra cosa. Se puso de rodillas y se metió con los pies por delante. Hizo fuerza con las zapatillas contra las paredes del conducto metálico para reducir la velocidad y se detuvo justo antes de chocar con Otis, que se había detenido unos metros por delante.

—Me alegro de verte. —Su voz, aunque en susurros, reverberó hasta Vlad—. Por aquí.

El vampiro elevó una pequeña rejilla y desapareció. El joven se deslizó por el hueco tras su tío. Estaban en un conducto de ventilación y avanzaban lentamente, ya que Otis apenas cabía. Tras recorrer unos metros, el túnel se ensanchó y desapareció el metal, por lo que Vlad acabó arrastrándose sobre tierra y piedras.

Aquello parecía que no tuviera fin, al menos esa era la sensación que tenía el joven, que reptaba sobre su estómago en la oscuridad por una superficie áspera y rocosa, sin saber hacia dónde se dirigía. Otis iba medio metro por delante. Ninguno habló hasta que su tío abrió una trampilla redonda al final y la luz de la luna entró en el pequeño conducto.

—Tomas y yo cavamos este túnel antes de que abandonara Elysia, cuando él todavía era vicepresidente del Consejo.

Vlad salió detrás de Otis, y por fin sintió la tierra firme bajo sus pies. El vampiro miró a su alrededor, en busca del automóvil.

—Era un buen hombre, tu padre.

Henry estaba en pie, a la entrada de un callejón, moviendo los brazos. Vlad corrió hacia él, y su amigo miró de reojo a un coche cercano. Nelly estaba apoyada en él, con expresión asustada, conmocionada pero viva. Vlad redujo la marcha al pasar junto a su amigo, que le dio un ligero puñetazo en el brazo, y se acercó a Nelly con un suspiro de alivio. Era más que su tutora. Era su amiga y su familia. Si tenía a Nelly, todo lo demás daba igual, y sin ella, nada volvería a ser lo mismo. Su tía consiguió sonreír antes de que Vlad la abrazara. El joven notó un peso en el pecho. Sus ojos se inundaron de lágrimas. Había estado a punto de perderla. Casi se queda

huérfano... otra vez. Nelly lo besó en la frente muchas veces y Vlad lo agradeció. En silencio, juró protegerla de cualquier peligro mientras corriera sangre por sus venas.

Una fría y áspera carcajada resonó en el callejón.

—Vaya, qué bonita estampa.

Vlad se volvió para ver a D'Ablo escoltado por cuatro enormes guardaespaldas. El macabro vampiro sonrió con desprecio.

—¿De verdad pensaste que sería tan fácil escapar del pasado de tu padre, hijo? ¿Creíste que desconocía los absurdos intentos de Otis por ocultarte de mí? —Arrojó su abrigo negro al pavimento.

Otis miró a Nelly, que hacía señales a Henry para que subiera al vehículo. Intentó sujetar a su sobrino por el hombro, pero el joven se apartó.

D'Ablo dio un solo paso hacia delante, con los ojos fijos en los de Vlad.

Otis se interpuso.

—El chico no debe pagar por los delitos de su padre.

—Soy yo quien dirige el Consejo, Otis. Por lo tanto, yo decido sobre su destino.

—D'Ablo hizo un gesto de asentimiento a uno de sus guardaespaldas, que avanzó arrogante hasta Otis y lo cogió por un brazo.

El vampiro se revolvió. Su rostro estaba rojo de la rabia.

—¡No permitiré que le hagas daño! —Milagrosamente, Otis se libró del fortachón y se lanzó a por D'Ablo. El tiempo se lentificó mientras sus pies golpeaban en el asfalto.

D'Ablo contempló su avance con un aire divertido en los ojos. Cuando Otis estaba a solo unos centímetros, el presidente del Consejo sacó el brazo y lo golpeó en el rostro con tal fuerza que Vlad creyó oír cómo se fracturaban los huesos. Su tío cayó en brazos de los guardaespaldas, que lo dejaron sobre el suelo y lo inmovilizaron.

Ahora Vlad estaba solo frente a D'Ablo.

El joven vampiro miró a su tío herido y luego a D'Ablo. Su corazón comenzó a latir con fuerza y a ritmo constante. El gran vampiro relajó la mandíbula al volverse hacia Vlad, y la comisura de su boca se alzó en una media sonrisa. El chico se preguntó si también habría sonreído cuando mató a sus padres.

Apretó los dientes. Las lágrimas amenazaban con acumularse de nuevo en sus ojos, pero la visión de los puños cerrados de D'Ablo las mantuvo a raya. No solo se enfrentaba al asesino de sus padres, sino probablemente al suyo.

Tragó saliva y sacó pecho, intentando parecer más intimidante. Le temblaba un poco el labio inferior, revelando el miedo que sentía. Soltó un taco y miró a los fríos ojos de D'Ablo.

El presidente del Consejo acarició sus guantes, de brillante cuero negro, y sonrió, triunfal.

—Bueno, Vladimir, ¿unas últimas palabras antes de que ejecute tu sentencia?

Vlad no se movió. Apenas podía respirar, pero había pasado casi todo aquel curso

huyendo de abusones y ya estaba harto.

—Mi padre escribió sobre Elysia. Lo describió como un lugar de hermandad y camaradería. —Entornó los ojos—. No dijo que estuviera lleno de idiotas egoístas, vestidos con trajes cutres.

D'Ablo se detuvo. La postura era la misma, pero ya no sonreía. Sus colmillos brillaban a la luz de la luna.

—Al crecer lejos de Elysia, no has tenido la oportunidad de recibir una buena educación, y nadie te ha enseñado a temer a tus mayores, joven Vladimir. —Se acercó un poco más.

D'Ablo no podía estar más equivocado. Vlad sí que lo temía.

Con cada paso que daba el vampiro, el joven sentía su corazón acelerarse. Su pulso volaba al ritmo de sus pensamientos. Pero no estaba dispuesto a mostrar su miedo. Si sus escaramuzas con Bill y Tom le habían enseñado algo, era esto: que nunca sepan que estás asustado. Vlad resistió el impulso de huir y dijo:

—¡Oh, venga ya! Pero si todo tú eres un puro cliché. Apareces en un callejón oscuro, vestido de negro, rodeado de tíos como armarios... ¿qué vas a hacer a continuación? ¿Me vas a chupar la sangre? Solo lamento no haber traído el crucifijo, porque acabaríamos con esta tontería ahora mismo. —Echó un vistazo al callejón. Necesitaba un arma, algo con lo que defenderse durante el tiempo suficiente para coger a Otis, Nelly y Henry y salir de allí pitando.

D'Ablo gruñó y lanzó una mano hacia delante con un rápido movimiento que restalló en el aire.

La mejilla de Vlad explotó de dolor. Las palmas de sus manos golpearon la acera al caer al suelo.

El gran vampiro parecía satisfecho.

—Deberías vigilar esa boca, niño. Antes de que te la arranque de la cara.

Vlad se llevó la mano al carrillo con dedos temblorosos. Escupió sangre y alzó la vista hacia su atacante.

—Eres patético. Si Elysia está llena de gentuza como tú, mi padre hizo bien en largarse. —Metió las manos en los bolsillos delanteros. Un chicle y un lapicero roto... nada que pudiera utilizar.

D'Ablo echó una pierna hacia atrás y le propinó una patada en las costillas. Con fuerza.

Algo crujió y Vlad gritó.

Ahora el vampiro estaba inclinado sobre él, tan cerca, que el joven podía sentir su aliento en la piel.

—¿Vas a correr como tu padre? ¿O te quedarás a pelear?

Vlad se cogió el costado con una mano y dejó escapar un sollozo. Así que aquel era su final. D'Ablo iba a matarlo si no hacía algo pronto. Despacio, metió la mano en un bolsillo trasero de sus vaqueros. Las lágrimas amenazaban con aparecer de nuevo, pero las contuvo. La mejilla y la costilla rota parecían latir al mismo ritmo. En

su cabeza, repetía su viejo mantra: «Que no sepan que tienes miedo, que no sepan que tienes miedo». Aunque lo que dijo en voz alta, con un temblor en la voz, fue:

—¿Qué te pasa, D'Ablo? ¿Es que los demás vampiros se meten contigo? Por eso sientes la necesidad de pegar a alguien más pequeño que tú, ¿es eso, no?

Extrajo un objeto insignificante del bolsillo y lo miró. Era el cilindro negro que había encontrado en el desván.

D'Ablo abrió los ojos como platos y dio un paso atrás.

Vlad contempló el suave tubo y luego a su contrincante. No era posible que D'Ablo tuviera miedo de aquello, ¿verdad? No era nada, ¿no? Solo un juguete que había pertenecido a su padre. Probablemente fuera tan peligroso como una barra de cacao para los labios. Aun así, se sentía preparado para usar cualquier cosa. Lo sostuvo en alto, ante D'Ablo, que volvió a apartarse, esta vez tanto que Vlad comenzó a preguntarse adónde iba. Los hombres que tenían a Otis inmovilizado intercambiaban susurros aterrorizados.

—¿De dónde has sacado eso? —D'Ablo se había detenido. Miró con cautela a Vlad y luego de nuevo al objeto que sostenía en su mano.

El joven vampiro fingió conocer aquel cilindro y estar familiarizado con su uso.

—Es un regalo que me hizo mi padre antes de morir.

Los matones aparentemente habían llegado a la conclusión de que no merecía la pena morir por D'Ablo, ya que soltaron a Otis y se marcharon corriendo. Otis se puso en pie y se sacudió el polvo de la ropa, pero no dijo nada. Vlad se dio cuenta de que su tío tampoco se acercaba a él.

D'Ablo esbozó una sonrisa forzada.

—Es un instrumento fascinante. ¿Me dejas que le eche un vistazo?

Vlad apuntó el tubo hacia D'Ablo mientras se incorporaba. La costilla le dolía mucho y su voz tembló cuando dijo:

—¡Atrás!

Como si se le hubiera encendido una lucecita en la cabeza, D'Ablo se relajó visiblemente.

—¿O qué, Vlad? Un vampiro de verdad no apuntaría con un lucis a otro si no tiene intención de usarlo. Así que ¿me estás amenazando hasta que descubras cómo funciona o realmente conoces el poder que tienes entre manos? —Dio un paso hacia delante, sus colmillos eran largos y terribles. Sus ojos brillaban con hambre.

Vlad, aterrorizado, apartó la mirada del vampiro. Su respiración era rápida y entrecortada y el cilindro temblaba en su mano. En el extremo más cercano a él podía ver un símbolo, era como el que su padre se había tatuado en la muñeca y como el que decoraba la portada del libro.

Ahora D'Ablo avanzaba con paso decidido. La saliva hacía brillar la punta de sus colmillos.

Vlad apartó el sonido de sus pasos de su mente. Pensó en el libro y en el panel que vio en el armario de su padre. Los dos tenían un glifo, y cuando los tocó...

D'Ablo echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca tanto como pudo.

... cuando lo tocó, el glifo brilló. Pero no cuando lo hizo Henry. Era una protección vampírica, pensada para evitar que los humanos accedieran a aquellas cosas. Y si eso también tenía un glifo...

D'Ablo se lanzó a por él con la boca llena de saliva. Un grito grave, hambriento y gutural abandonó sus pulmones mientras caía sobre Vlad.

... quizá, quizá...

Vlad miró a Otis, que asintió al comprender lo que su sobrino estaba pensando sin tener que usar la telepatía.

El joven recorrió con el pulgar el glifo, que brilló con intensidad, y el cilindro vibró en sus manos. Lo sostuvo con firmeza. Una penetrante luz blanca salió del otro extremo, llenando el callejón con un resplandor deslumbrante. Vlad pasó de nuevo el pulgar por el glifo y cerró los ojos con fuerza. Cuando los volvió a abrir, la luz se había desvanecido, contenida una vez más dentro del pequeño cilindro negro.

D'Ablo estaba tumbado en el suelo, cogiéndose el estómago con las manos.

Bueno... más bien cogiéndose el vacío donde antes tenía el estómago.

A través del enorme agujero en el torso de D'Ablo, Vlad podía ver el oscuro y húmedo pavimento del callejón. El vampiro alzó la vista hacia él, con ojos destellantes y soltó una falsa carcajada.

—¿Crees que me has ganado? ¿Crees que me has derrotado?

Vlad apretó con fuerza el tubo, pero se detuvo cuando Otis lo cogió del brazo.

—Se acabó, Vlad. Déjalo morir.

El joven se arrodilló. Su rostro estaba a solo unos milímetros del de D'Ablo.

—Eso ha sido por el señor Craig, y por todos aquellos a los que has matado.

D'Ablo rio. Tenía los labios cubiertos de sangre.

—¿Y acaso piensas que esto servirá de algo, mocosos? Hay miles de vampiros en el mundo que hacen lo mismo que yo.

Vlad sostuvo el lucis en alto para que D'Ablo lo viera.

—Bueno, pues hoy queda uno menos.

El vampiro tosió y escupió sangre, que alcanzó a Vlad en la mejilla, después ya no se movió más.

De camino a casa, mientras Henry roncaba a su lado, Vlad se permitió unas lágrimas; esta vez por su padre, al que conocía tan poco, y por la madre que jamás lo había besado como Nelly aquella noche, y por sí mismo, porque bajo el alivio y la sensación de bienestar, yacía algo oscuro e inquietante, la seguridad de que un día volvería a Elysia, de que el diario de su padre lo llevaría allí en busca de respuestas a las preguntas que aún no se había formulado.

Otis conducía y Nelly ocupaba el asiento del acompañante. La suave luz azul que emanaba de la radio iluminaba los asientos delanteros, proporcionando a Vlad una

clara imagen de sus perfiles. Habían hablado durante un rato, murmullos que se habían convertido en suaves susurros. Pero ahora estaban callados. Y cogidos de la mano.

Vlad se acercó la mochila y apoyó la cabeza contra la puerta. No comprendía cómo Henry podía dormir. Él estaba demasiado acelerado como para pegar ojo, así que miró por la ventana y comenzó a contar estrellas mientras las luces de la ciudad se desvanecían en la oscuridad.

Todo lo que tenía por delante era el brillo de los astros y la reconfortante vuelta a casa.

## El final de un oscuro viaje

Henry estaba tirado en el sofá del cuarto de estar, dormido. Vlad lo arropó con una vieja manta y se reunió con Nelly y Otis en el comedor. Su tía parecía cansada pero aliviada, y le sonrió. Apartó su taza de té y se levantó de la mesa.

—Yo me voy a acostar ya, chicos. Mis viejos huesos ya no llevan bien trasnochar. —Besó a Vlad en la frente, como solía hacer su madre—. ¿Seguro que estarás bien?

—Ya te lo he dicho, no te preocupes. —Vlad escogió una silla frente a Otis. Se estremeció al sentarse, y se llevó una mano al costado. En cuanto llegaron a casa, Nelly les dio, a Otis y a él, pastillas para el dolor, sin embargo las de Vlad todavía no le habían hecho efecto. Dentro de unos días, la costilla rota se curaría y el dolor no sería más que un recuerdo. El joven miró la sangre humeante de su taza, se la llevó a los labios y bebió.

Nelly asintió y se retiró, escaleras arriba, tras darle las buenas noches a Otis.

Su tío dejó la taza en el plato y se aclaró la garganta. Miró a Vlad.

—Te he buscado durante años. Ha sido un placer conocerte.

—¿Por qué eso me suena a despedida? —Lo miró a los ojos y reconoció un familiar sentimiento de pérdida que le desgarraba las entrañas—. No puedes mostrarme un mundo nuevo y acto seguido desaparecer. Además, eres la única familia que tengo.

Otis negó con la cabeza.

—Yo no diría eso. Nelly es una tutora maravillosa.

Vlad pasó un dedo por un nudo de la madera de la mesa. Otis tenía razón, claro, pero eso no iba a evitar que echara de menos algo más concreto, un familiar de verdad. Nelly era genial, pero no tenía ni idea de lo que suponía ser vampiro.

—¿Por qué no me dijiste quién eras desde el principio?

Otis esbozó una sonrisa.

—Porque no estaba seguro de lo que eras. Como tu madre era humana, no podía saber con certeza si habías heredado la naturaleza vampírica de tu padre. Eres el primero de tu clase, Vlad. Además tienes un talento sorprendente para bloquear la telepatía. No sabía si era un don de vampiro o si se debía a algún hechizo protector de tu padre para bloquear mi telepatía. Así que tuve que averiguarlo por otros medios, como la presentación del trabajo y el ajo.

—Oh, ya, gracias por eso. —Vlad sumergió una galleta en su taza y le dio un mordisco—. Me he pasado la vida intentando ocultar quién soy y tú me obligas a decírselo a toda la clase. —Sonrió a Otis—. No fue incómodo ni nada...

Su tío estiró los brazos por encima de la cabeza y bostezó. Fuera, el cielo se estaba tiñendo de rosa. Estaba a punto de amanecer.

—Necesitaba saber dónde estaba Tomas para avisarle de que D'Ablo y el resto de Elysia sabían que se ocultaba en Bathory. Si eras humano, no podía revelarte mi verdadera naturaleza porque es un delito. —Otis miró por la ventana con aire de preocupación. De su chaqueta sacó un pequeño tubo y comenzó a extenderse crema solar por la piel.

—Pero se lo dijiste a Nelly.

—Sí. Y si se enteraran en Elysia, me castigarían. —Otis terminó de aplicarse la crema por la piel que no tapaba la ropa y volvió a guardarse el tubo en el bolsillo.

Los ronquidos de Henry llegaban desde el cuarto de estar. De repente, resopló con fuerza y se hizo el silencio de nuevo.

Vlad bajó la voz para no despertar a Henry.

—Cuando estábamos en Elysia, mencionaste que mi padre había sido vicepresidente del Consejo.

—Sí. Bueno, fue hace mucho tiempo. —Otis se agitó en su asiento, como si el alba lo inquietara.

—Venga, cuéntamelo. —Vlad cogió otra galleta del plato que había sobre la mesa y la mordisqueó.

Otis volvió a bostezar. El joven vampiro tuvo que esforzarse para no hacer lo mismo.

—Tomas llevaba en el Consejo más de cien años cuando yo pasé de humano a vampiro, y sumó otros trescientos más antes de que se marchara de Elysia para criarte.

Vlad casi se ahogó con la galleta.

—¿Vivimos tantos años?

—La mayoría de nosotros, sí. —Otis se abrazó como si la temperatura hubiera bajado varios grados.

—¿Yo también?

—No lo sé, Vladimir. Tú eres... especial. —Echó un vistazo a la habitación, como si quisiera asegurarse de que estaban solos.

Vlad miró de reojo a sus espaldas por si hubiera alguien más. Otis parecía nervioso y eso lo inquietaba.

—¿Qué quieres decir?

Su tío suspiró y se pellizcó el puente de la nariz.

—Los vampiros toman sangre de los humanos y a cambio dan a ese humano parte de su esencia. Ha sido así desde el comienzo de los tiempos, pero tú... —La nuez subió y bajó al tragar saliva—. Bueno, tú naciste así, y eso es extremadamente inusual. Como ya te he dicho, eres el primero de tu clase.

Vlad observó a su tío con preocupación.

—Ahora que D'Ablo no está, ¿enviará Elysia a otro a buscar a mi padre... o a

buscarme a mí?

—No. —Otis sonrió para tranquilizarlo—. Haré que corra la voz de que Tomas murió en Bathory. En cuanto a ti, bueno, tienes el lucis y sabes cómo usarlo. Te dejarán en paz, Vlad.

—Otis... —Vlad miró a su tío, al agujero de su zapatilla y de nuevo a su tío—. Si D'Ablo no mató a mis padres, ¿sabes quién fue?

Otis guardó silencio durante un momento, luego miró a Vlad a los ojos y dijo:

—No, Vlad, no lo sé.

El joven asintió. Estaba muy decepcionado pero no sorprendido. Se preguntó si alguna vez lo averiguaría.

—Otis, ¿te importaría...? —Se detuvo e intentó que su voz sonara segura—. ¿Te importaría enseñarme todo lo que puedas sobre qué significa ser un vampiro? Nadie más puede hacerlo.

Los ojos de Otis brillaron de emoción.

—Será un honor, Vlad.

Su tío se levantó para comprobar si Henry seguía durmiendo, antes de volverse de nuevo hacia su sobrino.

—Cuando acaben las clases, volveré a Elysia y me ocultaré. Pero vendré a verte siempre que me necesites.

Vlad dudó, pero finalmente se decidió a hablar:

—¿Y si te dijera que te necesito ahora, que te necesito aquí todo el tiempo?

Otis guardó silencio durante varios minutos antes de remangarse y mostrar el tatuaje de la cara interna de su muñeca. El dibujo brilló ligeramente cuando se lo acercó al joven.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre mi marca, este símbolo que en lenguaje vampírico es mi nombre? Bueno, pues también me une a Elysia, y a toda la hermandad vampírica. Cuando tengo miedo, me siento solo o triste por acontecimientos que no puedo controlar, lo toco y recuerdo que formo parte de algo muy especial.

Vlad extendió el brazo y pasó los dedos por el glifo, que relució al tacto. Una ola de tristeza lo inundó.

—Por lo general, un vampiro recibe la marca el día siguiente de su transformación —prosiguió su tío—, pero como tu inicio fue único y no has conocido Elysia...

—Una cosa más que me perdí, ¿eh?

Intercambiaron sonrisas tristes. Su tío se disponía a marcharse, cuando se volvió hacia Vlad.

—Será un gran honor para mí darte tu propia marca, Vladimir. Por supuesto, si no te interesa, lo entenderé...

—Me encantaría. O sea, significaría mucho para mí. —Vlad luchó contra las lágrimas que amenazaban con inundar sus ojos a pesar de sus esfuerzos—. ¿Duele?

—Un poco. Pero con una marca propia se abrirán ante ti muchos mundos que hasta ahora desconoces. —Su tío sonrió.

Vlad se mordió el labio inferior y asintió lentamente.

—Vale.

Otis cogió el brazo de Vlad y con tranquilidad le levantó la manga. El joven vampiro observó que los colmillos blancos como perlas de su tío se alargaban y se clavaban con facilidad en su muñeca. Al principio se puso tenso al notar cómo se hundían en su carne, luego comenzó a sentirse cansado y algo mareado. Otis sujetó con más fuerza el brazo de Vlad y este percibió una repentina ola de energía corriendo por sus venas, como fuego líquido. Era extraño, podía sentir a su tío allí, en sus venas, en su sangre, volcando su potencia en él, y de repente comprendió lo que era pertenecer a Elysia. Supo que al compartir espacio con cualquier miembro de su especie, formaba parte de algo más grande, que era un vampiro, que su familia tenía siglos de antigüedad y que nunca lo abandonaría. Jamás volvería a estar solo.

Otis se apartó y Vlad se calmó.

—Mira, Vladimir. Se está formando tu marca. —Otis sostenía con cuidado el brazo su sobrino.

Vlad sintió que le temblaban las rodillas al ver la sangre de su muñeca abierta, pero se maravilló al comprobar que la piel empezaba a cerrar la herida y la sangre retrocedía tras la carne, dejando tras de sí una extraña y reluciente cicatriz que se oscureció hasta que surgió el tatuaje desde su interior. Era pequeño, del tamaño de una moneda de cincuenta centavos y se parecía al de Otis, salvo por dos líneas verticales dentro del paréntesis. Cuando su tío lo soltó, la marca se diluyó un poco. Vlad susurró:

—Gracias. —Quería decir más, pero las palabras no le salían.

Otis se enjugó una lágrima y sonrió. Después caminó hasta la puerta principal y salió de casa.

Vlad lo siguió mientras se frotaba la muñeca y recuperaba las fuerzas.

—Tío Otis, ¿me prometes que volverás?

El vampiro adulto se volvió hacia él y se puso el sombrero de copa.

—Te lo prometo. Pero tú también me tienes que prometer una cosa.

Vlad asintió.

—Que estarás alerta ante otros como nosotros. D'Ablo tenía muchos amigos. — Otis buscó en sus bolsillos. Tras encontrar las llaves, asintió y miró a Vlad—. Y espero que saques un sobresaliente en el examen de ortografía del próximo viernes.

Vlad puso los ojos en blanco. Así que salvar la vida del profesor no bastaba.

—Tres preguntas rápidas. —Vlad lo acompañó por la acera hacia el coche—. ¿Qué hago si Henry me pide que le explique qué es un lacayo?

—Eso es cosa tuya, no puedo decidir por ti. Pero creo que deberías decirle la verdad. —Abrió la puerta del coche y le dedicó una sonrisa cansada—. ¿Qué más?

Vlad se mordió el labio inferior, miró al suelo y luego de nuevo a su tío.

—¿Por qué D'Ablo odiaba tanto a mi padre?

—No lo odiaba. De hecho, eran muy buenos amigos. D'Ablo solo hizo lo que creía era lo correcto. —Otis cerró la puerta—. Es lo único que podemos hacer.

Vlad frunció el ceño intentando recordar la palabra que había usado D'Ablo para describirlo.

—¿Y qué es un pravus?

Otis contempló a su sobrino con gesto serio. Miró a su alrededor en busca de las palabras adecuadas, y cuando las encontró, salieron de su boca con un temblor en la voz.

—Es una vieja leyenda vampírica, Vlad, sobre un niño que nace vampiro. Pero no hagas mucho caso. —Metió la marcha atrás y se fue, dejando a Vlad de pie en la acera.

El cielo era de un rosa brillante vetado de oro. Contempló a su tío alejarse hacia el amanecer, como una especie de vampiro *cowboy*. Había sido una noche muy larga y aún no había terminado los deberes de mates.

Entró de nuevo en casa y cerró la puerta con cuidado. Henry seguía durmiendo en el sofá. Nelly sin duda estaría descansado bajo su colcha de flores, en el piso de arriba. Vlad subió las escaleras y, tras detenerse para acariciar a Amenti, entró en su cuarto, donde le dieron la bienvenida las sonrisas enmarcadas de sus padres, junto a la cama: la imagen más acogedora que había visto nunca.

## La marca del vampiro

Como un hombre que ha vagado por oscuros bosques, buscando el perdón en sus ominosas sombras, sus extraños gemidos y sus sonidos funestos, solo para desplomarse aliviado al ver los primeros rayos de luz, Vlad se dejó caer sobre su silla el último día de clase y examinó a sus compañeros. No estaba muy seguro de qué sentido tenía aquel último día de cole, aparte de descargar un poco de trabajo a los bedeles vaciando pupitres y taquillas. El director Snelgrove se aseguró de que aquella última tarea se cumplía, convirtiéndola en condición indispensable para asistir a la fiesta de la Libertad. Una celebración que comenzaba con el último partido de los Murciélagos de Bathory, el gran equipo de béisbol del instituto, y concluía con el último baile del año en el gimnasio del centro.

Debería de ser un día feliz para Vlad. Después de todo, por fin terminaba el primer ciclo de secundaria. El año siguiente estaría lleno de posibilidades. Bill y Tom también serían novatos y tendrían que vérselas con chicos mayores. Henry y él comenzarían un segundo ciclo lleno de cosas nuevas. Pero lo que tendría que haber sido un gran día quedó ensombrecido por el hecho de que su tío se iba esa misma noche y, aunque le había garantizado varias veces que volvería, sus palabras no lograron aliviar la profunda sensación de vacío que había anidado en su pecho.

Un destello de rosa llamó su atención. Meredith llevaba un bonito vestido de ese color. Vlad consiguió sonreír y, para su deleite, ella le devolvió la sonrisa con las mejillas sonrojadas, antes de apartar la vista. Él también miró para otro lado, pero solo el tiempo suficiente para contemplar el símbolo tatuado en el interior de su muñeca. Sintió una oleada de seguridad en sí mismo, se enderezó en su asiento y volvió a mirarla.

—Hola, Meredith.

La joven lo observó con aquellos brillantes ojos azules e insistió en sonreír. Vlad sintió como si volara.

—Hola, Vlad, ¿qué tal?

—Genial. —Se aclaró la garganta y echó un vistazo a su alrededor antes de mirarla de nuevo a los ojos—. Pero estaría mejor si fueras conmigo al baile.

La joven separó los labios y le dedicó una amplia sonrisa de porcelana.

—Me encantaría.

El corazón del joven vampiro dio un vuelco de alegría, mientras decía lo más tonto que se le pasó por la cabeza. *¿Acabo de darle las gracias?*, se preguntó.

El señor Otis entró en el aula e indicó a los que estaban todavía en pie que

ocuparan sus asientos para comenzar con la clase de aquel último día.

—Buenos días, clase. Me temo que tengo malas noticias.

El profesor dejó caer su maletín sobre la silla y se apoyó en el escritorio.

—Después de hoy, os libraréis de mi tiránico yugo y mis infames exámenes sorpresa. Tengo que atender asuntos importantes que me alejan de Bathory, a pesar de que el consejo escolar me ha rogado encarecidamente que me quede. Así que, después del partido de esta tarde, me despediré de todos vosotros.

»Pero no os preocupéis. Puede que sea mi último día aquí... pero vais a iniciar juntos un viaje muy emocionante. Estoy seguro de que estos años en el instituto Bathory serán más fascinantes que ninguna de mis clases.

Otis sonrió a sus alumnos y cruzó la mirada con Vlad.

Fuera, asomándose a la puerta abierta, estaba Henry, seguramente de camino hacia su último consejo de estudiantes del año. Lo habían elegido presidente del consejo estudiantil para el siguiente curso, un gran avance desde su anterior puesto de tesorero. Saludó a Vlad con entusiasmo, luego alzó un dedo y volvió la cabeza por un momento. Cuando miró de nuevo a Vlad, llevaba un par de colmillos de plástico y bailaba de forma tan ridícula que el joven vampiro no pudo contener la risa.

El señor Otis miró a Vlad y luego a Henry. Se produjo una silenciosa pausa antes de que la puerta se cerrara de golpe. El profesor guiñó un ojo a su sobrino.

—Habrá corriente...

Luego se colocó ante el encerado y escribió las tareas que había que realizar antes de acabar la jornada y empezar con la fiesta.

Vlad se inclinó hacia delante en su asiento y apretó la mejilla contra la palma de la mano. Por el rabillo del ojo vio que su nuevo tatuaje relucía ligeramente. De su mochila, sobresalía el diario de su padre, donde había marcado con cuidado la última página que había leído. A su lado, había un cuaderno.

Sobre la portada se podía leer *Las crónicas de Vladimir Tod*.

## Agradecimientos

En primer lugar me gustaría mencionar a mi maravillosa editora, Maureen Sullivan y a toda la gente de Dutton, además de a mi estupendo agente, Michael Bourret; gracias por vuestros consejos, sabiduría, ayuda y guía. Me habéis cambiado la vida, no sabéis hasta qué punto.

Muchas gracias a Jackie Kessler y a Dawn Vanniman por ser leales lectoras, maravillosas amigas y críticas necesarias. Mención especial merecen Jacob Elwart y Katelyn Vanniman por querer tanto este libro desde el principio. Muchas gracias a mis seguidores, vosotros sabéis bien a quiénes me refiero. También tengo que agradecerle a la compañía Pepsi-Cola que me suministrara la cafeína necesaria para acabar la novela; a Ardyn, que fue quien inició todo este lío y a Jacob y Alexandria por no pincharme la burbuja con demasiada frecuencia.

Y sobre todo, gracias a la persona que sostiene este libro entre sus manos ahora mismo. No tienes ni idea de lo mucho que significas para mí (o para Vlad).

Para terminar, no hay palabras para expresar mi agradecimiento a Paul Brewer, mi marido, por sus ánimos y ayuda. Sabías que podía hacerlo mucho antes que yo. Gracias.



HEATHER BREWER (Michigan, EE. UU., 1973) es el pseudónimo que utiliza el escritor norteamericano Zac Brewer.

Brewer se graduó en el Lakeville High School en 1992 y continuó sus estudios en las universidades Mott Community College, Ferris State University y Central Michigan University. Siempre ha sido un gran aficionado de los libros y películas de terror. Saltó a la fama gracias a la serie de libros de fantasía juvenil *Las crónicas de Vladimir Tod*, que comenzó a publicar en 2007 y que continúa con el *spin-off* *The Slayer Chronicles*.

Actualmente vive en Missouri con su marido y sus dos hijos, y se dedica a la escritura a tiempo completo.